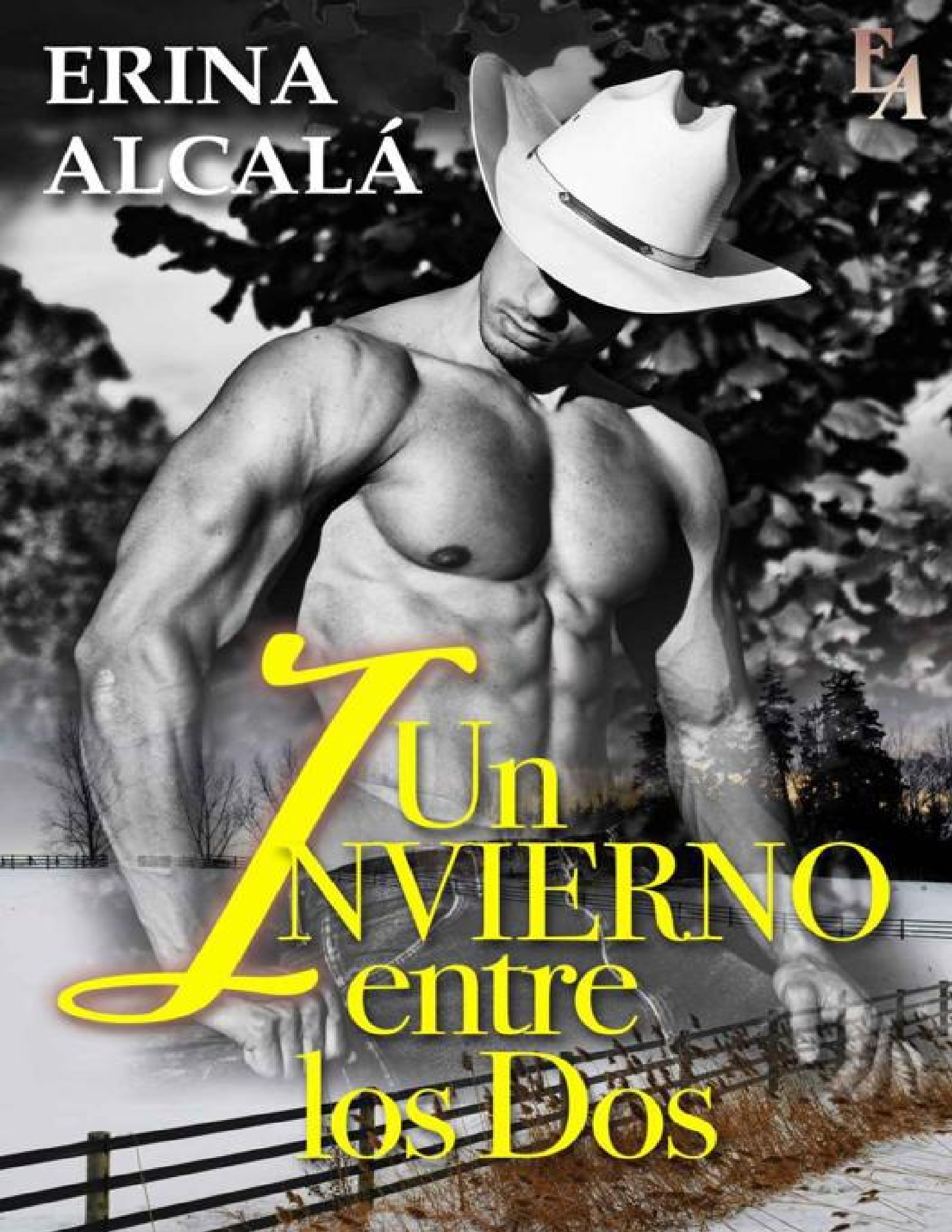
ERINA ALCALÁ

EA



Un Invierno entre los Dos

UN INVIERNO ENTRE LOS DOS

(Erina Alcalá)

En el camino, cuando todo parece perdido,
Siempre queda una última maniobra:
Un golpe de volante, un rebaje…
Algo, pero nunca el freno.
Usted toca el freno y está perdido.

CAPÍTULO I

-Pase señorita Gutiérrez. Cierre la puerta y siéntese -dijo el hombre en un inglés tan perfecto que ya le gustaría a ella hablar así.

El señor Wilson, era inglés, de Londres, pero había llegado años atrás a la gran manzana y allí había montado su empresa de publicidad. Otro hombre con el sueño americano.

Tendría unos treinta y cinco años y era un hombre alto, con entradas en el pelo, serio y muy inteligente, nariz grande y un tanto inclinada hacia la derecha, lo cual no dejaba de hacerlo atractivo

-Dígame señor Wilson -dijo Elena sentándose insegura con las manos entrelazadas en el regazo, esperándose lo peor. Ya tenía una idea más o menos de lo que iba a ocurrirle y se lo esperaba. Lo sabía desde hacía unas semanas o quizá un mes y todos los compañeros se lo habían advertido.

-Como habrá oído, señorita Gutiérrez, voy a casarme.

-Sí, lo he oído, ¡Enhorabuena! -dijo ella incómoda en el sillón de enfrente. Era de estatura baja y no le llegaban los pies al suelo y eso le molestaba donde quiera que fuese.

¡Qué manía de hacer las sillas altas y las mesas bajas!, dispuestas para las contracturas. Sobre todo, en los bares. O esos taburetes con mesas altas, ¿Había algo más incómodo?

Necesitaba un apoyo en los pies para sentirse relajada. Y las manos le sudaban por el futuro incierto que le esperaba.

El señor Wilson, hizo un silencio tan largo, que a ella le pareció exagerado. Y eso no podía significar sino una cosa y no buena para ella. Cuando no la miraban a la cara, no eran buenas noticias, lo había aprendido desde el instituto y se temió lo peor.

-Bien, no voy a hacerte esperar más Helen. Como sabe, mi novia es licenciada en Recursos Humanos, como usted y está sin trabajo ahora mismo y como comprenderá… Las circunstancias me obligan a dejarla sin trabajo a usted, y lo siento mucho, porque no necesito sino a una persona, y me apena mucho, porque usted ha sido una persona muy valiosa estos años en la empresa y por ello, se lo agradezco, pero no me queda otra solución y espero que lo comprenda ¡Póngase en mi situación!

-Sí, lo entiendo. Si eso es lo que quiere… No puedo decir nada. Me lo esperaba-Claro que se lo esperaba, ya se lo habían dicho sus compañeros por activa y por pasiva, que iba a la calle en cuanto entrara su novia en la empresa.

-Siento mucho todo esto. Ha sido durante estos cuatro años una gran directora de Recursos Humanos en esta empresa de publicidad y se lo agradezco mucho. Le daré una buena carta de recomendación y seis mensualidades.

-No hace falta, de verdad -dijo Helen como la llamaban allí, aunque Elena era española, sorprendida por la cantidad que iba a pagarle-me ha pagado bien y me dio una oportunidad cuando la necesitaba.

-Pero quiero dárselo, es una gratificación mientras encuentra otro trabajo, y le deseo suerte.

Queda una semana para terminar el mes y en ese tiempo, me gustaría que trabajara con Érica, mi novia y le explicase el funcionamiento de la empresa. Al final de mes se va. Lo siento mucho, Helen. Ha sido un placer contar con usted. Y se levantó y le dio la mano, mano que ella correspondió igualmente.
-No se preocupe. Y muchas gracias -dijo levantándose del sillón.
Y directamente se fue al baño a llorar en cuanto salió del despacho del director. No podía ir directamente a su despacho, las lágrimas brotaban como un río de sus ojos. Sus compañeros la habían visto entrar en el despacho del jefe e irían en procesión a darle en la espalda un golpecito de pena.
Ya lo sabía, que llevaba cuatro años trabajando en la empresa y ahora tenía que enseñar a aquella insufrible mujer durante una semana lo que ella sabía, pero que se olvidara de algunas cosas, que lo trabajara ella.
Le enseñaría lo imprescindible, la creatividad que se la inventara -se dijo. Si no fuera porque el señor Wilson era una buena persona…
Si al menos fuese una chica agradable, pero era mujer altanera, orgullosa y soberbia que te miraba con la punta del pie, sin saber la u con un canuto…
Estaba bien que le pagase seis mensualidades, había sido generoso el jefe y una buena carta de recomendación, pero eso no le servía de mucho, si tenía que empezar de nuevo a buscar trabajo en un tiempo récord para no tener que salir del país.

Helen, como la empezaron a llamar en Nueva York, Elena como se llamaba en España, había nacido en Cádiz capital. Tenía veintisiete años en esos momentos en que perdió el trabajo, y era una mujer inteligente, trabajadora, risueña, muy generosa con los demás y con buen humor desde pequeña.
Tenía el pelo liso, castaño claro y largo. Generalmente lo llevaba recogido en una coleta alta y elegante para trabajar o suelto y recogido hacía atrás, y estar en casa también cómoda, y si salía por las noches los fines de semana, se lo dejaba suelto.
Medía uno sesenta y cinco de estatura, guapa, los labios carnosos, la nariz pequeña y los ojos grandes, de largas pestañas de un marrón tan claro que parecían naranjas.
Era un color raro y bonito y en conjunto, no pasaba desapercibida.
En Estados Unidos, para el trabajo tenía una gran variedad de trajes de chaqueta, de verano e invierno.
En casa, estaba siempre en chándal o mallas cómodas y para salir como una chica de su edad, escote, vestidos y faldas cortas…
Siempre tuvo beca para estudiar, tanto ella, como su hermano, dos años mayor que ella. Fernando, que estudió Ingeniería Naval y estaba trabajando en los astilleros de Cádiz. Pero salía con una chica, Paula y se había independizado en cuanto trabajó un año y lo hicieron fijo.
Alquiló un piso y se fue a vivir con Paula, que aún estaba terminando un máster en Educación

Social, pero trabajaba ya en una asociación a media jornada.
Sus padres eran personas normales, su padre José Antonio, aún trabajaba de guardia de seguridad en un aparcamiento céntrico de la ciudad y hacia turnos de noches, días y tardes. Rotaba en el trabajo, a turnos. Su madre, Carmen, había sido y era una modista a la que nunca le faltaba trabajo. Parecía una hormiga trabajando siempre. Ella nunca la veía parada. Su madre era la mujer más ocupada del mundo. No tenía contrato laboral y ganaba más que su padre incluso, con los encargos que le hacían.
Se había especializado en hacer trajes para los carnavales, para las chirigotas y las agrupaciones y estaba todo el año, liada cosiendo en una habitación que tenía para el uso de ese trabajo y a la que ella llamaba su taller, porque a veces debía hacer veinticinco trajes iguales de distintas tallas y tenía una pared entera con una percha alta y otra baja para poner los trajes.
Al principio trabajaba en su dormitorio de matrimonio, pero cuando su hermano Fernando y ella se fueron de casa, quitó la habitación de su hermano que era más grande y allí puso su taller, porque además daba a la calle, era la habitación más luminosa y necesitaba luz para coser.
Era un piso pequeño de ochenta metros cuadrados, en el que había vivido y vivían sus padres. Ahora decían que les sobraba espacio. El piso era de tres dormitorios, pero en una zona buena, de gente trabajadora.
En la otra parte de la habitación de costura, su madre, tenía la máquina de coser, los hilos y las telas, y un gran maletín con agujas, hilos y tiras decorativas colgaban de la pared. Una gran mesa… Aquello parecía una tienda más bien. Una mercería, y porque no lo tenía adecuado, que si no…
Nunca le faltaba trabajo, incluso hacía trajes de gitana y otras costuras menores, pero ganaba casi más que su padre.
Elena, ella, era la más pequeña, estudió Recursos Humanos en la Universidad de Cádiz y trabajaba todos los veranos desde mediados de junio hasta finales de septiembre en un hotel de recepcionista, siempre el mismo, porque les gustaba cómo trabajaba y la llamaban todos los años.
Hablaba inglés y algo de francés y esos meses, le servían para practicarlo. Trabajaba duro, muchas horas, a turnos como su padre y guardaba ese dinero, para cuando acabara la carrera irse a Nueva York. Era su sueño.
El resto del dinero, el de la mitad de junio, lo guardaba para ropa y divertirse durante el verano, que también lo necesitaba. Era una chica joven y divertida. Y como a todas, le gustaba salir con sus amigas e ir a la playa.
Y estuvo seis años de duro trabajo sin descanso entre el instituto y la universidad y el hotel en los veranos. A veces, hasta la Semana Santa y la Navidad, trabajaba unos diez días. Y no podía decir que no, porque le pagaban muy bien en esas fechas.
Ese último año de carrera, cuando acabó el hotel, en octubre, hizo su maleta, con su título y se marchó a Nueva York. Tenía veinticuatro años. Sus padres no terminaron de creérselo, porque

siempre lo decía, pero ellos nunca la creyeron hasta tenerlo todo listo para partir.
Desde Cádiz había solicitado a una agencia inmobiliaria de Brooklyn un apartamento pequeño y quedó con el agente inmobiliario, dos horas y media más tarde de lo que llegaba el vuelo, en la puerta, para no tener que pagar hotel y sobre todo por si el vuelo se retrasaba. El agente inmobiliario le pasó la dirección para quedar.
Era una todoterreno. Sus padres querían darle algo de dinero, ya que no dio su brazo a torcer, y sobre todo tenían miedo de que se fuera a esa ciudad tan grande y sola. Y su hermano también quiso darle algo, pero ella tenía ahorrado de todos esos veranos una buena cantidad de dinero.
Y con sus maletas, veinticinco mil euros más o menos, que tuvo que cambiar a dólares unos veintiocho mil dólares, puso rumbo a la gran manzana en busca del sueño americano.
Fue a Málaga en tren y allí tomó el avión que la llevaría a Nueva York.
Cuando llegó al aeropuerto de Nueva York, y pudo salir de esa mole y tomar un taxi, empezó a respirar.
Le dio la dirección que le pasó el agente inmobiliario al taxista. Y esperaba que fuese puntual el agente inmobiliario y sobre todo que llegase por allí y no la dejara colgada.
Tardó un tiempo en llegar y al fin, el taxista paró, le pagó y con sus maletas se quedó en la puerta del edificio un momento esperando al agente inmobiliario.
Estaba muerta de cansancio. Deseaba que no tardase mucho.
La calle le dio buena impresión, eso le había pedido al agente, una zona buena, pero no excesivamente cara. Y a la misma puerta llegó un chico joven trajeado al cabo de diez minutos de esperar y que se dirigió a ella, ya que la vio con las maletas, y un par de bolsos.
-¿La señorita Elena Gutiérrez? -dijo sin pronunciar bien las eres.
-Sí, soy yo.
-Encantado - le dio la mano a modo de saludo y ella correspondió de la misma manera y con una amplia sonrisa -Soy el agente inmobiliario, me llamo Dan. ¿Está lista para ver el piso?
-Estoy lista, sí.
-Bueno, como verá, la calle es buena y tranquila. Enfrente tiene autobuses, ahí tiene la parada enfrente, para Manhattan y si anda una manzana sale a la avenida, está el metro. Puede pedir un plano cuando saque los billetes.
-¡Ah! Gracias, estupendo.
Subieron a un noveno piso y al final del pasillo, le abrió la puerta.
Todo estaba en buen estado, salvo el piso.
Se le vino el alma a los pies. Estaba sucio como él solo. Estaba peor que sucio. Los muebles estaban en buen estado y parecían prácticamente nuevos, pero más sucios no podían estar y le faltaba una capa de pintura a todo. Dejó las maletas en el suelo mugriento y miró al agente.
-Yo, pedí un apartamento o piso pequeño limpio y pintado y esto es…
-Bueno, verá, primero se lo enseño y hablamos, ¿vale?
-Vale- dijo ella decepcionada, nada más llegar.

El piso era pequeño, un dormitorio independiente con una cómoda alta y una mesita de noche, con un vestidor mediano a un lado y al otro, un baño grande, con columna de lavado y secado, una buena ducha, nada de bañera, un mueble para meter toallas u objetos de baño y un lavabo de piedra con bastante espacio para poner sus útiles de aseo y maquillaje. Eso le gustó.
Tenía un anexo para los útiles de limpieza aparte. Pero todo dentro del baño al final separado por una puerta corredera de madera, tipo granero. Eso no estaba mal.
La cocina daba al salón, era pequeña, pero suficiente para ella con una península pequeña así mismo y dos taburetes. Todo parecía nuevo, los muebles bonitos, pero tan sucio…
El salón era pequeño, con una mesa de comedor para dos, dos sofás y una mueble estantería, con una televisión en el centro no demasiado grande.
Una mesita en la entrada con una lámpara para las llaves y las puertas no podían estar peor, en vez de blancas eran marrones. Sin embargo, tenía buenas cerraduras, tres. Y unas vistas preciosas. Era muy luminoso.
Ella miró al agente…
-Está bien, si no fuera por la suciedad y la falta de pintura… Me gustan las vistas y el piso es lo que busco- dijo Elena.
-Verá, el apartamento es de unos señores mayores. Y esta es la propuesta. Si usted lo pinta y lo limpia, no le cobran el primer mes de alquiler, incluida la comunidad. De lo contrario, ellos se encargan, pero tendrá que esperar al menos diez días.
-¿Cuánto es en total?
-El apartamento es un chollo para lo que suele haber aquí, mil doscientos dólares con comunidad incluida.
-O sea que tendría que pagar la fianza nada más y dentro de un mes empezaría a pagar.
-Exacto dijo el agente, además le regalan esta semana de octubre. Yo, me lo pensaría, y ya no tendría que pagar nada hasta diciembre, los mil doscientos dólares. Si tiene buena mano, y tiempo, se ahorrará mil quinientos dólares, merece la pena. Es un piso pequeño y si se ahorra la mano de obra podrá comprar algunas cosas que necesite. Los muebles y electrodomésticos son casi nuevos, pero había un chico antes que era un desastre.
-Desde luego, más que un desastre, era un guarro -y se rieron.
-Entonces ¿qué me dice, señorita?
-Digo que sí, que me lo quedo, que tengo trabajo al menos durante una o dos semanas.
-Estupendo, traigo todo para que lo firme. Y en la misma mesa firmaron el contrato, le pagó la fianza y le dejó su número de cuenta para los pagos posteriores, luz y agua, a partir de diciembre, y el agente le dejó la copia del contrato y dos juegos de llaves, de cada cerradura.
Desde luego cambiaría las llaves. Lo primero que iba a hacer. Después de comer claro. Y dormir.
Dejó las maletas y salió a comer fuera. Encontró una cafetería y comió y compró en un supermercado unas cuantas cosas para la nevera que dejó en la misma bolsa. Pidió un cerrajero urgente y cambió las cerraduras.

Al día siguiente ya saldría a comprar productos de limpieza y pintura y se pondría manos a la obra.
Estuvo durmiendo hasta la tarde del día siguiente. Estaba tan cansada del viaje y ahora pintar, pero lo haría ella. Iba a juntar las facturas a ver qué ahorraba de los mil quinientos dólares que hubiera pagado, claro sin contar el trabajo. Pero lo dejaría a su gusto.
Y empezó a pintar por su dormitorio, quitar cortinas y poner lavadoras de sábanas y toallas, mientras pintaba todo.
Eligió un tono gris neutro claro precioso, pintó los techos de blanco, el vestidor y limpió el baño a conciencia, y todas las toallas que había y sábanas, colchas y ropa que había las metió en la lavadora dos veces antes de meterlas en la secadora y una colada que hizo sin ropa para limpiar la lavadora.
Era horroroso. Había que empeñarse para ser tan marrano.
Tres días lo dedicó al dormitorio, el vestidor y el baño con la consiguiente limpieza, y colocar su ropa, otros dos al salón y otros dos a la cocina, y tres días a limpiar bien todos los objetos, mesas, puertas ventanas, suelo que tuvo que darle un producto especial para las ralladuras, ya que era de madera, aunque no lo pareciera.
Después limpió la puerta de madera, de la entrada, la fregó y le echó un producto especial, y al final los suelos con un producto especial, eso era lo último ya.
Cuando acabara tendría que comprar algunos objetos decorativos y alguna planta para darle vida al apartamento, y comida, sobre todo.
Tendría que darse una buena ducha y hacer una buena lista. Y comer fuera. Ya estaba harta de comer fuera. Llevaba ya una semana. En cuanto comprara comida iba a comer en casa.
Mientras limpiaba la puerta de la entrada, dos días atrás, antes de terminarlo todo, un señor de pelo blanco alto y delgado y de casi ochenta años, se paró a su lado.
-¡Hola muchacha!
-¡Hola, señor!…
-Ferguson, vivo en la puerta de al lado -y le dio la mano y se saludaron una vez que ella se limpió la suya.
-Yo soy Elena, acabo de alquilar hace unos días este apartamento. Lo estoy terminando de pintar y limpiar.
-Gracias a Dios, estaba harta de ese chico. Hacía unas fiestas tremendas.
-No me extraña. Estaba todo sucísimo.
-¿Has pintado?
-Sí, el apartamento entero. Me queda la puerta de entrada y el suelo del salón y por fin estará para entrar.
-Estupendo, una buena chica. Bueno, si necesitas algo, estoy en la puerta de al lado, vivo solo.
-Lo mismo le digo señor Ferguson.
-¿Has cambiado las cerraduras?

-Sí señor, las tres que tenía.
-Has hecho bien, pero esta calle es muy tranquila, en el tiempo que llevo no ha pasado nunca nada, pero nunca está demás ser precavida y más una chica guapa como tú.
-Gracias. Mejor, eso de que sea un sitio tranquilo, me alegra y me deja tranquila.
-¿De dónde eres?
-De España - Le contestó.
-Ya decía que el acento... Yo soy de Montana, un ranchero de toda la vida.
-¿Y qué hace aquí?
-Mi mujer se empeñó, pero murió al poco de venir. Ya te contaré otro día, que tienes trabajo.
-Como quiera.
-Hasta luego guapa -y entró en su apartamento con bolsas de comida.
-Hasta luego señor Ferguson.
Era encantador y si estaba solo, necesitaba hablar con alguien seguro, pero le cayó muy bien. Y era educado y la había dejado trabajar.
Por fin terminó la puerta y el suelo. Aquello parecía otra cosa y otra casa. Estaba precioso, si no le costaba mucho lo que quería ponerle…, pero vamos, después de poner lavadoras y meter toda la vajilla en cuatro lavavajillas dobles, para limpiarlo todo perfectamente, la verdad es que era distinta.
Era bonito, hasta el suelo con el producto que le recomendaron. Brillaba como si fuese nuevo, recién comprado, claro que se empeñó a fondo.
Y por fin se dio una buena ducha final. Se puso un chándal y salió a comer.
Cuando volvió a casa, se echó en su sofá y se quedó dormida media tarde. Estaba muerta. Iba a salir a hacer una compra de alimentos, era lo importante y eso hizo y colocó todo en los armarios relucientes y su nevera de una puerta ancha y bonita. Y tres debajo para el congelador.
Tenía de todo. Le encantaba una nevera llena de productos, que no faltase nada. Eso la hacía feliz.
Y cuando acabó hizo cuentas. Y entre pintura, productos de limpieza, las cerraduras y calculó algo de luz y comer fuera, había gastado setecientos dólares. Perfecto. Había sido todo un ahorro y lo había dejado como quería.
Con lo que había ahorrado había comprado la comida y aun le quedaban quinientos dólares que utilizaría en comprar algunas macetas y objetos de decoración. Y el resto, de ahorro para un pequeño despacho que quería comprarse.
Necesitaba también una impresora, un fax, un móvil nuevo y un pequeño despacho con útiles. Ella tenía su pc y eso debería tenerlo al día siguiente viernes y el sábado.
No se podía permitir perder más tiempo en buscar trabajo. Así que todas las compras debía realizarlas en un día. Y tenía que encontrar un rincón en el salón para su despacho. Al lado de la ventana, donde había más luz y se veía la calle.
Estaba feliz en su pequeño piso, ahora tan limpio y bonito.

Y así, el fin de semana había comprado una mesa de despacho, porque podía utilizar la estantería del salón para el papeleo, carpetas y libros y se ahorraría una estantería que por otro lado como le faltaba espacio, no sabría dónde ubicarla.
Un sillón, reposapiés, una papelera y todo lo que necesitaba para un pequeño despacho. Bastantes materiales de oficina, una lámpara para la mesa de entrada, otra para la del despacho y objetos de decoración en un bazar. Un par de plantas y su apartamento estaba listo.
Ahora sí que lo tenía todo. Una casa bonita por poco precio, claro si ganaba bastante. Había echado un vistazo por internet y los directores de Recursos Humanos ganaban entre cinco mil y seis dólares, y cuatro si no eran directores.
Bien, -se dijo- el lunes se pondría manos a la obra a buscar trabajo. Miró su cuenta. Y había gastado casi tres mil dólares en el despacho y el móvil nuevo, objetos de decoración y tendría que ahorrar y buscar trabajo ya mismo. Pero a cambio había ahorrado quinientos dólares y no pagaría nada hasta diciembre. Estaba satisfecha, aunque muy cansada. Pero descansaría mientras la llamaban para algún trabajo.

La siguiente semana, empezó a buscar empresas y anuncios de trabajo y a enviar currículums y la segunda semana, con una suerte enorme que no esperaba, la llamaron de una empresa de publicidad ubicada en Manhattan, cuyo dueño era el señor Wilson. No se creyó la suerte que tuvo, que tan rápido la llamaran. Al menos tenía una entrevista y debía jugársela.
La empresa se llamaba **Wilson Marketing** y no supo cómo tuvo tanta suerte, pero en dos semanas de buscar trabajo, era **directora de Recursos Humanos de Wilson Marketing.** Su sueldo cinco mil quinientos dólares netos. Y no podía ser más feliz.
Llamó a sus padres en cuanto tuvo el trabajo y a su hermano y le dijo que, aunque la empresa estaba en Manhattan, a ella le interesaba porque tenía un apartamento en Brooklyn bonito y en una buena zona, y barato y el autobús lo tenía frente a su apartamento y la dejaba al lado del trabajo, aunque tuviera que gastarse un poco de sueldo en viajes, y media hora de tiempo, calculó unos doscientos dólares al mes, pero vivir en Manhattan era prohibitivo y quería ahorrar. Nunca se sabía qué podía pasar, si iba a estar mucho en ese trabajo o qué.
Esos cuatro años de trabajo en **Wilson Marketing**, fue muy feliz, aprendió mucho, se hizo a sí misma en el terreno laboral. Y ahorraba casi 3.000 dólares o más al mes. Salía algunos fines de semana y el resto de la semana lo pasaba en su preciosa casa. Solo gastaba en ropa y comida.
Con el tiempo, se compró dos sofás nuevos y un colchón, algunas toallas y sábanas, pero nada más.
Tenía a su mejor vecino, el señor Ferguson que siempre la cuidaba y estaba pendiente de ella y ella de él. Lo invitaba a comer muchas veces. Y se hicieron muy amigos, más bien parecían abuelo y nieta. A veces daban un paseo por la mañana los domingos y desayunaban fuera. Luego iban un rato a un parque cercano.
El señor Ferguson, le dijo que tenía un rancho en Montana.

-¿Pero sigue teniéndolo? -le preguntó en uno de sus desayunos.
-Claro. Tengo un capataz que me lo cuida. No es un rancho enorme, tampoco es pequeño, pero es el más bonito de Montana, - decía orgulloso, henchido de felicidad -verde, con prados y pinos a lo lejos y nieve en invierno, y un arroyo para las reses y en verano, corre el agua.
Cuando le contaba esas cosas, tan vívidas, ella creía que el señor Ferguson se las inventaba y ella le seguía la corriente. O quizá hubiese tenido un rancho de verdad, pero
ya no lo tenía y soñaba con él como si lo tuviera aún.
-Yo creé ese rancho con mis propias manos, lo compré y tengo ahora según Sam mi capataz, ochocientas reses.
-¿En serio?, eso es mucho, ¿no?
-Bueno, eso es bastante para una persona sola, en invierno están en los graneros, hay mucha nieve. Y no salen hasta la primavera.
-¿Y solo tiene una persona trabajando allí?
-Sí, mi capataz, hace las cuentas y me envía el dinero cada año.
-¿Y por qué se vinieron a la gran manzana desde un lugar tan hermoso?
-Por mi mujer, teníamos un sobrino aquí, estuvo enfermo en el hospital mucho tiempo, pero murió y ella ya no quiso irse y yo tampoco quiero irme solo. Tengo sus cenizas en una cajita en el dormitorio. Ya no me iré. ¿Qué voy a hacer yo solo allí? Lo malo es que dentro de unos años se jubila mi capataz y veré qué hago. ¿No te gustan los ranchos Helen?
-No he visto ninguno.
-Pero sabes llevar una empresa.
-Sí, pero un rancho…, no he visto una vaca desde hace mil años y eran vacas lecheras -y se reían
-Y no tendría dinero para comprar algo así. Soy una chica de ciudad, señor Ferguson.
-Tengo dos cabañas, una grande y otra para el capataz más pequeña. Pero les hará falta algún arreglo.
-Como mi piso.
-O más, o espero que no. Que estén aún en buen estado todavía.
-¿Le gusta la comida española señor Ferguson?
-Me invitas demasiado y me estoy poniendo gordo -y Elena, se reía.
-Anda no diga eso, sé que le encanta.
Y a ella le encantaba hacer después un café con un trozo de tarta de chocolate que sabía que le gustaba al señor Ferguson, y que le contara cosas de su rancho y de su mujer.
-¿Por qué no tuvieron hijos?
-Mi mujer no podía tenerlos y luego nos acostumbramos a no tenerlos, pero a ella no le gustaba nada el rancho, a mí sí, yo soy de allí, de Carlton, está en el condado de Missoula. El rancho está a cinco millas del pueblo. Es un pueblo pequeño, no llega a 800 habitantes. Al menos cuando nos vinimos, seguro que ha crecido más desde entonces y tendrá más tiendas y cafeterías.
Posteriormente se enteró de que no tenía ochenta años sino setenta y ocho, y estaba en forma,

relativamente, claro. Se conservaba muy bien.
Elena o Helen como la llamaban ya, había viajado un par de veces a España en esos cuatro años que trabajó en la empresa de publicidad. Hizo cada dos años un viaje en vacaciones a ver a su familia, y el señor Ferguson estaba al tanto de su casa cuando se iba de vacaciones.
Y el resto, aparte de los pocos gastos que tenía quería ahorrarlos durante algunos años y con lo que le diera la empresa ahora que la habían despedido, habría logrado ahorrar. Miró su cuenta en el móvil unos ciento cincuenta mil dólares, y algo suelto en casa. Y se sintió satisfecha. El resto habían sido gastos normales, en ropa, piso, viajes y salir y comer, nada más.
Y ahora estaba allí, sin trabajo, con una semana por delante aún, pero al igual que vino, con un tiempo limitado para buscar de nuevo trabajo, como hizo cuatro años antes.
Cuando llegó a casa esa tarde, el señor Ferguson, salió a su encuentro, estaba deseando contarle algo. Pero cuando la vio cabizbaja y triste…
-¿Qué pasa muchacha?
-Me he quedado sin trabajo, me queda una semana, nada más, el jefe se casa y mete a su novia. Después de cuatro años…, y abrió la puerta y entró el señor Ferguson detrás.
-Vamos Helen hija, no llores. Cuando una puerta se cierra siempre se abre una ventana.
-¿Sí?, pues espero entrar por esa ventana pronto o tendré que volver a Cádiz antes de lo previsto. Al menos me va a pagar seis meses de sueldo. Ya es algo. Pero me tendré que ir si no encuentro trabajo de nuevo. Volver a empezar. Con la suerte que tuve antes, no creo que me caiga ahora esa breva.
-Eso no va a pasar. Tengo noticias.
-¿Qué noticias?
-Se jubila el capataz de mi rancho el mes que viene.
-¿Pero de verdad tiene un rancho?
-Pues claro, ¿qué creías que era mentira? Pues no, lo tengo y te lo voy a dejar.
-Pero ¿qué dice, señor Ferguson? Yo no sé nada de ranchos y no permitiría…
-No tengo a nadie a quien dejar mi rancho en Montana, ninguna familia y tú eres como de mi familia, eres como la nieta que nunca tuve y nadie lo merece más que tú.
-¡Pero si yo no tengo idea de ranchos!, soy de ciudad…
-¡Bah!, tonterías, mañana llamo al notario y el rancho es tuyo. No tengo a nadie. Y en cuanto acabes la semana que viene, nos vamos. Me llevo las cenizas de mi mujer y si me muero tú las juntas y las entierras en el rancho las dos.
Helen no sabía si reír o llorar. Pero el abuelo seguía entusiasmado.
-Si tienes un rancho y eres propietaria, te haces ganadera y nadie podrá echarte del país.
Sam el capataz te enseñará todo y contrataremos a un vaquero y ya está, aprendes.
-Pero me gusta la ciudad…
-Bueno, prueba, hasta que me muera, si no te gusta te vuelves y lo vendes todo. Te voy a dejar el dinero que tenga Sam de lo que ha dado de beneficios estos años el rancho y el

de la venta de este piso. Para invertirlo en el rancho. Yo me apaño con mi jubilación, un poco que me quede y estar allí contigo. No necesito nada más. Esa es la condición. Que te quedes hasta que me muera.
-Pero señor Ferguson…
-A mí me queda poco tiempo de vida, pero me gustaría verte allí y ver cómo te desenvuelves.
-Está usted loco…
-Sí, probablemente. Pero ahora no tienes nada más. Llamaré al notario y vamos cuando salgas del trabajo y cuando tengamos el piso vendido nos vamos al rancho. Compraré un coche. ¿Sabes conducir?
-Sí, pero…
-Pues nada, nos vamos a Helena en avión y allí compramos un coche hasta el rancho.
-Está usted loco, no sé. Tengo aquí mi despacho.
-Nada, nada, eres propietaria. Yo poco puedo hacer ya. Y tendrás el despacho que quieras con el dinero que vas a heredar. ¿Qué vas a dejar un fax y una fotocopiadora? Eso no es nada mujer…
-Madre mía. Esto es una locura.
-Venga anímate, mañana nos vemos. Tengo mucho que preparar.
Era una locura, pensó cuando se fue el señor Ferguson a su casa, era verdad lo del rancho. Y ella pensando que se lo inventaba, ¿qué iba a hacer ella en un rancho?
Desde luego que tendrían que contratar a un vaquero, pero sobre todo tenía que comprarse unos cuantos libros y leer en internet y bajarse todo lo que hubiera que bajarse sobre llevar un rancho. ¡Dios! Estaba loca.
Iba a heredar en Montana, aunque quizá Montana no estuviera mal después de todo, pero sola con el abuelo en el campo… Lo intentaría, y si no le salía bien, cuando pasaran unos años y faltara el señor Ferguson lo vendería y volvería a su trabajo. Una promesa era una promesa.
Ya vería qué se encontraba, qué podía hacer ella allí, cómo se desenvolvía y contrataría a un vaquero que supiera lo que hacía, eso por supuesto.
Estaba nerviosa y a la vez impaciente. Pero bueno, aun le quedaba una semana, debía dejar su piso, y los preparativos, vender el piso del abuelo que pensaba darle el dinero para ese rancho.
Era una pesadilla todo eso, una locura. La más grande que había hecho en su vida.
Y la aventura más loca que iba a vivir, sin saber qué le iba a deparar el destino, pero bueno, algo parecido hizo hace cuatro años atrás.
Y como decía el abuelo, cuando una puerta se cierra, siempre se abre una ventana y esperaba que fuese una ventana amplia para poder respirar y sacar la ansiedad que la atenazaba y el miedo que le daba llevar algo con tanta responsabilidad,
De lo que tenía claro es que contrataría un buen vaquero, a ser posible un capataz que supiera llevar un rancho y ella las cuentas y espero que la confianza que el abuelo había depositado en ella diera sus frutos. Haría todo lo posible para no defraudarlo y hacer correctamente ese trabajo y poder llevar un rancho.

Helen era valiente, siempre lo había sido, pero tenía cierto miedo, aunque tenía al antiguo capataz para que le explicara algo antes de que el nuevo entrara.
Estaba inquieta, nerviosa y sobre todo loca. Pero el abuelo, estaba más loco que ella si confiaba en una chica de traje de Manhattan.
En fin, la aventura comenzaba, o era eso o de vuelta a Cádiz y aún tenía que apostar por este lado del charco.
No sabía qué iba a encontrarse, ni había visto un rancho, ni una vaca que no fuese lechera.
Por ello la apuesta por ella de su vecino, era una locura total.
Ella era solo directora de Recursos Humanos, sí que sabía contabilidad, nóminas y podría llevar una empresa pequeña, pero un rancho…
Demasiado confiaba en ella el abuelo, no sabía que había visto en ella, salvo que estaba sin trabajo y que se llevaban bien y salían a desayunar los domingos o lo invitaba a su casa algunos días, o le llevaba alguna comida, pero las cualidades necesarias para ser ranchera, no las tenía ni de cerca.
Pero si no sabía ni montar a caballo y además le daba un miedo horrible. Claro que, si encontraba a un vaquero que supiera todo de llevar un rancho, ella sabía mandar, de eso no tenía ninguna duda.
Pero tendría que confiar en ese hombre y eran, una ignorante y un abuelo y encontrar un buen chico que encima supiera llevar un rancho, porque no era lo mismo trabajar en uno que saberlo llevar.
Tendría que ser un capataz, además con conocimientos sobre lo que había que comprar o vender, con contactos.
El abuelo, como ella le llamaba al señor Ferguson, la había metido en un berenjenal, del que ya veríamos si salía.
Era valiente, no se achantaba ante nadie, de hecho, se fue sola a Nueva York y vivió sola cuatro años en su piso, el que ahora tendría que dejar, pero por primera vez, tenía miedo.
Todos esos años había pensado que el abuelo hablaba de un rancho en pasado. Nunca creyó que lo tuviera, sino que eran imaginaciones suyas. Que lo había tenido y lo vendió al venirse a Nueva York y su añoranza, era la que hablaba, pero ahora, la cosa estaba seria, era verdad que tenía un rancho y no sabía cómo era, por mucho que le dijera que era precioso y que en primavera los prados eran maravillosos y que tenía reses.
Lo malo es que su capataz se jubilaba. Si al menos el hombre no se jubilara, ella podría aprender algo, pero se iba en dos semanas. A ver qué podría ella aprender en dos semanas de un rancho.
Tampoco sabía si era muy grande o era pequeño o si tenía todo lo necesario, dónde iban a vivir.
Él le decía que no se preocupara, que ahora en invierno había menos trabajo, ya que los animales estaban dentro y el capataz le enseñaría en dos semanas lo que supiera, que el resto era coser y cantar.
-Vamos Helen, pero si tú eres una chica valiente. Podrás con esto y te gustará tanto el campo que

no querrás venirte.
-Eso lo dice para que no me asuste y acepte, pero tengo miedo a que nada salga bien.
-Ya verás mujer, quizá el invierno sea algo duro, pero en cuanto llegue la primavera, ya sabrás de todo y serás feliz. Estoy seguro porque te conozco, de que ese será tu hogar. Te enamorarás y tendrás allí a tu familia.
-Vaya, no he encontrado novio en Nueva York con todos los hombres que hay y voy a encontrarlo en el campo que no hay nadie.
-Nunca se sabe. A lo mejor cualquier vaquero…
-Cualquier vaquero no es lo que necesitamos, sino un vaquero que sepa de todo y bien, y me ayude, o mejor dicho que lo lleve todo y me enseñe.
-Lo encontraremos mujer, deja ya de preocuparte tanto. Date un respiro y vamos a la aventura, verás. Deja los miedos a un lado, ¿qué puede salir mal?, y si no estás cómoda o no te gusta, te vienes. De momento no tienes otro trabajo.
Claro ella lo veía tan animado como un niño con zapatos nuevos, alegre y juvenil como no lo había visto nunca. Contento y con ánimos que ya los querría para ella.
Bueno Montana…
Allá iba.

CAPÍTULO II

Y el tres de octubre, cuatro años después de ir a Nueva York, iban en pleno vuelo hacía Helena, la capital de Montana, desde Nueva York, Helen con el Señor Ferguson, con todas sus maletas y las cenizas de su mujer.

-Esto es una aventura, señor Ferguson. No sé cómo le he hecho caso. Debo estar loca -le decía Helen.

-Te gustará cuando lo veas, ya verás. No seas impaciente. Aunque tendremos que arreglar las casas, pero para eso he vendido el piso, me han dado una buena cantidad y podremos arreglar lo que falta, y pondremos un anuncio para buscar un vaquero cuando se vaya Sam y arreglemos la casita del capataz. Haré una cuenta a tu nombre para el rancho con lo que haya ganado Sam y la venta del piso. Yo me quedo con una pequeña cantidad y mi jubilación y eso me sobrará. Así tú ya te encargas de todo. Y sin pagar hipoteca. ¡Ah qué ganas tengo de llegar y que lo veas y verlo yo también! Hace casi diez años que me fui y ahora con ochenta y dos años, vuelvo entusiasmado por ver qué vas a hacer con mi rancho, claro que vamos casi en octubre y pronto llegará la nieve. Tendremos que darnos prisa en todo.

Y no paraba de hablar con entusiasmo de esto, de lo otro, de cuando era joven, del rancho, del rancho y del rancho.

Cuando llegaron a Helena, tomaron un taxi hasta un concesionario, directamente, cargados de maletas y bolsos.

La energía que tenía el abuelo, y ella estaba hecha un guiñapo.

Se empeñó en comprar un todoterreno nuevo y con todos los extras, lo más parecido a un coche, con cadenas puestas, por si la nieve cubría ya los campos. Y tenían seiscientos y pico kilómetros de carretera por delante.

Pagó con su tarjeta, como si fuera un chaval y metieron las maletas, y ella tomó rumbo a Carlton.

Pararon a mitad del camino a comer y el abuelo, como ella lo llamaba ya, iba como un chaval con zapatos nuevos. Había rejuvenecido diez años, desde que le puso el rancho a su nombre. Era inaudito, la energía que tenía ese hombre, conforme se acercaban a su destino.

La alegría que tenía el hombre por volver a casa y hacer cosas y hacer de ella una vaquera y una ranchera de nacimiento, cuando ella había nacido en la capital y solo había vivido en Cádiz y en Nueva York y vestido trajes de chaqueta para el trabajo, y de las vacas,

sólo había visto la leche y en envases y el abuelo se reía porque decía que no eran ese tipo de vacas, no eran vacas lecheras sino reses de carne.

-¿Ve?, Y luego quiere que dirija su rancho.

-Ya verás que sí mujer. No seas negativa.

Cuando llegaron al pequeño pueblo, le dijo que estaba cambiado, más moderno. Iba mirándolo todo y al salir del mismo, le dijo que siguieran por la carretera a la salida del pueblo y a los diez minutos tomaron a la derecha por un camino un poco nevado.

Iba con cuidado, cuando a los tres kilómetros o así vio el **DAX RANCHE** y supo que de verdad existía el rancho.
Y hasta que no lo vio de verdad no supo que existía, que era cierto, que era una maravilla de la naturaleza y que el abuelo tenía razón.
Ahora estaba todo nevado, pero se veían las vallas a lo lejos y los pinos y al final como a un kilómetro y medio el rancho, las cabañas y más alejadas, los graneros.
Y paró el todoterreno.
-¿Este es el rancho?- preguntó Helen anonadada.
-Este es tu rancho, querida Helen – dijo el abuelo y se emocionó.
-¡Es maravilloso!, es…
-Y espera en primavera y verás qué hermoso.
-Vamos allá a ver qué vemos más -se fue animando Helen.
-Los animales deben estar metidos dentro- dijo el abuelo.
-Hace frio en Montana.
-Sí, pero tenemos calefacción en las cabañas.
-¿Vamos a la grande?
-Sí, en la pequeña estará Sam y vendrá cuando nos vea, nos espera. Le dije que llenara la nevera.
-Menos mal. Al menos tendremos comida -y le sonrió.
Y el abuelo se reía.
Ella paró al lado de uno de los tres garajes que había al lado de la cabaña grande.
Eso no era una cabaña, era un pedazo de casa tremenda, aunque necesitaba alguna limpieza, pero al menos por fuera estaba en perfecto estado.
Vieron venir de la otra cabaña a un hombre de más de sesenta años y saludarlo, dándole un abrazo.
-¿Cómo estás viejo zorro? - le dijo Sam al abuelo.
-Tú estás mejor, espero que hayas cuidado bien de mi rancho.
-Eso te lo cuento mañana, y hacemos las cuentas, toma las llaves de la casa y del garaje. ¿Y esta guapura quién es?- le preguntó Sam refiriéndose a Helen.
-Es la dueña del rancho, se lo he dejado, es como mi nieta. A ella tendrás que rendirle cuentas.
-¿En serio?
-Y tan en serio. Yo voy a vivir el tiempo que me quede aquí con mi nieta, pero no me encargaré de nada.
-O sea que tengo una señorita a la que presentar las cuentas de todos estos años.
-Sí, señor, así es.
-Bien, descansad. Mañana hablamos, aún tengo que dar la última vuelta al ganado. La nevera está llena.
-Vale Sam, amigo, mañana hablamos de todo.
Sacaron las maletas y ella las llevó a la casa entre el frio helador, y el abuelo encendía la

calefacción. Le dio la llave del garaje para meter el coche.
Cuando estaban dentro…
-Parece que esto se está calentando señor Ferguson. Mire, ha limpiado algo el pobre. No se preocupe, mañana miro bien y haré lo que sea necesario. Lo hice en el piso, ¿recuerda cuando viene de España?
-Sí. Lo recuerdo. Una semana y media para pintar y limpiar un pisito. -Y ella se rio.
-Pues comamos algo y a dormir. Mañana será otro día. Estoy muerta.
Y subieron las maletas a la parte alta y ella vio que le costaba subir las escaleras. Ya vería que haría cuando viera la casa.
El abuelo le dejó la habitación grande y él se quedó en una de las tres más pequeñas. Bajaron a comer algo y se durmió hasta que el sol salía por el horizonte.
Aquello era silencio y paz, se durmió un par de horas más y a eso de las nueve se levantó. Hizo un desayuno, porque el abuelo no estaba, seguro que estaba con Sam en la cabaña pequeña. Así que echó un vistazo.
La cabaña estaba en muy buen estado, pero le faltaba limpieza. En la parte alta tenía cuatro dormitorios con vestidores y baños…
¿Para qué querían dos personas solas tanto espacio?
Había que limpiar a fondo, la cabaña era de madera clara brillante y no se pintaba, pero necesitaba limpiarlo todo, incluidos muebles y suelo. Los baños estaban en muy buen estado y los vestidores. Todo era precioso y no se había tocado. Y la parte de abajo, tenía dos salas, un salón con fuego y estanterías, un aseo y un cuarto de lavado y el patio estaba nevado a través de los cristales de las puertas francesas que tenía, y una cocina de espacios abiertos al salón con una mesa grande de comedor para seis personas y una isla con cuatro taburetes de madera.
Había que cambiar los electrodomésticos, estaban algo oxidados y eran blancos o amarillos ya. Los cambiarían.
Y limpiar el porche y preguntar cómo podía limpiar por fuera la cabaña. Para eso iría al pueblo a preguntar.
Anotó todo lo que se necesitaba y una vez que desayunó y echó un vistazo, fue a la otra cabaña y allí estaban Sam y el señor Ferguson hablando de dinero y demás, y ella dijo que iba a echar un vistazo a la cabaña mientras ellos hablaban.
Era más pequeña y en la parte alta, tenía dos dormitorios, uno grande y otro pequeño, con baños y vestidores y abajo un salón pequeño, un despacho donde Sam tenía una cantidad de papeles enormes y desordenados. Se dio cuenta de que ese hombre llevaba las cuentas a mano, no había ordenador ni nada parecido, solo un tumulto de papeles y carpetas, repartidas por la mesa y una estantería vieja, que él solo entendería.
Siguió su ruta por la cabaña, una cocina pequeña una mesa con cuatro sillas. El patio igual que la otra cabaña, estaba nevado.
Cuando estaban en la casa comiendo el señor Ferguson y ella, le dijo que el capataz se iba en

quince días, y ella le dijo que con una semana tendría para aprender lo que necesitaba.
-¿Cuánto necesitamos para limpiar la cabaña grande?
Y ella le dio unas ideas. He pensado que puede dormir abajo, le cuesta subir escaleras y no quiero que se caiga. Coger la sala de la izquierda o la de la derecha, la más grande y podemos poner un aseo y un gran armario. Según nos quede.
-Eso estaría bien.
-El resto es limpiar y comprar electrodomésticos y la otra cabaña igual, y en esa sala poner un despacho, y modernizar el despacho de Sam, para el vaquero que contratemos, por si sabe de números y me ayuda.
-Pues manos a la obra, esta tarde vamos al pueblo y contratas a una empresa que lo haga todo. Tú ya no limpias querida. Solo mandas. Además, tenemos que pasar por el banco, poner las cuentas en una y a tu nombre y tomar una tarjeta.
-Abuelo, aparte he visto que Sam, no tiene ordenador, así que voy a guardar las facturas de lo que compremos y hagamos a partir de ahora y cuando todo esté organizado bajarme un programa y empezar de cero, ¿Qué le parece?
-Perfecto.
-Es que, si no, esto es una locura. Si todo está pagado… Luego nos meteremos con los animales.
-Todo lo ha pagado Sam, y ha ahorrado en estos años, dos millones de dólares, el resto se lo he regalado para su jubilación- ella no quiso saberlo ni le importaba, si ese hombre se lo había ganado.- Más el millón setecientos que vendí el apartamento menos el coche que está a tu nombre para el rancho y puedas deducirte y lo que yo me quedo en mi cuenta, te voy a dejar para el rancho tres millones. Cuando termines todo, te quedará menos y habrá que ver los graneros, pero de eso prefiero que se encargue el vaquero que contratemos y además te tienes que dar de alta como ganadera. Habrá que pasar también por la asesoría.
-¡Está usted loco!
-No, si me quedo con casi medio millón, lo que tengo ahorrado y cobro mi pensión. No me quedo sin dinero. Y cuando me muera será también tuyo. Así que empieza a administrar el rancho hija. ¿Has desayunado?
-Sí.
-Y yo también con Sam, así que toma el abrigo y vamos al pueblo, hay muchas cosas que hacer. Para cuando se vaya Sam tiene que estar todo hecho y tú haber aprendido todo, hasta que contratemos al vaquero. Cuando estén las casas listas, lo contratamos. Quizá tengamos que cambiarnos a la cabaña pequeña, mientras limpian y hacen la obra de mi cuarto. También hay que cambiar el letrero de entrada y las vallas y eso lo hará el vaquero también antes de la primavera, ahora que los animales están dentro.
Y así en menos de dos semanas, Helen, se había dado de alta como ganadera, las dos cabañas estaban listas y alguna decoración de más, pero quedaron preciosas. Dos buenos despachos completos, uno para cada cabaña y abajo le hizo al abuelo un dormitorio con un aseo con ducha

para él y le compró una cómoda, un armario y una mesita de noche.
Y un cómodo sillón. Las cortinas que puso la decoradora eran preciosas. Lo necesitaba. Quedó precioso, todo.
Esa chica, Estela, era una mujer enérgica y con muy buen gusto. Quedaron las cabañas listas en dos semanas. Y guardó todas las facturas y por las tardes, puso al día el rancho empezando la contabilidad por el principio. Se bajó un programa y se asignó un sueldo. 3.000 dólares, casa y comida incluida. Y se hizo el contrato de trabajo.
Había mirado por internet, lo que podía pagar a un vaquero y le pareció muy poco lo que ganaban, ella, le ofrecería más, era una persona sola para tanto trabajo. Tenían muchos animales, casi 800 cabezas de ganado.
Y aún le quedaban gastos de vallas y almacenes, pero en las casas se había gastado casi ciento cincuenta mil. Porque tuvo que cambiar colchones, sofás nuevos, algunas lámparas que le aconsejó la decoradora. Y meter ropa nueva de casa, más la obra.
Y ella, en esas dos semanas aprendió a hacer lo que ahora les hacía a las vacas Sam. Y todo cuanto este le explicó. Las explicaciones tampoco se le daban bien a Sam. Pero era un gran trabajador.
Cuando Sam se fue a las dos semanas y ella se quedó sola, le entró algo de miedo, pero el señor Ferguson le dijo que ella podía. Y pusieron un anuncio pidiendo un vaquero.
Mientras comían una tarde ella le dijo:
-Llevamos dos días y no ha llamado nadie para el puesto, ¿es que no hay paro aquí?
-Ya llamarán, no te preocupes. Incluso pueden venir de otros estados, hemos puesto un anuncio en dos o tres estados y a veces los vaqueros no llaman, se presentan directamente.
-¿Qué forma es esa de buscar un trabajo? ¿Y si el puesto ya está ocupado?
-Esto es así, querida. Si está ocupado buscan cerca o miran en otro lado.
-Pues vaya- y el abuelo se reía.
Y cuando comieron, al mediodía, Helen fue al pueblo e hizo una compra en el supermercado de lo que hacía falta, y se compró también botas de goma, para entrar donde estaba el ganado y botas nuevas, un sombrero y algunas camisetas de interior para el frio y jerséis de lana, calcetines gordos y altos, un abrigo nuevo para el campo, y ropa interior, dos pijamas calentitos y una bata.
Se fue al rancho, iba preocupada, porque anochecía y no le gustaba ir de noche con nieve aún, ni dejar al abuelo tanto tiempo solo. Unos faros iban delante de su todoterreno, parecía un todoterreno nuevo similar al suyo y por lo que se veía, llevaba el mismo recorrido que ella.
Se asustó cuando vio que iba un hombre con un sombrero y se metía en el rancho. Podría ser el vaquero que esperaban y que no había llamado...
Ella fue tras él, pero el todoterreno que iba delante frenó en un momento, y pegó un volantazo, y ella tuvo miedo de que diera unas vueltas de campana, sin embargo, se metió en la nieve haciendo eses hasta detenerse bruscamente.
El todoterreno se quedó pitando, señal de que el tipo había dado en el volante con la cabeza. Pero

¿y el airbag? A lo mejor no tenía.
Salió del coche, cogió la linterna que llevaba y fue hundiéndose entre la nieve con sus botas hasta donde estaba el coche a unos doscientos metros de la carretera.
Abrió la puerta del todoterreno y efectivamente, como pensaba, el frenazo había hecho que el airbag saltara y el vaquero se diera contra el mismo. Pero parecía haber recibido un buen golpe, estaba sin conocimiento.
Lo echó hacía atrás y le puso la cabeza con cuidado, subida en el coche contra el asiento. Era un hombre guapo y joven, alto como él solo.
-Oiga- le tocó en el hombro.
-Oiga, despierte. Volvió a repetirle mientras le tocaba el pulso en el cuello y en la mano y ella lo vio bien y cuando fue a ponerle la mano en la cara, este le cogió la mano con fuerza.
-Me hace daño -y la soltó.
-Perdone, ¿Qué ha pasado?
-Se ha metido en la nieve y se ha dado contra el airbag que ha saltado. Ha ido haciendo eses en la nieve. He temido que diera unas vueltas de campana. Ha perdido el conocimiento unos minutos, ¿dónde iba?
-Al Dax Range.
-¿Es el vaquero que estamos esperando sin llamarnos?-y el vaquero sonrió incorporándose, con esa sonrisa blanca, y esos ojos azules alargados y el pelo rubio, algo largo que sobresalía del sombrero.
-Exacto y usted es…
-La dueña del rancho, Helen, ¿pero está bien?
-Sí, no ha sido nada, el coche se me ha ido con la nieve.
-¿Quiere que llame a un médico?
-No hace falta, de verdad estoy perfectamente.
-Pues estaré con usted esta noche llamándolo cada tres horas, ha perdido el conocimiento.
-No hace falta. Ha sido un segundo solo.
-Bueno ¿puede salir de la nieve?
-Claro que puedo, señora.
-Señorita. Pues siga recto hasta la cabaña pequeña, ¿cómo se llama?
-Paul Adams.
-Yo soy Elena, pero todo el mundo me llama Helen.
-Encantado y disculpe la entrada.
-Para nada hombre. Vamos, hace frío.
Y cada uno tomó su todoterreno y ella paró en el garaje y él en la puerta de la cabaña
Entró en la cabaña grande y tomó las llaves.
-¿Qué pasa?- Dijo el abuelo.
-Tenemos un vaquero, pero se ha dado un golpe, ahora vengo.

-Vale, hija ten cuidado, pídele el carné.
-Lo haré. No salga que hace mucho frio.
Y ella le dio la llave de uno de los dos garajes de la cabaña pequeña y él metió el coche y sacó un par de bolsos. Entraron en la cabaña pequeña.
-Esta es la calefacción, Paul, las luces, fue enseñándoles la casa. Era un gigante guapo, rubio de ojos azules y ella no había visto antes una vaca, pero un hombre así tampoco. La intimidaba con su altura y con su forma de mirar. Era serio. Muy serio.
-¿De verdad estás bien?
-Sí, no se preocupe señorita.
-¿Quiere que me quede esta noche?
-No es necesario, ha sido solo un momento, en todo caso pongo la alarma del móvil.
-Anote el mío, por si necesita algo, de todas formas, los necesitamos -e intercambiaron los teléfonos. -Vale, en la nevera tiene de todo, la llené ayer. Pero ya hablaremos mañana de ese y otros temas.
-Estupendo.
-Lo dejo descansar, no se preocupe mañana por la hora, acomódese donde quiera. La casa es toda suya, elija si quiere la habitación grande. Usted ha llegado primero, y si tengo que contratar otro vaquero, que ocupe la pequeña. Estas son las llaves. Buenas noches, Paul.
-Buenas noches, Helen - Y se fue a la cabaña grande.
-¿Qué pasa?, cuenta- dijo el abuelo cuando volvió para la cena.
-Tenemos un vaquero, alto, fuerte y guapo, mal asunto -Y el abuelo se rio con ganas.
-¿En serio?
-Sí, pero es enorme. No he visto un hombre tan grande y fuerte. Parezco una cucaracha a su lado.
-Pero eres la jefa, guapa. Es lo que necesitamos. Un hombre fuerte. Y sobre todo y lo más importante, que sea trabajador y sepa de ranchos.
-Espero que este bien, se ha dado un golpe en el airbag. Se metió en la nieve.
-No le pasará nada. Ya verás. Un golpe con el airbag no tiene importancia.
-Bueno, cenemos. Mañana le explico todo, además viene el veterinario a las doce. Tenemos un día agitado.
-¡Qué bien!- dijo el abuelo. Tenemos un trabajador.
-¡Qué positivo está!
A la mañana siguiente, Helen, se levantó temprano por la mañana para realizar el trabajo, como le había enseñado Sam. Ahora como era invierno, se levantaba a las ocho, desayunaba y dejaba el desayuno hecho para el abuelo, que se levantaba más tarde, para que se lo calentara. Para el vaquero, lo haría cuando hablaran.
Y se iba con las botas y el abrigo al granero de los animales.
Paul, se estaba haciendo un café y miró por la ventana. Esperaba que ella fuera a hablar con él, pero al verla entrar en los graneros sin llamarlo, tomó el café rápido y se fue hacía al granero.

Vio desde la entrada del granero, como sacaba y arrastraba un saco de grano para los animales y sonrió. Era tan pequeña… tenía que averiguar cómo se las había apañado sola en el rancho o si había más gente. Le faltaban fuerzas y parecía más bien una chica fina de ciudad.
Se acercó a ella…
-¡Buenos días, Helen!
-¡Ay, me has asustado!- dijo ella pegando un bote y soltando el saco en el suelo.
-Perdona, esperaba que fueras a hablar conmigo, pero te he visto entrar aquí, ¿qué haces?
-Echándole comida al ganado y agua. Luego viene el veterinario a las doce y después limpiaré los establos hasta la tarde.
-Sé cómo hacerlo y es mi trabajo, ¿no?
-¿Tienes experiencia?
-Sí, por supuesto. Dijo con esa voz preciosa que tenía para colmo - ¿Es que ese hombre no tenía defectos?, pensó Helen- Vengo de un rancho de Wyoming, venga, yo traigo los sacos y hago ese trabajo.
-¿Sabes cuánto hay que echarle? Tenemos muchas reses.
-Sí, mujer, deja que yo lo haga.
-Pues cojo la goma para echarles agua.
-Vale- la dejó porque ese trabajo no requería esfuerzo.
-¿Cuantas cabezas de ganado tienes?
-Unas ochocientas y espero que paran unas diez antes de fin de año, o eso me dijo el antiguo capataz, pero me lo dirá el veterinario.
-Luego les echaré un vistazo- dijo con una seguridad aplastante.
-¿Has desayunado?- le preguntó Helen.
-He tomado un café - Contestó.
-Bueno cuando acabemos esto, desayunamos, hablamos y luego podemos venir con el veterinario y limpiar los establos.
-Eso lo haré yo solo, para eso estoy aquí.
-Vale, pero hay que hacer otras cosas.
-Me las dices.
-Está bien.
Y cuando acabaron en la mitad de tiempo que ella terminaba sola ese trabajo, fueron a la cabaña grande.
-Pasa, te haré el desayuno.
-No hace falta, Helen.
-Comerás con nosotros. Luego si quieres café o bebidas y eso tienes tu cocina, pero los platos principales los harás con nosotros, la comida va incluida. La hago yo. Quizá estés acostumbrado a otra forma de trabajar, pero la nuestra es esta. O quizá no te guste mi comida.
-Como quieras. Pero no te preocupes, no soy delicado.

Y se fueron a la cocina y mientras ella preparaba el desayuno a Paul, éste se sentó a observarla en un taburete, le gustaba verla moverse en la cocina.
-Bueno, cuéntame, ¿de dónde eres?
-De Wyoming, allí tenía mi familia un rancho. El rancho Adams, pero mi familia ya no lo es. Mi hermano ha heredado el rancho. Yo me fui a los marines y eso no ha gustado cuando he vuelto. Así que, para trabajar como un vaquero, prefiero otro lugar y vi el anuncio y vine directamente. No podía quedarme allí con mi padrastro.
-¿Cuánto has estado en los marines?- le preguntó, porque de los problemas familiares, a ella no le importaban. Le parecía injusto tal como lo contó que tuviese que salir del rancho familiar, pero eso no era problema suyo. Ya tenía bastantes con sus propios problemas.
-Desde los dieciocho años hasta los treinta que tengo.
-Doce años, son muchos, ¿Y has ido a la guerra?
-Sí, unas cuantas veces.
-¡Madre mía! -Y Paul sonrió.
-Pero volvía temporadas y trabajaba en el rancho. Y vi por internet el anuncio y quise cambiar de aires. Ya sabes por qué.
-¿Ya no quieres seguir en los marines?
-He cumplido esa etapa.
-Bien, a lo mejor aquí, ya ves el rancho como es, yo aún no sé la extensión. Con la nieve no he querido ir a verlo. Eso te lo cuento después. Te digo las condiciones por si te interesan.
Le puso la comida delante, el café y prosiguió:
-Tendrás la comida gratis, la casa y los gastos de luz, te hare la limpieza de la casa y la colada una vez a la semana. De momento estarás solo. No me puedo permitir el lujo de contratar a más gente de momento hasta que vea cómo me va.
-¿Lo harás tú que eres la dueña?, digo, colada, casa y comida.
-Sí, claro, no pienso contratar a nadie más. No sé nada de ranchos y las cabañas están recién reformadas. No se me caen los anillos por hacer comida para tres – y él la miró extrañado - recoger y limpiar una vez a la semana las cabañas y la colada.
Puso en la encimera otro café para ella.
-Aquí tendrás las comidas, desayuno, ahora en invierno a las ocho, a la una unos pinchos o bocadillos, ya veré qué hago y a las seis la cena, pero el resto de lo que comas, bebas de más, si tomas y lo que compres va por tu cuenta. Ahora sí que tienes algo, como bienvenida en la nevera.
-Gracias. No te preocupes, haré mi compra. No es mucho. No bebo sino alguna cerveza y no fumo.
-Mejor. El sueldo son tres mil dólares. No puedo pagarte más. He visto lo que cobran los vaqueros y es mucho menos que eso, pero yo tengo muchos animales y hay que trabajar duro, estarás solo de momento hasta que vea cómo evoluciona el rancho y los beneficios que tenga.

Me parece muy poco el sueldo que cobran por ahí. Aquí en mi rancho quiero un sueldo digno para mis trabajadores. Aunque tenga solo uno.
-Me parece bien. No te preocupes tanto. El sueldo es bueno.
-Y el trabajo, lo que se necesite y tienes el sábado libre. Un fin de semana el sábado libre y el siguiente, el sábado y el domingo. Puedes salir cuando quieras. Eres libre.
-Con el sábado tengo, Helen.
-Será como te he dicho. Porque si sales un viernes o un sábado por la noche así descansas ese fin de semana el domingo.
-Vale.- Pensó Paul, que esa chiquita de ciudad no sabía bien de animales, ni de sueldos, pero de que tenía buen corazón, lo tenía. A cualquier vaquero aquello le parecería un chollo eso.
-Pues ya está. Ah bueno, me pasarás cada factura y te encargarás de las compras y me lo dirás y de lo que se necesite. Intentaremos buscar sitios para comprar, aunque tengo una lista del anterior capataz. ¿Te parece que compre una camioneta para las compras? Y también hay que hacer un trabajo antes de la primavera, cambiar esas vallas de alambre y la entrada. Hacer un pequeño cementerio rodeado por vallas, el resto creo que está bien, si quieres mirar los otros graneros a ver si puede aprovecharse o el estado en que están, si hay que hacerles alguna construcción o pintarlos… Tenemos también un depósito de gasoil para los coches. Mañana pediré que me lo llenen. Si lo crees conveniente.
-Miraré poco a poco todo. ¿Tienes caballos?
-No, ninguno. Si apenas llevo dos semanas en este rancho. Yo no sé nada de ranchos Paul. Así que tendrás que asumir eso y yo te sigo, haré la comida, la contabilidad, las casas y pagaré y con eso tengo y aprender y ayudarte en lo que pueda. ¡Ah!, tienes que darme tu carné de identidad para hacerte el contrato -y Paul sacó su cartera y se lo dio.
-Ya te lo devolveré con tu contrato para que me lo firmes.
-Bien, cuando termines. Hay que comprar al menos dos caballos y una yegua o tres y la camioneta, seguro.
-Mañana vamos a por la camioneta y vemos dónde podremos comprar los caballos, y si ves algo más de compras me lo dices.
-Espera que les haga un hueco para ver dónde los metemos porque he visto que no tienes cuadras y pide el gasoil, de momento hasta que vea qué falta y te iré pasando las listas.
-Está bien. ¿Y las vallas qué propones?
-Madera blanca y alta, dura y resistente, pero tengo que medir el rancho y calcular los metros, la entrada no es problema. Se puede elegir la que quieras. Te pasaré algunas que sean iguales a las vallas.
-Estupendo. Puedes medirlo todo eso y lo compro. Claro cuando tengas tiempo.
-Sí, no te preocupes y miraré qué tienes en los otros graneros que sirva. Eso lo primero.
-Gracias Paul, pero quiero que te pongas un horario, siento que el rancho esté así y tengas tanto trabajo tú solo. De momento no me puedo permitir contratar a más gente. Porque tengo que

comprar cosas. Si en verano, crees que lo necesitamos y las cuentas me cuadran, lo haremos.
-¿Sabes montar?
-No sé, soy de ciudad. Me vine a Nueva York hace cuatro años. Soy licenciada en Recursos Humanos, pero el señor Ferguson me ha dado este rancho y dinero. Era mi vecino en Nueva York. Soy española y he visto si acaso, vacas de leche. Y los caballos de lejos- Y Paul se reía.
-Sí, ríete, pero cuando eres una directora de Recursos Humanos en una empresa de publicidad y te echan para darle el trabajo a tu novia… El señor Ferguson era mi vecino, te lo presentaré cuando termines, es como mi abuelo, está loco y me ha dejado el rancho y el dinero para seguir adelante. Vive conmigo aquí. En esa habitación. No puede subir las escaleras. Y le he hecho un dormitorio en esa sala.
-Así que no sabes nada de ranchos.
-Nada, ni papa, lo que he leído, pero sé de contabilidad y llevar las facturas de una gran empresa. Pero me bajaré unos programas que he visto sobre llevar ranchos.
-Te enseñaré sobre ranchos, no te preocupes. Serás una buena ranchera.
-Gracias. Lo que quiero es que, si tienes idea, seas capaz de poner el rancho en marcha y yo ocuparme de la limpieza, comida y la contabilidad. Quiero, quiero… verás, imagina que el rancho es tuyo, que sabes qué hay que hacer, lo que falta, lo que ha de comprarse y yo pagar y llevarlo.
-Bueno Helen, entonces es mi rancho -dijo bromeando.
-No, - y se rio,- es mío.
-Es broma mujer. Está bien, no te preocupes, me encargaré de todo. Eso hace un capataz.
-No puedo pagarte más, pero si al final de cada año obtengo muchos beneficios te daré una gratificación.
-No hace falta, mujer. Mi sueldo es alto y tengo casi todo gratis.
-Sí, si te lo daré, es lo que tengo pensado.
-Muy bien, en eso quedamos. Pues me voy a trabajar. ¿Tienes un bolígrafo?
-Sí, aquí lo tengo.- y cogió uno de un cajón de la cocina.
-Anota. -Y ella anotó un par de programas que él le dio.
-Este si te lo bajas para el rancho y este para las casas. Así podrás ir teniendo una idea de los gastos y de los beneficios al final de año. Si quieres empezar de cero, empieza hoy mismo. El dinero que tengas, y lo que le pagas al veterinario, y a partir de ahí… el resto no importa.
-Bueno meteré desde que tuve el dinero y pagué las reformas. Tengo todas las facturas guardadas. Eso haré. Hoy empiezo a trabajar con ese programa y te haré el contrato y meteré todas las facturas.
-Voy a limpiar los establos y espero al veterinario. Luego te informo. No vengas si no quieres.
-Estupendo. Cuando acabes vienes a tomar algo sobre las una y la cena es a las seis.
-Perfecto. Miraré un par de caballos para comprar y dónde los podemos ubicar. Tengo trabajo, señorita Helen de ciudad. Levantar un rancho.

-Creo que he tenido suerte de contratarte, Paul.
-Eso espero - y tomando su sombrero salió hacia los graneros.
Al cabo de un par de horas, vino de nuevo Paul con un hombre a su lado que debía ser el veterinario.
-¡Hola Helen!, ¿podemos pasar?
-Claro, pasad al despacho.
-El veterinario, el señor Preston.
-Encantado, señorita Helen.
-Encantada señor Preston. Bueno siéntense y cuénteme qué tal están las reses.
-Ya las visité hace dos semanas, sigue todo igual. Generalmente vengo una vez al mes, las reviso y luego cuando paren o necesitan vacunas. Tengo aquí anotado todo. Este es un duplicado para usted.
-¡Ah bien gracias!
-Ahí tiene anotado el repaso de este mes. Hasta noviembre no van a parir unas cuatro. Ya su capataz lo sabe. Y esta es la minuta. Siempre es la misma. Excepto si hay vacunas, paren, es distinto.
-Bueno, le pago esta vez, y tiene una cuenta, me gustaría hacerle el ingreso por transferencia a partir de ahora. No quiero tener dinero en el rancho.
-¡Ah estupendo!-Y anotó la cuenta del veterinario, así como sus datos y su teléfono, en la agenda que había comprado para el despacho.
Cuando se fue….
-Vamos a tomar un café y unos bocadillos que he hecho Paul y vas a conocer al señor Ferguson, el verdadero dueño, aunque dice que soy yo.
Y se lo presentó. Y cuando el abuelo, vio a ese gigante vaquero, le dijo:
-¿Qué has comido muchacho?
-Lo que me daban señor Ferguson -Sonrió Paul.
-Ya me dijo Helen que eras muy alto, ¿te ha puesto al tanto?
-Sí, le ayudaré, tengo de un rancho familiar en Wyoming. Bueno o tenía la mitad. Ahora es entero de mi hermano.
-¡Ah estupendo que sepas y una pena que no lo tengas!, necesita ayuda mi pequeña. No quiero que venda el rancho cuando me muera, sé que le encantará al final.
-Ya veremos abuelo. ¿Has comido?- dijo Helen.
-Sí, no quiero nada más. Estoy leyendo este libro.
-Bien, voy con Paul a la cocina y se tomaron un café y unos bocadillos.
-Voy a pedir gasoil a la gasolinera. Y que me lo traigan - dijo Helen.
-Está bien, termino con los establos y voy a mirar primero qué hay en los graneros, herramientas y eso y ordenaré un poco. Esta noche miro donde podemos comprar un caballo y una yegua y les haré sitio. Podemos dejar la camioneta para mañana por si tenemos que comprar herramientas.

-Gracias Paul. Me parece bien.
-Y cuando los tengamos, me pongo con las vallas y la entrada.
-¿Podrás llevar todo eso tú solo?
-Sí, claro, lo dejaremos listo para la primavera. Grano hay de momento. Y en invierno, siempre hay menos trabajo.
-Sí, al anterior capataz, me dijo que teníamos grano para unos cinco o seis meses. En cuanto al trabajo, este invierno tendremos trabajo.
-Sí, más o menos. Bueno, me voy, estaré para la cena.
-Hasta luego, y gracias.
-Hasta luego, Helen.
Y ella siguió con el despacho, se bajó los programas que le había dado Paul por la mañana y cuando vinieron a traerle el gasoil, les hizo una transferencia y metió también el cargo. Y los mandó al granero donde estaba Paul para que se encargara de echarlo al depósito que tenían allí.
Cuando acabó el despacho, hizo la cena y se sentó con el señor Ferguson.
-¿Qué le parece el vaquero?
-Lo mejor que hemos contratado, me da muy buena espina. Me gusta. Parece serio y trabajador. Y si ha tenido un rancho, sabe de qué va la historia y te va a hacer mucha falta hija.
-Ha estado en los marines.
-No me extraña, pues entonces mejor.
-Se ve un buen chico.
-Y guapo -y la miró.
-Señor Ferguson, no busco nada ahora de hombres, a ver si me apaño con esto de momento. Es usted un casamentero.
-Tienes un hombre que sabe lo que hace, no debes preocuparte. Y no te he visto un hombre en cuatro años.
-Porque no lo he tenido. Trabajaba mucho. Pero sí que salí un par de veces con un par de ellos.
-¡Bah!, eso no tuvo la menor importancia. Esos no te valoraron en lo valías. Bueno veamos qué tal va el rancho.
-Es cierto, vamos a dar un año, hasta diciembre del año que viene y veremos qué hay en la cuenta.
-Eso está bien. Confía en el vaquero, he visto muchos vaqueros en mi vida y este es de los buenos. Al menos se ve que se preocupa y sabe que no va a recibir órdenes, que prácticamente va a llevar el rancho como si fuese suyo y eso es un punto positivo para él y para nosotros, que lleve el rancho a su manera, aunque sepa que tiene que darte los partes e informes de todo. Te ayuda y ahí en esas cuestiones no tiene problema. Si es marine, sabe obedecer y sabe que gana más que en cualquier lado. Has sido generosa con tu ofrecimiento.
-Porque sólo es un hombre para todo el trabajo.
-Tienes razón, pero si en verano, van las cosas bien, contratas a un ayudante.

-Eso le he dicho.
-Muy bien hija.
-Voy a esperar a ver qué me dice de cómo están los graneros, las herramientas que faltan, el tractor está hecho una pena. Me ha dicho que tenemos que comprar una furgoneta nueva y caballos y una yegua para mí. Me va a enseñar a montar.
-Deberías.
-Pero si me da un miedo horrible.
-Te enseñara. Creo que es de esos hombres que cuando se le mete algo en la cabeza, se sale con la suya, pero es que deberías saber montar. Déjate aconsejar por tu guapo capataz.
-¡Ay abuelo!, de verdad cómo eres.
-Es que no lo has visto bien y eso que yo soy hombre y viejo.
-Sí, lo he visto bien, tengo ojos en la cara, y espero que no me entretenga hasta dejar el rancho listo.
-Tú veras.
-Voy a hacer la cena- y el abuelo sonrió. ¿A qué mujer no le gustaba un hombre como ese? Debo estar loca, para no saber distinguir un hombre guapo.
-Hombres como eses, no has visto en Nueva York, mi niña.
-Desde luego que no, ninguno en los cuatro años que he estado, pero eso no significa nada, quizá tenga novia, esté casado…
-Si tuviera novia, no vendría desde tan lejos ni la dejaría, eso seguro.
-Bueno, no le vamos a averiguar la vida, está aquí para trabajar y ayudarme, a enseñarme, no para pensar en otra cosa con el primer hombre que llega.
-Es que no es cualquier hombre.
-Abuelo, ¿es que no para de buscarme novios?, aún soy joven. He tenido oportunidades y no he querido
-Eso mismo, porque no has querido.
-Y si hubiera querido ahora no estaríamos aquí tratando de levantar este rancho.
-En eso tienes razón, mejor te lo buscas aquí- y ella resopló.
El abuelo no paraba, claro que ese hombre era distinto a todo a cuanto hombre había conocido, pero, ese tipo de vaqueros o de hombres, no se fijaban en mujeres como ella.
Ese hombre estaba muy bueno, era tan alto, que tenía que alzarse un poco para hablarle y esos ojos azules…
Eso sí, era un vaquero, había estado escondido en los confines de la tierra o las mujeres eran idiotas, porque estaba allí, soltero como nadie, trabajando en un rancho, perdido en un pueblo pequeño de Montana.
Quizá se escondía de algo de su pasado, de una mala relación, bueno, ese no era su problema.
Lo que ella quería de él era que trabajase y al menos en principio, parecía saber de ranchos y eso era estupendo, porque era cuanto necesitaba.

Parecía estar contento con el lugar donde debía dormir. Claro, la cabaña era preciosa e iba a estar solo. No creía que cualquier vaquero de los alrededores, tuviera las condiciones que él iba a tener. Ya había mirado por internet y sabía que lo que ella ofrecía, no lo ofrecían en otros ranchos.
Pero claro lo que ella sabía, que era nada, tampoco, lo tendrían otros ranchos que sabían de qué iba llevar un rancho.
Bueno, el caso es que ya tenía un vaquero, que además era fuerte y guapo, un añadido, joven y que estaba segura de que sabía de qué iba aquello. Y eso era todo cuanto ahora necesitaba.
Pero el abuelo, hombre guapo y alto que veía, se lo quería endosar como pareja, y es que decía que antes de morirse la quería ver, si no casada, al menos con un hombre que la mereciera.
-Pero abuelo, si le quedan muchos años de vida.
-No tantos, cariño y quiero verte con un buen hombre.
-Eso ya lo sé, pero todo se dará a su debido tiempo. No ha habido suerte hasta ahora.
Por eso en cuanto te pongas al día, debes salir a divertirte, si no sales no tendrás la oportunidad de conocer a nadie.
-Saldré, se lo prometo. Ahora tengo que dejar esto listo. Esto es lo importante ahora.
-Aquí hay muchos chicos que trabajan en ranchos, buenos chicos y trabajadores. Aunque hay poca gente en el pueblo, hay vaqueros en los ranchos y quizá conozcas a algún buen chico, si no te gusta nuestro capataz. A mí me gusta para ti.
-Y a mí también, pero no ha visto a ese hombre bien, ni a mí tampoco.
-Eres una chica preciosa y trabajadora y cualquier hombre estaría orgulloso de tenerte.
-Un hombre como ese jamás se fijaría en mí, me saca dos cabezas, soy normalita y él es un pedazo de modelo escondido en los marines, así que ni se haga ilusiones. Hay una cantidad de chicas altas y guapas dispuestas a acostarse con él en cuanto lo vean. Así que no se haga ilusiones. Para Paul, seré siempre su jefecilla -Y el abuelo se divertía y se reía con ella.
-Vaya, tienes mucha confianza en eso. Así vas a tener tú un hombre. Te subestimas mi niña. A cualquier hombre le parecerías preciosa y trabajadora, buena y generosa. Si te conocieran como yo te conozco, no te dejaría ninguno.
-Ay abuelo, ¡qué casamentero me ha salido! El caso es verme con un buen hombre que me ayude a llevar el rancho, pero para ello, soy exigente y debe tener algunas cualidades
buenas, muy buenas. No cualquiera me sirve.
-Eso ya lo he comprobado durante cuatro años. Pero este marine, es distinto. Será tuyo, ya verás. Estando aquí, te va a conocer y conocerte es quererte. Ya me lo dirás ya...
-¡Ay!, me voy a hacer la cena antes de que venga mi novio grande y guapo. Tengo que entrarle por el estómago al menos.
-¡Qué graciosa eres nieta!
-Sí, siempre. Menos mal que lo quiero- Decía Helen yendo a la cocina.
-Yo también te quiero - Le decía en alto desde el salón, el señor Ferguson.

CAPÍTULO III

Y así, sucedían los días. Ella no tenía que ir siquiera a los graneros. Pero una mañana, a los tres días, cuando Paul, fue a tomar algo al mediodía, le dijo que la acompañara y le enseñó los graneros ordenados, al máximo.

-Eres un Dios Paul. Esto está…

-Mira ahí tienes las herramientas, aunque faltan algunas, y otras las he dejado en esta caja para tirarlas, No sirven. Están oxidadas y son un peligro. Te he hecho una lista. Ahí llevas la lista, de herramientas, y de monturas para los caballos, los vamos a dejar aquí, ¿qué te parece?, les he hecho unas casetas con paja. Y cuatro escopetas, cartuchos, cuatro cajas, la camioneta y de caballos 3 caballos y una yegua para ti.

-¿Los necesitamos?

-Siempre se necesitan en un rancho y mira, y sacó su móvil y le enseñó un caballo y una yegua.

-Están a 50 millas, esta es la dirección, toma para que la pongas en la agenda, cuestan los cuatro 7000 dólares y nos las traen pasado mañana, si te gustan y quieres comprarlas ¿Cómo lo ves?

-Me parecen perfectas. Las vamos a pedir y vamos al pueblo a por el resto de las cosas.

-¿Ahora?

-Sí, además necesito comida. Vendrás en mi todoterreno y nos traeremos la camioneta de paso.

-Me daré una ducha y estaré en la cabaña en un cuarto de hora.

-Te espero, tomamos algo y nos vamos. Voy a hablar con el abuelo y me doy una ducha también.

Así que llegó a la casa, se duchó, le dijo al abuelo que iban de compras e hizo unos bocadillos pequeños, una gran fuente y café y se dio una ducha. Unos vaqueros, un jersey de lana y unas botas vaqueras, su abrigo y el bolso.

Cuando bajó de la ducha, ya la esperaba Paul, sentado en el salón con el abuelo.

Era un pedazo de tío. No pasaba desapercibido y no era consciente o sí, de lo bueno que estaba o al menos a ella le parecía.

Sin embargo, con ella era correcto y mantenía la distancia en la semana que llevaba en el rancho. No tenía quejas, ni se quejaba del trabajo, que realizaba con entusiasmo.

Se preocupaba. La comida le gustaba y la casa la tenía ordenada y limpia para que ella tuviese el menor trabajo posible.

Cuando le hizo el primer día la colada, y miró sus slips, eran de calidad, caros y sobre todo negros y sus cajones, estaban ordenados pulcramente. Así que limpiar su casa no le costaba mucho.

Y la cabaña grande tampoco. Eran dos y eran limpios y el abuelo disfrutaba de la tele y la lectura y hacer puzles y de verla a ella y estaba encantado.

Tomaron un café y los bocadillos y se fueron al pueblo. En el camino ella pidió los caballos y quedaron en mandárselos en dos días.

En el pueblo, compraron las monturas para los caballos, las escopetas que Paul creía, las

herramientas, que ella compró más de la cuenta de la lista. Luego fueron a comprar una camioneta preciosa en negro y al final pasaron por la tienda de alimentación. Ella compró la lista que llevaba y alguna cosa más y Paul compró también un par de bolsas para él. Café, bebidas, cosas de aseo, zumos, leche, pan de molde y jamón y yogures. Y dulces.
-¿Te gustan las tartas?- le dijo ella.
-Claro, a quién no.
-Voy a comprar una grande de chocolate. Al abuelo le encanta, aunque tengo ya que llevarlo a hacerle unos análisis. Tomaremos un trozo esta noche cuando haga la cena.
-Me gusta cómo cocinas.
-¿En serio?
-Sí, eres buena cocinera.
-Me falta ser buena ranchera.
-Eso no te hace falta. Tienes un buen vaquero guapo que hace el trabajo por ti. Eres la jefa y la dueña.
-Vaya. No tienes abuela- y se rio- pero es verdad. Eres guapo y bueno. Oye Paul- le dijo antes de irse al rancho.
-Dime Helen…
-¿Cómo has visto los graneros?, ¿están en buen estado o necesitan arreglos?
-Están bien, pero los veremos mejor en primavera cuando las reses salgan al campo. Y si necesitan arreglos ese es el momento.
-Te haré caso.
-No tienes más remedio, jefa.
-Bueno, toma, tú llevas la camioneta.
-¡Qué honor!
-Te lo mereces por trabajador.
-¡Ve delante!- le dijo él
-Como quieras. Ahora nos vemos.

Y ya le gustaría a él verla de otra manera. Desnuda, por ejemplo. Esa chiquita, le gustaba. Era buena, generosa y le gustaba demasiado. Tenía un cuerpito, unos ojos, unos pechos y unas pestañas… Y esos labios hechos para besar. Se estaba excitando y debía dejar de pensar en ella de esa manera. Era su jefa.
Al día siguiente viernes, saldría un poco a divertirse. Tenía solo el sábado, pero necesitaba salir un poco o el olor de esa mujer se le iba a meter en el cuerpo.
Le gustaba todo de ella. Era un bomboncito haciendo de ranchera sin saber nada de ranchos ni de reses. Pero a él, le gustaría hacer otras cosas con ella. Necesitaba ver a otras mujeres para saber si era ella o la falta de ellas. Hacía cinco meses que había vuelto de los marines y no había tenido sexo con ninguna mujer. Y ya era hora. Sería la falta de sexo lo que hacía que pensara en ella

continuamente.
Y cuando llegaron del pueblo, ella descargó la compra y Paul, se llevó el resto a los graneros y le echó un vistazo al ganado. Luego fue a la cabaña pequeña y colocó su compra y dejó un rifle en la casa y otra se llevaría a la casa grande a la hora de la cena.
Se dio otra ducha y volvió a cambiarse de ropa, y mientras hacía tiempo para la cena, estuvo mirando vallas en el ordenador del pequeño despacho que había en la cabaña pequeña y que era nuevo todo. Así que buscó clases de vallas, tipos, precios, localización y llamó para ver cuándo se las traían una vez que las pidiera, y una entrada a juego con las vallas blancas con el cartel del rancho impreso y eligió el que creía conveniente. Les hizo unas fotocopias en color para que ella las viera con los precios insertos por metro.
La semana siguiente empezaría a medir los metros de vallas. Sólo le quedaba eso y ya hasta la primavera revisar y ver quién se llevaba el estiércol del ganado y cada cuánto tiempo.
Y miró también. Podían llevárselo cada quince días y les cobraban poco. Se lo diría a la jefa en la cena. Y eso deberían hacerlo con rapidez.
Tenían una montaña ya y había que quitarlo. Además, la empresa les dejaba un remolque y se lo llevaban.
Y mientras cenaban por la noche, le estuvo enseñando las vallas, le dejó el rifle y los cartuchos detrás de la puerta y le enseñó a meterlos y cómo disparar, por seguridad.
Le dijo que empezaría el lunes a medir las vallas y después de la cena, en el salón con un café y un trozo de tarta, le dio las fotocopias, con los precios y la valla que él le aconsejaba, dura, alta y resistente.
El abuelo, los miraba y sonreía. Hacían un buen equipo. Paul, le consultaba y ella se dejaba aconsejar. A ella le encantó y dijo que esa era la que comprarían, pero pedirían unos metros más para el pequeño cementerio en la colina. Y él dijo que mediría también para ello.
Cuando salía por la puerta para irse, y para que el abuelo no lo oyera, Paul, le dijo:
-Mañana viernes voy a salir al pueblo por la noche. Tengo el sábado libre, ¿o me necesitas para algo Helen?
-No, puedes salir, el sábado me ocupo yo del ganado. Pero una cosa que decirte Paul…
-Dime Helen.
-No puedes traer mujeres al rancho. No quiero ver en mi rancho una gira de mujeres yendo y viniendo -y él sonrió.
-No tienes que decírmelo. No tenía pensado hacerlo.
-Gracias. No me importa, pero por respeto al señor Ferguson y a mi rancho.
Y le gustaría que tampoco se acostase con ninguna… Pero eso no podía prohibírselo.
-El lunes vienen los del estiércol y lo harán cada quince días -le dijo Paul cambiando de tema, mientras se iba.
-Perfecto. No cobran demasiado. El domingo meteré las facturas de lo que compramos o mañana si me da tiempo.

-No hagas cena para mí hasta el domingo. Mañana ceno fuera también.
-Vale.
-Bueno, les dejo ya. Buenas noches y gracias por la tarta y el café, estaba buenísima.
-Hasta mañana Paul -Y cerró la puerta.
Y Helen se tomó otro trozo de tarta y se quedó pensativa, mientras el abuelo, la miraba.
-No te gusta que salga. Lo he oído- y ella lo miró asombrada. El abuelo tenía mejor oído que ella, eso seguro.-Si fuese tú, tampoco me gustaría. Sabes que va a acostarse con alguna chica que encuentre. Un hombre así…
-Abuelo, tiene derecho. Es joven, fuerte y guapo y es un hombre con necesidades.
-Tú también eres joven y con necesidades. Y deberías salir algún día.
-Saldré, no se preocupe.
-¿Cuándo?
-Cuando él no salga un viernes, me iré yo a cenar y a bailar.
-Eso me gusta más. No me gustaría verte aquí metida día y noche. Eres joven y, además, quiero verte feliz. Me gusta Paul para ti.
-Abuelo…
-¿Y no estás celosa?
-Abuelo, estaría celosa si fuese su novia, pero no lo soy. Si lleva apenas dos semanas en el rancho…
-Suficientes. Yo me enamoré de mi Mati, el primer día. Fue un flechazo. Y vivimos muchos años aquí, lástima que no le gustara el rancho y yo me fui por ella, para compensarla por el tiempo que pasó aquí y porque la amaba. Así que un hombre como ese te interesaría para que te proteja y cuide de tu rancho. Y te ame.
-Voy a recoger esto, anda y pondré el lavavajillas. No tiene remedio – y lo oía reírse.
Pero lo cierto es que sintió un malestar al saber que Paul saliera en busca de alguna mujer. Le gustaba mucho el rubio y hacía tiempo que no tenía un hombre encima de su cuerpo. Dos años.
Se acostó varias veces con un chico que conoció en Nueva York, pero que tampoco tuvo una mayor importancia, y en España, en la universidad un par de chicos también y a eso se reducía su vida sexual a tres hombres y un sexo no demasiado espectacular. Nada de
fuegos artificiales. Nada de saltar chispas.
Pero el rubio… Aunque mantenía las distancias, al menos ella sentía por él una química especial desde que le levantó la cabeza y lo vio, cuando se dio el golpe el primer día en la nieve y abrió sus ojazos azules rasgados.
Al día siguiente, por la noche, Paul, llamó a la cabaña antes de la cena.
-Hola Paul, ¿qué pasa?- y lo miro de arriba abajo, llevaba unos vaqueros negros un jersey negro de cuello alto y gordo y un abrigo negro. Botas negras y un olor que maldita fuese la mujer que iba a tener suerte esa noche.
-Ya me voy. Tienes mi móvil por si pasa algo, no dudes en llamarme. El ganado ya está listo

hasta mañana por la mañana.
-No te preocupes, yo me ocupo, diviértete - Le dijo.
Pero esa noche durmió poco pensando que estaría haciéndole al amor a cualquier chica que conociera en cualquier bar del pueblo y no se equivocaba. Sintió celos y rabia ese hombre le gustaba demasiado y lo deseaba y como decía el abuelo, ella también tenía necesidades, pero no con cualquiera.
Paul, fue a tomar unas cervezas y se llevó al motel a una chica que estuvo tras él, el tiempo que estuvo en el bar.
Pero no salió la historia como esperaba, tenía en el pensamiento a la pequeña Helen. Estaba allí, incluso haciendo el amor, pensó que era ella y le hacía el amor a ella. Y cuando termino, despidió a la chica con cierta desazón. Se duchó y se metió de nuevo en la cama, llevándose las manos al pelo.
¡Maldita sea!, eso no le había pasado nunca. Jamás había tenido problemas con las chicas en ese sentido. No era un mujeriego. Cuando salía y encontraba a una chica bien, pero si no, tampoco era una cuestión de ir tras una mujer.
Aunque si pasaba mucho tiempo, como ahora, necesitaba sexo, pero había mezclado sexo pensando en otra.
Sólo llevaba apenas una semana y pico en el rancho y ¡joder!
Se durmió tarde con la televisión puesta y al día siguiente, fue a desayunar, a conocer el pueblo y se cansó de estar fuera.
En su cabaña estaba más cómodo. Se compró el periódico y se fue a un parque cercano. Se quedaría allí hasta la hora de la cena. Iría a tomar un café antes.
Y entonces, allí sentado, pensó en su familia en Wyoming. Era el mayor de los dos hermanos, claro que Gabin, no era su hermano, sino su hermanastro.
Llegó al rancho cuando su padre murió y su madre, se volvió a casar con el padre de Gabin. Su padre había comprado el rancho Adams, aunque luego el padre de Gabin, quiso
quitarle el nombre y ponerle su apellido al rancho, pero su madre no dio su brazo a torcer, en lo único que no dio su brazo a torcer, en memoria de su padre.
Su padre tuvo muy mala suerte y murió cuando él era muy joven, tenía siete años, un toro lo corneó y no hubo nada que hacer y su madre quiso vender el rancho. ¡Ojalá lo hubiese hecho! Con ese dinero ahora él hubiese podido comprar su propio rancho y quizá su madre estaría con él allí. Sin embargo, ahora no tenía nada. Le habían robado impunemente su herencia.
No era una mujer fuerte su madre y además en ese tiempo se encontraba vulnerable e hizo un pacto con el padre de Gabin, un viudo interesado con un hijo un año menor que él.
Con el tiempo, vivieron como un matrimonio el padre de su hermanastro y su madre y con diecisiete años su madre murió de una neumonía un invierno frío.
Y las cosas ya no fueron iguales para Paul, ni el trato, ni siquiera al que consideraba su propio hermano porque se llevaron como hermanos hasta la muerte de su madre en que el padre de

Gabin cambió de la noche a la mañana. Su padre se había encargado de convencer a su madre de que pusiera el rancho a su nombre y ella lo hizo.
Paul, en cuanto cumplió los dieciocho años, se alistó en el ejército. No podía vivir allí en ese estado y pensaba que el tiempo mitigaría la aversión de su padrastro por él. Esa que le vino de golpe en cuanto murió su madre.
Cada vez que volvía de la marina de vacaciones, trabajaba en el rancho esos meses que tenía de permiso, pero cuando estuvo de vuelta del todo y se había licenciado de la marina, le dejó bien claro su padre de quién era el rancho, de su hermanastro Gabin y que si quería trabajar iría como vaquero, con el sueldo de un vaquero y fuera de la casa familiar porque su hermanastro se había casado y tenía un par de hijos. Y molestaba. Y de herencia ni hablar.
Y a la mañana siguiente se fue del rancho que había sido de su propio padre, y mirando anuncios de trabajo en el móvil mientras desayunaba en una cafetería, lejos de allí, vio que se necesitaba un vaquero en Carlton, Montana y se dijo que cuánto más lejos, mejor.
Y cuando desayunó puso rumbo a Montana.
Y allí estaba ahora. El trabajo le encantaba, hacía y deshacía como si fuese el rancho suyo. Tenía un buen sueldo, una buena jefa, que estaba muy buena y que le iba a dar problemas de otro tipo.
Mejor iba a cenar y se iba al rancho. El domingo tenía que trabajar. E iba a pasar antes de irse por el supermercado y llevarse algunas cosas.
El sábado, Helen, se levantó temprano, pues tenía que dar de comer a los animales, limpiar el granero y cuando lo tuvo todo limpio, desayunó. Le llevó tres horas todo ello.
A las diez se dio una ducha e hizo los desayunos para el abuelo y para ella y se fue a la cabaña de Paul, quitó las sábanas y toallas que tenía y le puso un par de coladas mientras limpiaba a fondo todo.
Y cuando acabó de limpiar la cocina y el suelo, le dio un poco al porche y le colocó la ropa limpia y perfumó la cabaña con un espray de limón fresco que siempre utilizaba.
-Helen, trabajas mucho, hija.
-Voy a preparar un café y limpiaré esta casa antes de la cena.
-No me haces caso, ¿por qué limpias las casas en un día? Y, además, los animales.
-Porque así me las quito todo de en medio en un día. Además, hoy haré una cena ligerita, sopa y tortilla. Y mañana que está Paul, tengo ordenador. Y ahora nos vamos a tomar un trozo de tarta, necesito azúcar y un café antes de seguir.
-Eso sí que me apetece.
-Ahora lo tomamos aquí.
Y cuando acabaron, se fue a la parte de arriba y quitó sus sábanas y toallas y lo que había en el cubo de la ropa y puso una colada para ella, luego pondría otra para el abuelo. Limpió su baño y les dio un repaso a todas las habitaciones y luego se puso con la parte de abajo.
Cuando terminó de colocar las coladas, y todo estaba limpio se fue a dar la última vuelta al ganado, se dio una buena ducha y se puso un pijama, hizo una sopa y unas tortillas.

Y cuando acabaron de cenar oyó el todoterreno de Paul.
-Esta noche no se ha quedado por ahí, decía el abuelo.
-Estás en todo, casamentero cotillo- y el abuelo se reía.
Cuando Paul entró en casa y olió el aroma fresco a limón, sabía que Helen había limpiado la casa. Y se sintió infiel sin tener por qué. Colocó las cosas que había comprado, en la nevera y en uno de los muebles. Y efectivamente todo estaba súper limpio y recogido y la ropa guardada ordenada y doblada.
Esa pequeña, era una todoterreno, porque habría tenido que hacer comida y limpiado los animales.
El domingo, cuando Paul fue a desayunar, ella ya tenía el desayuno para los dos casi listo. El abuelo se levantaba más tarde y lo calentaba, cuando ellos terminaban.
-¿Qué tal es el pueblo para ir a divertirse?- le preguntó a Paul.
-No está mal, es pequeño, pero hay un par de bares para ello. Uno tiene baile. Si te gusta bailar, ese es más adecuado.
-¿Y cuál me recomiendas? ¿Este último?- y él afirmó con la cabeza- Algún viernes que no salgas voy a echar un vistazo. No salgo desde hace mucho, y me apetecerá algún día.
-Puedes salir con Paul, a mí no me importa quedarme solo- dijo el abuelo entrando en la cocina y sirviéndose el café y calentando el desayuno.
-Nada de eso. Si salgo, tienes el teléfono de Paul, y puedes llamarlo, pero no te dejaré solo en medio del campo.
-Como quieras, pero tienes que salir y conocer a chicos- pinchó el abuelo mirando a Paul. -Allí en Nueva York no salías nunca.
-Abuelo. No tenía tiempo.
-No querías, que no es lo mismo.
-Dejemos el tema. Solo me apetece salir a cenar, tomar algo y bailar.
-Y un chico. Lo necesitas.
-No necesito un chico. Ya veremos eso, soy muy exigente y especial.
Y Paul, miraba a uno y a otro, y no le gustaba nada que ella saliera sola.
-Por eso no sales con nadie, por ser tan exigente.
-Me va a dar el domingo -dijo Helen mirando hacia arriba.
-No, solo quiero que pienses en ti un poco.
-Lo hago y tengo el ordenador después para pensar.
-Ese no te va a abrazar fuerte ni te va a…
-¡Abuelo! -Gritó Helen poniéndose roja, algo que no le pasó inadvertido Paul- y Paul se rio con ganas.
-Sí, ríele la gracia tú también.
-Perdona, pero me hace gracia.
Cuando se fue Paul, metió en el ordenador todas las facturas y luego hizo un pollo para la cena

con guarnición de patatas y judías.
Y a media mañana cuando volvió Paul a tomar algo que solía hacerlo sobre la una de la tarde, se tomaron unos pinchos de tortilla de patatas que gustó a los dos.
-Nunca he probado este tipo de tortilla, está buenísima- dijo Paul.
-Es tortilla de patatas. Plato de España - Dijo ella satisfecha.
-Helen cocina muy bien- apuntó el abuelo.
-Eso es cierto- dijo Paul - Y no lo digo por alabarte. Es que cocinas muy bien.
-Eso es que vienes de la marina.
-No es por eso, si lo comparo con la marina se queda fuera de onda.
-Gracias.- y él la miró a los ojos y Helen tuvo que bajar la mirada y Paul sonrió.
El lunes tuvieron un día agitado, vinieron los caballos y Paul los revisó de arriba a abajo y le pasó la factura, se llevaron el estiércol y otra factura más que metió. Cuando tomaron algo a media mañana Paul dijo que sacaría a los caballos y lo vio salir de los graneros, montado en uno de ellos y tirando de las riendas de los demás y llevarlos lejos, tanto que lo perdió de vista.
Por la noche, le dijo que los sacaría todos los días y los probaría a todos y además empezaría ya con las vallas, primero medir y luego iría poniendo y quitando. Pero por lo
que había visto, tardaría cerca de dos meses, puesto que había que quitar y poner y el rancho era grande y además tenía los animales y los caballos.
A ella no le importó el tiempo que tardase.
Paul, salía los fines de semana que le apetecía y le decía a ella que se quedaba el viernes que ella quisiera salir, pero hacía tanto frio que no le apetecía de momento y se iba él.
Además, empezaron a parir los terneros y tuvieron dos meses entretenidos entre tanto trabajo. Y le pagaba puntualmente la nómina el último día del mes.
A veces ella, cuando dejaba todo recogido se iba con él a las vallas y le ayudaba. Llamaba al abuelo cada hora y le dejaba comida y se llevaba para ellos.
Celebraron Acción de Gracias los tres. Helen, les contó que en España no se celebraba esa fiesta. Y en Navidad fue a por un árbol de Navidad y uno pequeño para Paul, que decoró y les compró regalos. Al abuelo una chaqueta gordita de lana para que estuviese calentito y a Paul, un sombrero nuevo.
Paul, se había acostado con un par de mujeres más, pero le pasaba lo mismo y volvía de madrugada a casa defraudado, y cuando ella se levantaba el sábado o el domingo, le ayudaba con los animales, pero ella no quería porque era su día libre y lo echaba y Paul, se iba a hablar con el abuelo y este le contaba todas las historias de Helen y él desde que se conocieron.
Y esos días de fin de semana, incluso ella, les daba una vuelta a los caballos, sin montarse en ninguno claro, aunque se hundiera en la nieve.
-Es una tozuda- decía Paul.
-Porque es tu descanso, déjala. Es muy trabajadora.
-No quiere salir tampoco.

-No le interesan los hombres. Digo, cualquier hombre, el hombre que la conquiste debe ser muy especial ¿A que es guapa?
-Es guapísima- y el abuelo se reía.
-Y no me refiero a su físico, Paul, es guapa, buena y generosa. Me cuida desde que me vio y siempre estuvo pendiente de mí. Íbamos los domingos a desayunar juntos en Nueva York. Eso una joven no lo hace con un viejo, por muy vecino que fuese. Además, recuerdo su cara de no creerse que tenía un rancho hasta que no lo vio… Aún recuerdo su cara.
-Sí, es una mujer muy valiosa y especial.
-Sí que lo es. El hombre que la conquiste será un hombre muy afortunado.
A mediados de febrero habían terminado las vallas, el cementerio y la entrada y llevaron al abuelo en el coche a ver la entrada y el cementerio. Y rodear el gran rancho que tenía.
-Aquí me pones cariño, con ella- le dijo en el cementerio pequeño que hizo Paul.
-No hablemos de eso, ¿eh? Además, el lunes tenemos cita con el médico. Una revisión completa.
-Estoy como un toro. No me he cogido ni un resfriado.
-Me da igual. Va a su revisión y vamos tarde- y Paul la miraba.
Era testaruda, pero era una testaruda guapa y con razón y se preocupaba por el abuelo, como ella le llamaba siempre.
Cuando al abuelo, le dieron los análisis salieron estupendos.
-Te lo dije, estoy como un toro.
-Mejor así, porque este viernes quiero salir por la noche, ya que todas las vacas han parido y hasta finales de mes no parirán las siguientes. En marzo vamos a vender ya algo y que, entre dinero, que solo sale. Si cuando salga, necesitas algo, llamas a Paul. Tiene la llave de la cabaña por si acaso.
-Está bien.
El día siguiente, después de cenar se acercó a la cabaña de Paul. No quería que el abuelo oyera todas sus conversaciones.
-¡Hola Paul!
-¡Hola! ¿Pasa algo?
-No, quería hablar contigo de dos cuestiones.
-Pasa, hace frio.
-Gracias.
-Tú dirás jefa- y ocupó su espacio vital en toda su altura.
-Quería preguntarte, cuándo vamos a vender animales, aún no tengo sino salidas de dinero y como no sé nada de esto…
-No te preocupes tanto. Ya tengo señaladas las reses que vamos a vender y he mirado sitios que nos las comprarán a buen precio y vendrán a por ellas. Las vendemos al peso
-¿Al peso?
-Sí, según pesen. Por kilos.

-¿Cuántas tenemos?
-Con las que han nacido hasta ahora y las que nacerán hasta final de marzo tendremos unas ochocientas setenta. De las que han nacido dejaremos a las terneras y vendemos los terneros y espero conseguirte al menos entre terneros y vacas de carne, entre trescientos cincuenta mil dólares al menos. Básate en ese precio y luego venderemos de nuevo en agosto o septiembre. Pero tendremos que comprar grano, aunque ya menos, porque en cuanto se haya ido la nieve ahorraremos grano con los pastos. Y agua con el arroyo.
Tengo ganas de ver los campos sin nieve. Así que venderemos unas cincuenta o sesenta y podemos comprar algunas terneras, unas diez solamente jóvenes.
-Perfecto. Ya tengo ganas de ganar dinero.
-No te preocupes tanto, es normal que tengas ahora más gastos con el rancho. Pero conseguiremos un buen precio y yo me encargo de vender y comprar.
-Gracias Paul, ¿qué haría yo sin ti?
-Hubieses contratado a otro vaquero.
-Eres más que un vaquero. Eres un capataz.
-Gracias jefa. He subido de categoría.
-Anda. Te quería preguntar otra cosa.
-Dime…
-¿Vas a salir mañana por la noche?
-No, si quieres salir tú, yo salgo el sábado, no me importa.
-¿Me anotas el mejor sitio?, que no haya tanto problema.
-Sí, claro- y le anotó el nombre del bar en el que había baile - ¿Vas a ligar jefa?
-Bueno, si tengo suerte…
Y Paul serio y en un impulso, la cogió por la cintura y la atrajo a sus brazos, la apretó fuerte y ella se quedó dentro y pasmada.
-Puedes tenerla sin salir siquiera.
-Paul…
Y Paul, hizo lo que tantas ganas tenía de hacer desde que la vio, bajó a su altura y la besó en los labios y los sintió temblar. Ella no se retiró y metió la lengua en su boca y Paul profundizó el beso.
Helen se relajó, se empinó y le puso las manos en el cuello y tocó ese pelo rubio y un tanto largo que le encantaba, y Paul, siguió besándola y sabía a miel y a mujer caliente y la subió un poco para que notara su excitación. Y cuando él paro el beso, ella lo miró a los ojos.
-¡Oh, Dios!, lo siento Paul!- como si hubiera sido culpa suya.
-Yo no lo siento, además he sido yo el culpable si es que hay un culpable, pero no me siento así. Me ha encantado.
-Pero, esto va a complicar las cosas.
-Un buen beso no complica nada. Sigo siendo el mismo- y le acarició la cola que llevaba y se la

soltó y su pelo saltó al vacío derramándose en su espalda.
-¡Es precioso! Nunca te lo he visto suelto.
-Debería irme Paul. El abuelo está solo - Dijo toda nerviosa.
-Dame otro beso- sin soltarla.
-Pero… -Y se lo dieron y Paul, tomó su pequeña mano y la llevó a la longitud de su sexo para que ella viera lo que le hacía, y le sudaban las manos en pleno invierno. Era grande en todos los sentidos y solo lo estaba tocando por encima del vaquero. Fue un espacio y un tiempo íntimo que compartieron y que la dejó nerviosa, excitada y alterada como nunca
le había pasado.
-¿En serio quieres salir mañana?-le dijo en la boca despacio, en un susurro, labio con labio.
-Necesito salir.
-No quiero que te acuestes con ningún tío. Si quieres sexo, me gustaría ser yo ese hombre que buscas.
-No puedo… el abuelo. Además, quiero salir a cenar y tomar una copa.
-Ven después. Te esperaré, pero no busques otro, nena.
Y salió de allí como una bala, temblando. Había estado en sus brazos, y la había besado y sí que habían saltado, no chispas, sino ascuas encendidas, o a lo mejor era cosa suya, pero él estaba excitado, mucho y ella también al saber que le provocaba eso a un hombre como ese.
-¿Que iba a ir cuando volviera a la cabaña pequeña?… ni loca, tenía un miedo horrible.
Pero el viernes, cuando fue al pueblo, fue al único restaurante que había y estuvo cenando sola y tranquila, respiró y se sintió bien, pero los besos de ese hombre estaban grabados a fuego en su piel, en sus labios y se ponía roja y azorada cuando recordaba esos instantes.
Después de un buen café, fue al bar que le recomendó Paul y se tomó un chupito, que, junto con el vino de la cena, ella que no bebía, la puso un tanto alegre. Pero se sintió acosada por varios vaqueros pesados y decidió irse al cabo de media hora a casa. Después de tanto tiempo sin salir, no se sentía a gusto. Y todo por culpa de Paul. No podía hacer nada, ni ligar siquiera después de lo de la noche anterior.
Al llegar al rancho, metió el coche en el garaje y cuando iba a entrar a la cabaña, Paul, estaba en la puerta de la cabaña pequeña, con el abrigo puesto y los brazos cruzados y el sombrero bajo, echado en el porche, esperándola y fue hacía él como si estuviese embriagada.
Y cuando llegó se echó en sus brazos y él la cogió y la metió dentro como si no pesara nada mientras la besaba y subía con ella las escaleras a su habitación.
Mientras la desnudaba, la besaba, y ella se aferraba a él.
-¿Qué llevas puesto nena?- cuando le quito el abrigo.
-Una minifalda.
-¡Joder! Te pones una minifalda con los vaqueros en el bar ese...
-Es lo que tengo y no pienso cambiar de forma de vestir. Espero que te guste la ropa interior.
-¡Dios mío! Esto no es ropa interior. Me gusta, me pone, pero seguro que andaban tras de ti

babeando.
-Sí, un poco. Como tú ahora.
-Ven aquí pequeña, -y le quito las medias y mordía sus pezones a través del sujetador y ella gemía y lo desvestía a él y cuando estuvieron totalmente desnudos, ella miró su sexo grande y duro y lo tocó. Toda la prisa de desvestirse se volvió calma y Paul tocó sus pechos, mirando su cuerpo.
-Me gustan tus pezones grandes. Y se metía uno en la boca y ella echaba hacía atrás la cabeza y le tocaba el sexo que se mojaba como un río de lava húmedo para él.
-Preciosa, no puedo esperar más. No he dejado de pensar en este momento desde que te conocí- y se puso un preservativo y entró en ella despacio.
-¡Oh, Dios!- decía ella agitada.
-¿Te hago daño?
-No, me encanta. – Le decía mirándolo a los ojos-Y Paul sonreía.
-Relájate.
-Hace mucho que no lo hago Paul.
-Por eso nena, déjate llevar -y ella se dejó y entro profundo en ella ocupando todo el espacio en su interior y ella supo que con ese hombre no iban a saltar ni chispas, ni ascuas, sino fuegos artificiales, porque con unas cuantas embestidas, ella se corrió como una loca. Y él la siguió.
-¡Dios mío!
-¡Oh nena!, estás tan buena… No hemos durado nada.
Y se levantó porque no quería hacerle daño, fue al baño y cuando se acostó con ella y la atrajo hacía así, ella aún no había recuperado la respiración.
-¡Qué rápida!
-Te dije que hacía tiempo que no lo hacía y eres tan bueno…
-¿Cuánto hace que no lo hacías?
-Dos años y medio casi.
-¡Qué barbaridad! Tengo que adelantar trabajo hasta contigo- y eso le hizo reír.
La tocaba por todo el cuerpo.
-Tienes una piel suave. Me encanta.
-Tú estás muy bueno.
-Nunca me has mirado de esa forma desde que llegue aquí y hace ya unos meses.
-Sí, te he mirado, cuando no me veías.
-Tramposa- y la besaba.
-Pero me gustaste en mismo día que llegaste.
-Eres una boba, ¿lo sabes?
-Sí, pero soy así.
-Ven aquí boba, si no, no me da tiempo de hacerte esta noche todo lo que quiero.
-¡Paul!

-Paul es un tío trabajador para todas las cosas.
Y ella se puso encima, su cabeza en el pecho y sintió tiritar su pene y bajó a él y le hizo el amor sin medidas, mientras Paul, aguantaba todo el placer que ella le daba hasta estallar sin poderse aguantar, mientras ella subía por su cuerpo dándole besos y apoyándose en su pecho.
-¡Eres mala!
-¿Seguro?
-Ya sabes a qué me refiero- y ella lo besó en la boca sin cansarse. Y Paul, la abrazaba, su cuerpo pequeño, su trasero prieto.
-¡Qué chiquita eres!
-Sí, eso tengo de malo.
-A mí me encanta.
-Serás el único junto con los de mi talla.
-Esta talla me parece perfecta -Mientras tocaba sus pechos y se metía uno en la boca.
-Tonto… tendré que irme pronto- el abuelo está solo.
-Aún no. Quédate un par de horas más. Es temprano y si al abuelo le pasa algo llamará.
-Está bien y el bajó a su sexo y lamió sus pliegues hasta que sintió el orgasmo de ella en su boca.
-¡Dios, vaquero! ¡Me vas a matar!
-¿Qué pasa guapa? Te dije que tenía que adelantar trabajo.
Y cuando descansaban un tanto, abrazados….
-¿Te has acostado con muchas estos meses que llevas aquí?
-Preciosa, no voy a hablarte de eso. Y menos esta noche.
-Bueno, sé que sí, eres muy guapo. Pero quiero saber qué va a pasar ahora entre nosotros.
-Que no me acostaré sino contigo. Eso está claro. Ni tú con nadie mientras nos acostemos juntos.
-No me refiero a eso, hombre, eso lo doy por hecho.
-¿Quieres tener una relación conmigo? Tú eres la jefa y estás por encima. Y eres rica, tienes un rancho y dinero y yo nada. Lo que gané en la marina.
-No seas tonto con esas cosas. Somos un equipo y trabajas por tres. Y sí, me gustaría tener una relación contigo y conocerte a otro nivel, si eres de esos.
-De esos ¿cómo?
-De los que tienes relaciones con las mujeres y no solo sexo.
-Nunca he sido de esos, pero contigo, me resulta muy difícil no serlo. Pienso en ti a todas horas.
-¿Y el abuelo?
-No le diremos nada, de momento, aunque ya le gustaría…
-Es un lince.
-Bueno, si se entera no pasa nada, pobre, le encantaría - Dijo Paul.
-Claro como a ti no te da la vara todo el día…
-Sí que me la da.
-¿No me digas?

-Por supuesto, qué crees, ese viejo zorro quiere vernos casados.
-La leche que…
-Calla boba, no adelantemos acontecimientos ¿Salimos entonces?
-Pero no podremos ir al pueblo a cenar o a tomar algo. Como no le contrate una canguro- y se reían.
-No me importa guapa. Estamos mejor aquí. Además, en febrero hace todavía mucho frio.
-Es verdad.
-No irás al pueblo a por más hombres.
-Ni tú a por más mujeres.
-Ni pensarlo- y volvieron a hacer de nuevo el amor.
Y salió de su casa a las cuatro de la mañana. Menos mal que el abuelo estaba dormido y no la oyó.
Cuando ella se fue de su cama, Paul, se quedó vacío, la quería toda la noche, había sido mejor de lo que había soñado. Helen, no tenía mucha experiencia y se notaba, pero ya le enseñaría él…
Era guapa y su cuerpo y su piel y su aroma le encantaban. Olía tan bien… era tan pequeña que la acomodaba en el hueco de su cuerpo. Y allí la tendría eternamente, haciéndole el amor hasta dejarla muerta de satisfacción.
Y cuando Helen llegó a la cama, tenía ganas de saltar. Eso sí era un hombre que sabía hacer el amor.
Se engancharía a él, lo sabía, le gustaba la forma en que la cogía, le hacía el amor, besaba tan bien… y sus brazos y su pecho fuerte, y su miembro endurecido.
La forma de cerrar los ojos cuando le hacía el amor y sus gemidos. ¡Oh, Dios, ¡qué suerte! No pensaría en las mujeres que tuvo antes, porque iba a sufrir mucho, ahora era suyo. Ese pedazo de vaquero era suyo.
Y no pensaba dejar que fuese al pueblo en busca de más mujeres. Era suyo. Ella también era posesiva y celosa y más con un hombre como él, aunque no quisiera contarle con las mujeres que se había acostado desde que llegó.
No quería hacerle daño y al fin y al cabo y casi era mejor no pensar, porque iba a sufrir de verdad. Se enamoraría de Paul. Nunca se había enamorado, pero lo que había sentido sexualmente
por ese hombre, la llevaría a enamorarse de Paul irremediablemente.
Lo miraría con adoración y sufriría si él no sentía lo mismo por ella. Estaba escrito. Algún día amaría a algún hombre y ese día estaba a punto de llegar.
Los dos solos haciendo el amor cada vez que podían hacerlo. Iba a ser toda una experiencia para ella, sobre todo porque estaban casi todo el día en el mismo sitio, se verían mucho y…
Había tenido unos orgasmos que no podía explicar cómo su cuerpo podía reaccionar a ese hombre así. Era maravillo y mágico el sexo con Paul. Era apasionado y delicado y fuerte y salvaje y le encantaba y tenía ganas de gritarlo al viento.

Y era la primera vez que le pasaba sentir algo así tan intenso con un hombre y desearlo al momento después.
Estaba saliendo con él y estaba celoso y no quería que saliera de copas a buscar a otro hombre y eso quería decir que le gustaba tanto como a ella le gustaba Paul.
Esperaba ante todo que su relación no interfiriera en el tema laboral. Pero estaba segura de que no iba a ser así y le esperaban meses felices en ese rancho con el abuelo y Paul.
Pero sobre todo esperaba que su relación que comenzaba durara mucho tiempo. Podía ser el amor de su vida, el hombre de su vida.
Si seguían así, seguro, el problema era si él le correspondiera en la misma manera. No tenía la impresión de que fuera un mujeriego a pesar de cómo estaba y lo guapo que era. Y esperaba que fuese generoso y la tratara bien.
Y poco a poco fue quedándose dormida con el olor de ese hombre en su cuerpo.

CAPÍTULO IV

A pesar de haber dormido apenas unas horas, Helen, se levantó temprano, se hizo un café y miró por la ventana. Hacía frío y pensó en la noche anterior, le parecía un sueño y volaba.
Cuando acabó el café y fue directa a los graneros. Una vez que les echó grano y agua y limpió, se fue a la cabaña, era tarde y tenía que preparar el desayuno para el abuelo y para ella, pues ese fin de semana Paul, lo tenía libre.
Y se hacía su propio desayuno cuando se levantara, claro. Pero al estar en la casa, no podría limpiar como quería, por lo que decidió limpiar las cabañas los lunes.
Además, después del desayuno iba a ir a por comida al pueblo. Le diría a Paul si la acompañaba o si necesitaba algo para las cuadras.
Cuando volviera e hiciera la cena, antes de ponerse de nuevo con el ganado, iba a darles una vuelta a los caballos.
El fin de semana tenía mucho trabajo, por eso no podía limpiar también las cabañas, tenía muchos días y el lunes era uno bueno.
Cuando volvió a casa, el abuelo ya estaba despierto.
-¡Hola abuelo! Voy a darme una ducha y tomamos el desayuno.
-No tengas prisa hija.
-Luego voy a ir al pueblo con Paul, vamos a comprar comida. Le dejaré hecho unos pinchos.
-Trae una tarta.
-Le va a subir el colesterol abuelo.
-Estoy bien y lo sabes hija.
-La traeré, de chocolate como le gusta.
-¡Qué bien!- eres mi nieta favorita.
-No tiene otra- y se reía-Voy arriba. Ahora vengo.
Cuando finalmente desayunaron y recogió la cocina, ella tomó el bolso.
-Voy a ver si Paul viene.
-Te has puesto muy guapa.
-Pero abuelo si llevo abrigo.
-Pues tienes la cara resplandeciente. No me has contado nada de anoche. ¿Hubo suerte?- preguntó sentándose en el sofá.
-Hubo suerte, abuelo.
-Será por eso- y ella sonrió y lo abrazo por detrás - Es usted un cotillo, pero no pienso contarle nada de momento - Y le dio dos besos.
-Me quedaré con las ganas.
-Oye abuelo, he dejado la limpieza para los lunes. Los fines de semana no me da tiempo.
-Te lo he dicho muchas veces. Y ahora que tengo que sacar a los caballos… menos. ¿Estará bien? Tardaremos poco. Luego tengo que llamar a España.

-Estaré bien, no te preocupes.
Y lo besó y salió.
Se dirigió a la cabaña pequeña y llamó. Paul abrió y le tiró de la mano y la metió de un empujón.
-¡Ey!, hombre primitivo- riéndose.
-Sí primitivo. Y la cogió a horcajadas y la besó largamente
-¡Qué buena bienvenida!
Y empezó a desvestirla
-Pero guapo si vengo…
-Claro que sé a qué vienes- besando sus pechos.
-Te has equivocado- se reía ella.
-No creo. Y la tumbó en el sofá y le hizo el amor como un loco.
-Creo que estás loco.
-No, me pones loco tú, pequeña.
-Hace apenas unas horas que lo hicimos y estoy muerta. Ya he arreglado a los animales y pensaba ir al pueblo a por comida, venía por si querías acompañarme, si no tienes nada que hacer- mientras acariciaba su pecho duro como nácar.
-Necesito algunas cosas.- Dijo él.
-¿Entonces te vienes?
-Claro que me voy contigo guapa. Nos tomaremos una buena hamburguesa.
-Al abuelo ya le he dejado comida. ¿Has desayunado?
-Sí.
-Pues nos vamos.
-¿Tan pronto? -decía Paul, que se la colocó encima.
-Paul…
-¿Qué quieres?, solo uno más y se metía un pezón en la boca y los mordisqueaba y ella no supo cuando entró en su cuerpo y ella cabalgó con él hasta rendirse.
-Lo que me apetece ahora es dormir.
-Venga, vamos a comprar, vaga.
-Sí, nada más eso falta que me digas. Conducirás tú guapo.
-Venga nena, tenemos que reponer fuerzas. Yo conduciré para la jefa. Te haré de chofer de tu limusina.
-¡Qué gracioso!- y lo besó.
Y una vez que hicieron la compra en el pueblo antes de volver se tomaron una buena hamburguesa en la cafetería, mientras se contaban cosas de su infancia y Paul, supo que había y tenía una familia estupenda, por eso, ella era así y él tan serio, estaba despertando con ella.
Porque ella, le contagiaba la vida, la alegría y las ganas de vivir con entusiasmo y Paul, que nunca había bromeado con ninguna mujer teniendo sexo, con ella era tan fácil, que era como si la conociera de toda la vida. Y la necesitaba a todas horas.

-¿Siempre llevas la lista de la compra hecha, nena?- le preguntó Paul cambiando sus pensamientos.
-Es que así compró lo necesario y no se me olvida nada. Bueno, luego siempre compro más cosas que veo. ¿Quieres cenar con nosotros?
-No, para nada. El lunes, jefa, lo estipulado no va a cambiar - y la abrazaba por la cintura mientras salían de la cafetería
-Está bien, como quieras, pero llevo tarta.
-¿Me estás tentando, nena?
-Un poco.
-Iré con el abuelo a tomar café mientras tú vas a los animales.
-Traidores…
-Tengo que descansar, jefa.
-Es verdad. Pobrecito - Y la besó en los labios.
Y así siguieron, salían los sábados de compras y hacían el amor en cualquier lado a cualquier hora que podían para que el abuelo no se enterara. No querían decirle nada aún.
El sexo con Paul era magnífico y estaba satisfecha y él jugaba con ella y estaba embobado con esa mujer. La trataba como a una reina, jugaba con ella y la mimaba.
Y era la primera mujer que tenía para él solo y podía hacerle cualquier cosa, que no se enfadaba.
Y en el trabajo, ella lo trataba como un igual y se dejaba aconsejar y hacían un buen equipo.
Empezó a despuntar el rancho en la primavera y llegó abril. Ya llevaban dos meses acostándose y no había ya rastro de nieve en el campo.
Y Paul a finales de marzo, había dado una vuelta por el rancho y sacó a todos los animales. Los pastos crecían y ya no necesitaban grano.
Tendrán que volver a comprar para el invierno, pero ahora, era tiempo de vender y de ahorrar. El veterinario, le dijo que tenían unas cuantas vacas para parir, no había mes que no pariera alguna.
Y Paul, le dijo que había que llamar para la venta de los animales. Los había señalado.
-Creo que vamos a vender más de 200 reses.
-¿Más de 200?- dijo ella.
-Sí, están listas, debemos ir renovando el ganado Helen, dejamos las preñadas, las terneras jóvenes que han nacido y vendemos los terneros y podemos comprar unas 90 terneras jóvenes.
-Sí tú lo dices, te hago caso.
Y la semana siguiente de mediados de abril, vinieron los camiones y estuvieron todo el día pesando y llevándose las vacas, y al siguiente les trajeron las terneras jóvenes y nuevas.
En total entre ventas y compras ganó más de 300.000 dólares una buena cantidad.
-Qué jefa. ¿Ingresamos el sábado el cheque?
-Sí, gracias pequeño. Ya empezó a ver los frutos de ese rancho.
-Pues prepárate que el lunes vas a aprender a montar a caballo. Vas a ver todo el rancho.
-El lunes limpio.

-Pues el martes. Vamos a dar un paseo para que veas toda la propiedad y el miércoles llevamos al abuelo, para que la vea en la camioneta.
-Se va a poner muy contento. Y más cuando le diga lo que hemos ganado. Creo que repondré parte de lo gastado.
-Es que tuviste gastos ajenos al rancho.
-Sí es cierto, pero las cuentas las tengo bien. O eso creo. Tengo que mirar. Y ver lo verdaderamente ganado.
-Ahora tenemos menos trabajo. Las vacas están fuera y solo hay que revisarlas. Menos trabajo, pero más tiempo con ellas.
-Me vendré contigo a ratitos.
-Aunque no hace falta que el sábado o el domingo que te toque, tengas que estar todo el día en el campo, vienes y le echas unos cuantos vistazos cada tres horas y ya está.
-¡Qué bonito está el campo!- y él la abrazaba por detrás.
-¡Quién iba a decirte que ibas a ser una ranchera!
-Eso, estudiar una carrera para nada.
-Para nada no, mujer, si no, no sabrías manejar las cuentas. Ni serías esa chica inteligente que me gusta tanto, ni habrías venido aquí ni…
-Eso es cierto.
-Estoy orgulloso de ti. Del trabajo que haces.
-Y yo de ti. Sabes que si no fuese por tu trabajo y porque sabes de ranchos…
-Eres demasiado condescendiente. Te dejas asesorar.
-Por ti, desde luego, no creas que con otro lo hubiese hecho.
-Espero que no hagas con otro nada.
-No iba por ahí loco.
-¿Sabes que llevamos ya dos meses juntos?
-¿Lo dices porque te has cansado de mí ya?
-No chiquita, de eso nada, si acabamos de empezar y no hemos pasado una noche entera juntos, que ya tengo ganas- y estos pechos, ahora que no llevas abrigo.
-Nos van a ver, loco.
-Las vacas no hablan.
-¡Qué tonto!…
-Tenemos que hacer el amor un día en el arroyo, cuando llegue el verano.
-¿Solo piensas en eso?
-Solo, nada más.
Y ella se reía- mientras él besaba su cuello.
-Vamos a cenar, venga.
-Cuando le contó al abuelo lo que habían ganado, este se sintió muy orgulloso de ella y felicito a Paul.

-Me va a enseñar a montar el martes.
-Ya era hora, una ranchera que no sabe montar no es ranchera ni es nada.
-Vaya.
-Tú puedes cielo. Harás lo que quieras en la vida.
El martes la llevó a montar. Paul ya había elegido su caballo y la yegua para ella, era baja, el resto los dejaba libres en el campo.
-Venga monta, nena.
-Me da miedo Paul.
Y la cogió por el trasero y la montó de un golpe.
-¡Ay, Dios mío Paul!
-No tengas miedo y relájate, que la yegua no te note en tensión, es muy mansa, le dio las riendas de la yegua y se montó en el caballo.
-Venga tranquila, la yegua seguirá al caballo y verás que te va a gustar.
Al principio, se sintió un poco agarrotada, pero luego se relajó y estuvieron viendo todo el rancho.
-Es enorme Paul, pensaba que era más pequeño.
-Pues no jefa. Tienes un buen rancho.
-¿Cuántos animales tenemos ahora?
-Unos cincuenta menos que al principio tenías. Ten en cuenta que hemos vendido, comprado y nos han parido, pero ahora tenemos terneras más jóvenes que puedan parir bien. Para el año que viene vendemos el resto o las que ya no se queden preñadas y compramos más.
-Hice las cuentas.
-¿Sí?
-Creo que podemos comprar más terneras jóvenes, caben en los graneros en invierno.
-¿Cuántas quieres comprar?
-Al menos otras setenta -Y Paul la miró sorprendido.
-¿Puedes permitírtelo?
-Sí, claro y hacer un granero más grande si crees que está viejo.
-No estaría mal cambiar los graneros y comprar un tractor con algunos complementos.
-Pues voy a pedir presupuesto para que derrumben los graneros ahora que están las vacas fuera y están lejos y voy a hacer dos graneros nuevos. En cuanto lleguemos hacemos un proyecto.
Y para septiembre, tuvieron tres graneros nuevos, uno más pequeño para herramientas y el tractor, sus complementos y el tanque del gasoil, unas cuadras en condiciones para los caballos y sus monturas. Hizo unas cuadras para diez caballos por si paría su yegua.
Y luego hizo un granero enorme con cabida para dos mil quinientas reses. Paul, le dijo que se estaba pasando, pero ella lo hizo para que estuvieran cómodas y Paul, se reía porque era una exagerada.
Al final en septiembre, vendieron más terneros, las vacas que Paul había dudado en vender y

había comprado otras ochenta jóvenes y un toro más. Grano, heno y paja para el invierno suficientes, el veterinario, el gasoil, todo eran facturas, más los sueldos. Más el tractor y sus complementos.
Cuando hizo cuentas, de los tres millones que tenía al principio, ahora le quedaban dos millones quinientos mil dólares, pero había tenido muchos gastos y había renovado todo el ganado y los graneros. Y había vendido animales. Así que, a partir de ahora, su rancho estaba precioso y solo serían facturas y ganar.
Cuando llevaron al abuelo a ver el rancho en primavera, se sintió muy emocionado. Bordearon con el todoterreno, todo el rancho para que viera las vacas en los pastos, el arroyo, las vallas blancas y los nuevos graneros.
Además, él se sentaba en el porche por las noches y por las mañanas a ver su campo y estaba satisfecho del cambio que Helen le había dado a todo. Había convertido su rancho en una preciosidad. Todo era nuevo, hasta el ganado renovado y sabía que iba a amortizar en un año más, todo el dinero con la ayuda de Paul y sabía, además, que esos se traían algo entre manos.
Una noche en septiembre, que estaban sentados en el porche tomando un café y un trozo de tarta, el abuelo dijo:
-¿Qué pasa con vosotros dos?
-¿Qué pasa?- dijo Helen haciéndose la tonta.
-Él no sale los fines de semana -y Paul se calló.
-Vamos, si tengo que saber algo, quiero saberlo cuanto antes.
-Señor Ferguson, espero que no le importe que esté saliendo con Helen, es una mujer increíble y me gusta mucho. Ya llevamos unos meses saliendo, pero no queríamos decirle nada, por si lo nuestro no funcionaba, pero está funcionando muy bien. Estoy loco por ella.
Y Helen se quedó con la boca abierta.
-Solo quiero que la cuides bien, Paul, cuando yo falte, necesitará un hombre como tú.
-De momento no tengo ninguna queja de ella.
-¿Y yo no tengo nada que decir?
-Di lo que tengas que decir- le dijo el abuelo.
-Digo lo mismo que Paul, no quería preocuparte abuelo, si las cosas no iban bien…
-¿Cuánto lleváis juntos?
-Desde febrero.
-¿Desde febrero?, eso es casi un parto- y se reían.
Y ella fue a abrazarlo.
-Ya lo sabes abuelo. Espero que me des tu bendición.
-Te la doy. Me gusta mucho Paul para ti.
-Gracias señor Ferguson- dijo Paul.
-Bueno, esto hay que celebrarlo. ¿Tomamos una copita?
-Abuelo…

-¡Bah!, venga, trae una copita.
Pero el abuelo ya sabía que salían juntos desde antes, por la forma de mirarse en las cenas y había visto alguna vez cogerla por la cintura cuando ellos creían que no lo veía. Era un lince y quería reafirmar lo que ya sabía.
Era el hombre más feliz del mundo. Eran una familia para él. Paul, se preocupaba y contaba con él y le contaba todo.
Paul, se iba los fines de semana a tomar un café con el abuelo, mientras ella estaba en las cuadras y charlaban de la marina, de la guerra, de que no quería que ella supiera nada de eso y le contó la historia de su familia y su rancho de Wyoming.
Se habían hecho muy amigos, y ella se preocupaba por su salud y lo tenía siempre limpio, cuidado y comido. Daban paseos alrededor de la casa o hasta la entrada del rancho. Y sobre todo le informaba de todo del rancho con entusiasmo.
-Si esto sigue así, - dijo el abuelo una noche mientras cenaban- vais a tener que contratar otro vaquero, mejor que esté casado y ella se encargue de las comidas y las casas, y tú te dedicas a las facturas y las compras y a revisar tu rancho.
Y se quedaron mirándose los dos.
-Ahora mismo nos apañamos abuelo.
-Trabajáis muchas horas hija y hay que preocuparse de muchas cosas.
-Bueno, veremos más adelante. Cuando cubra el dinero inicial, entonces quizá me lo plantee.
-¡Qué terca! Si ya tienes todo nuevo…
-No me gusta gastar dinero en vano.
-Pero piénsalo.
-¿Tú qué opinas Paul?
-Creo que podemos esperar a la siguiente primavera. Ya mismo estarán de nuevo en los establos y si tenemos muchos partos, podemos pensarlo. Y en eso quedaron, en esperar a la nueva primavera. Y lo estudiarían.
Un día vino Paul diciéndole que su yegua estaba preñada.
-¿En serio?, ¿quién ha sido?
-Mi caballo - y se rio.
-Lo voy a matar.
-No mujer, tendrás un potrillo loco y tienes cuadras.
-Ahora no podré montarla.
-Prueba el otro caballo.
-Eso sí que me da miedo.
-Tienes que dominar, así que empezaremos a montar el negro.
-Cuántos problemas me das cariño…
-Ven a la paja, que te voy a dar un problemilla.

-¿Estás loco?
-Sí, pero me pone hacerlo allí.
-Y tiró de ella y le hizo el amor encima de unos bloques de paja.
-¡Oh, Dios Paul!
-Dime nena- dijo con la respiración agitada.
-Me voy a morir, voy a tenerlo, Paul, ¡oh, Dios!…
-Espera un poco…
-Es que eres tan bueno…
-¡Oh, Dios, oh, ¡Dios! -y tenía un orgasmo tremendo y Paul seguía hasta arrancarle otro y dejarla muerta del todo.
Y ella se abrazaba a su cuello y lo besaba.
-¡Qué bueno eres!- como te vea con otra, te mato.
-Tonta, pero si no hay nadie más, y tienes dos orgasmos seguidos. La buena eres tú.
-Tengo dos orgasmos porque eres muy bueno y me encantas. No puedo resistirme a ti ni decirte nunca que no, guapo.
-Calla anda, loca.
Y ella tocaba su trasero.
-Nena, quieta.
-Ummm… ¿No quieres que te desee tanto?
-Venga vístete, jefa deseo, como venga alguien… Hay que quitarte la paja del pelo.
-¿Quién tendrá la culpa?
-Tú que eres una mujer muy caliente.
-Y tú muy cachondo.
-¿Ese qué lenguaje es, jefa?-Y ella se reía.
-Parecemos dos adolescentes.

Así como la primavera en el rancho había sido magnífica, el verano, no muy caluroso, fue estupendo y poco a poco se iba acabando.
El invierno, era largo y frio y era lo que menos le gustaba, había que meter a los animales a primeros de noviembre o mediados de octubre, según vinieran las nieves, comprar grano y trabajar más, sobre todo limpiar más.
Así que a fínales de octubre, antes de las primeras nieves, Paul reunió y metió al ganado en unos tres días en los graneros y en otros cinco, limpió el campo con el tractor de estiércol, lo acumuló y llamó ya de nuevo para que vinieran a llevárselo y cada quince días como el invierno pasado, para que en cuanto llegara de nuevo la primavera, el campo estuviera limpio y lleno de nuevos pastos.
Pero ese invierno, sería triste para Helen, ya que el abuelo cogió un resfriado que terminó en neumonía.

A pesar de todo lo que trabajaba Paul, incluso los fines de semana ya que ella no se retiraba de él, le ayudaba a ella a bañarlo por las noches, ya que tenía más fuerza y ella, se encargaba de cuidarlo. Paul no se tomó los fines de semana, para ayudarla a ella.
Y el médico pasaba cada dos días a revisarlo, pero no mejoraba.
-Helen- le decía el abuelo.
-Dime abuelo, ¿qué quieres?, quieres agua, caldo…
-No, quiero que me entierres con ella como te dije.
-Por Dios abuelo, que tiene que ver más años el rancho.
-No hija, ya he visto todo lo que tenía que ver. El notario te dará el dinero que tengo. Contrata a un matrimonio, ese chico tiene demasiado trabajo, mujer.
-Está bien, pero no se esfuerce. Duerma que ya solucionaremos todo.
Esas noches Paul, se quedó en la cabaña grande con ella a dormir y fueron las primeras noches que dormían juntos toda la noche, pero preocupados. No hicieron el amor, sino que él la consolaba y la abrazaba y estaban pendientes del abuelo.
Compró un intercomunicador desde la habitación del abuelo al suyo para oírlo por las noches si tosía o cualquier cosa que le pasara y no se separaba de su lado, no salía de la cabaña para nada.
Paul, hacía la compra los sábados cuando tenía un momento y ella de verdad veía que trabajaba demasiado y además todos los días. Y ahora tenía más ganado.
Y el abuelo no mejoraba, sino que empeoró y en uno de los momentos que Paul entró en la habitación mientras ella hacía la cena…
-Hijo...
-Dígame señor Ferguson.
-Prométeme que cuidarás de ella y de mi rancho.
-Se lo prometo.
-Quiero que la hagas feliz, se lo merece, es una buena chica.
-Lo sé mejor que nadie.
-Aquí seréis muy felices, sé que te gusta el rancho y si te casas con ella, será tuyo, de los dos.
-Pero señor Ferguson, no hemos hablado nada de eso. Solo salimos juntos.
-Llevas ya dos años saliendo, qué más necesitas…
-Lo pensaré.
-Piénsalo.
Y dos días antes de Acción de Gracias murió por la mañana. Se lo llevaron a un tanatorio. Tuvo que ir ella sola, pues Paul, no podía moverse del rancho y ella se hizo cargo de todo, de los gastos de cómo hacer el sepelio, y con las cenizas, tal como el abuelo le indicó, juntó las cenizas con las de su mujer y enterraron la cajita en el cementerio que había hecho Paul, que para colmo no se pudo retirar del rancho y tenía que hacerse la comida esos días, sin importarle.
Helen encargó una lápida con los nombres y se la trajeron en dos días y se la pusieron en el pequeño cementerio con un gran centro de ramo de flores frescas.

Los siguientes días, ella no tenía ganas de nada. Se tumbaba en el sofá y lloraba. Durante una semana solo lloraba y dormitaba y las facturas se acumulaban en su mesa, aunque las pagaba.
Paul, se quedaba con ella a dormir todas las noches y la consolaba, incluso los primeros días, él hacía la comida para ella.
Hasta que tres semanas después, poco antes de Navidad, se dio cuenta de que había que seguir adelante y que Paul, no daba más abasto, porque parían las vacas y apenas dormía y se levantó por la mañana dispuesta tomar de nuevo las riendas de todo y sabía qué iba a hacer.
Puso un anuncio solicitando un matrimonio para un rancho, la mujer limpieza y comida y el vaquero para el rancho y a la mañana siguiente mientras Paul, estaba en el granero, se presentó una pareja joven.
No le había dicho nada a Paul aún. El hombre, Logan tenía 35 años, y su mujer Desi, 30. Eran más o menos de su edad y el chico tenía experiencia en ranchos. En el último rancho en el que habían estado, el dueño, murió y sus hijos vendieron el rancho, con lo cual llevaban unos tres meses sin trabajo.
Les enseño la cabaña en la que vivirían, que les encantó.
-Esto es una casa nueva. -Dijo Desi encantada.
-Sí, la renové hace casi dos años, ahora vive mi novio, pero se cambiará a la cabaña grande. El único problema es que si necesito otro vaquero temporalmente por ejemplo tiene que ocupar la otra habitación de la casa.
-No hay problemas, no se preocupe.
-Estupendo, entonces, aunque no creo que contrate a nadie de momento.
-Ahora vamos a ver la casa grande. Desi, tú te ocuparás de las casas y las comidas.
Te daré nuestro horario. Una vez a la semana una limpieza más a fondo o tú te manejas como quieras siempre que todo esté bien limpio y ordenado, y las coladas. Yo tengo bastante con el despacho y las compras. Cuando vaya faltando comida, me lo anotas en una lista. Lo que puedo ofrecer es 2000 dólares a ti, Logan y 1500 a ti Desi, vuestra comida y la luz de la cabaña corre de vuestra cuenta. Eso no lo puedo pagar. Tendrás el sábado y domingo libre Desi y tú Logan te repartirás los sábados y domingos con Paul, o como queráis, si queréis el fin de semana entero, una semana y otra no. Os ponéis de acuerdo. Ya te enseñará Paul el trabajo que hacemos.
-Vale.
-Lo habláis los dos. Porque el ganado no se puede quedar sin atender. Hay un caballo para ti en el establo, el de color miel. Tú Desi, miras las cosas que la casa tiene y eso sí, me gustaría que al menos se conservaran como si fuese vuestra casa.
-No se preocupe señorita Helen.
-Helen solamente, va para los dos. Aquí trabajamos todos en equipo. Bueno, si estáis de acuerdo en todo…
-Lo estamos. – Dijo Logan mirando a Desi, que afirmaba.
-Estupendo, quiero que estéis bien aquí.

-Lo estaremos.
-¿Cuándo podéis cambiaros?
-Cuando usted quiera.
-¿Mañana viernes es pronto?
-Mañana estaremos a primera hora.
-Bien, así descansáis el sábado y domingo por si tienes mañana que comprar cosas y acomodaros y el lunes empezáis a trabajar. Ya estará vacía la casa mañana. Pero antes de iros pasad a mi despacho necesito escanear vuestros documentos de identidad para
haceros el contrato y un número de cuenta para el ingreso de las nóminas.
Cuando se fueron, ella pensó que, para pagar esos sueldos, se quitaría el suyo de 3000 dólares y así tendría para pagar casi los dos, y se ahorraría comida y luz de la cabaña. Aparte, el dinero que ella tenía en su cuenta de cuando trabajó en Nueva York y donde metía su nómina, ascendía a casi 220.000 dólares.
Esos eran intocables por si el rancho se hundía y ella no se iría con las manos vacías si tenía que empezar una nueva vida. Nunca se sabía, así que metió de la cuenta del rancho hasta juntar 250.000 dólares en la suya. Y se acabó su nómina. Esa cuenta sería intocable.
Se dedicó a llevar la ropa de Paul a su casa y todo cuanto había en los armarios y en la nevera, todas sus cosas personales y le dejó un espacio en su cómoda, la mitad y una mesita de noche, un baño que no se utilizaba, salvo Paul los últimos días que se quedó en la cabaña grande y que ya era suyo. Y un vestidor de los dos que ella utilizaba también pero que le dejó a él.
Se llevó también la ropa sucia y le puso una colada con las toallas y sábanas de la cama de Paul y demás que luego llevaría a la cabaña pequeña.
Y ya estaba todo listo, si le quería modificar algo que lo hiciera. Tras hacer la cena, mientras llevaba las toallas y ropa de cama a la cabaña pequeña, la llamó el notario para quedar al día siguiente con ella.
Ya no se acordaba que el abuelo, le había dicho que le dejaría lo ahorrado. Dios…, le daba hasta pena.
Cuando acabó todo, se dispuso a meter todas las facturas en el ordenador y preparar los contratos de trabajo de Logan y Desi. Y en ello estaba cuando Paul, entró por la puerta.
-¡Hola pequeña!, ¿Me has echado de casa?- y la abrazó por detrás y la besó en el cuello.
-No, nunca, por nada del mundo, pequeño.
-¿Estás mejor?
-Sí, ya me he puesto manos a la obra. Mañana viene el notario del abuelo.
-¿Vas a ser más rica?
-No sabes lo rica que soy. Ni te lo diré, querrás cazarme entonces.
-Quiero cazarte ya, no me hace falta esperar- lo que me importa es que estés mejor.
-Sí, siéntate que tengo que contarte un par de cosas.
-Y tras unos segundos…

-He cambiado todas tus cosas a mi habitación. Al fin y al cabo, llevamos un mes acostándonos aquí- y él se quedó serio.
-¿No quieres?
-Claro que quiero, pero podía haberte ayudado.
-Bueno te he dejado hueco y me he traído todo. He dejado la cabaña lista para limpiar. Luego miras y cambias lo que te apetezca como tú quieras. Te he dejado el vestidor del lado de tu baño.
-Eso pequeña, se llama vivir juntos.
-No quiero estar sola en esta cabaña tan grande.
-No vas a estar sola, estaba deseando estar toda la noche contigo y sí, quiero vivir contigo.
-Menos mal. ¿Entonces, te parece bien?
-Perfecto, una cosa que has hecho bien, jefa, aparte de verte así, ya mucho más animada. Me has tenido preocupado que lo sepas.
-Tonto. Sí, pero me ha afectado mucho lo del abuelo- Dijo con tristeza.
-Lo sé, yo le tenía mucho aprecio, pero tú lo querías mucho. Y lo conocías desde hace mucho tiempo.
-He llamado a mi casa también, hacía días con esto del abuelo que no he podido y se lo he contado a mis padres. Y me han animado, como tú. Y lo último y más importante.
-Dime guapa, ¡cuánta información! Cuando retomas la energía no hay quien te pare.
-He contratado a un matrimonio, como me dijo el abuelo, ella para la limpieza de las casas, la colada y la comida y a él para que te ayude. Le dejas el caballo color miel y le cuentas cómo funcionamos a ver qué tal es. Y en los fines de semana os ponéis de acuerdo. Ya se lo he dicho, tú uno y él, otro, o repartiros, sábado y domingo alternos, como queráis.
-Perfecto guapa. ¿Te has animado eh?, pero me gusta que no trabajes tanto ahora.
-Me dedicaré al despacho, y las compras nuestras, porque ellos se tendrán que pagar su comida.
-¿Cuánto les vas a pagar?
-2000 y 1500 dólares, ¿te parece bien?
-Está muy bien y con esa casa, estarán encantados.
-¿Tú crees o es poco?
-Es más de lo que se paga, y lo sabes cuando me contrataste. Cobro el doble.
-Haces el doble de trabajo.
-Ahora puedes bajarme.
-Solo los pantalones- y lo miró a los ojos.
-Muy graciosa.
-Hay otra cosa que quiero decirte.
-Dime cariño.
-Lo que vamos a hacer con la habitación del abuelo. Quiero quitarla, me trae malos recuerdos, donaré su ropa. Guardaré sus objetos personales en una caja y los meteré en uno de los vestidores de un dormitorio de arriba y despejaré esa habitación.

-¿Qué quieres hacer con ella?
-¿Yo?
-Tú eres la jefa, cielo.
-¿Quieres un despacho, una sala, una cueva para hombres?
-Y él se reía… tengo un despacho en la otra cabaña.
-Te traes en un pendrive lo que tengas y lo dejamos allí para ellos. Compraremos otro nuevo.
-Bueno, si quieres, pero ¡Qué loca! Una cueva para hombres- Y se reía…
-¿En serio te ríes de mí?
-Que no boba.
-Tiene un baño y es el doble de grande que el despacho, que hay al otro lado.
-¿Y si ponemos dos despachos en esa? Cambias el tuyo. Yo necesito un ordenador solamente que me puedo comprar yo, una mesa y un sillón. Y esta más pequeña, la dejas como una sala de televisión o lectura, que es más recogida para el invierno. Aquí podemos cenar y ver la tele un rato antes de irnos a dormir.
-Perfecto, así en el despacho tenemos un baño. Me gusta esa idea. Lo haré todo en cuando Desi y Logan tomen las riendas.
-Eres una buena ranchera ¿lo sabes?, y me gusta que no trabajes tanto en limpieza y cocina. ¿Has hecho algo más hoy que tienes tanta energía?
-No, me quedan preparar sus contratos y ya tengo todo listo. Mañana voy a por compras.
Después de ver al notario a ver qué me dice.
-Pues me ducho, bajo y cenamos. A ver si te queda un poco de energía para tu hombre esta noche.
-Eso de mi hombre me ha gustado. Creo que me quedará algo de energía para estrenar contigo mi habitación.
-Ya hemos dormido juntos casi un mes en esa cama.
-Pero no se ha estrenado…
-¿Quieres estrenarla esta noche, nena?
-Me gustaría, ya te deseo bastante.
-No menos que yo. Voy a ducharme pronto.
-Mira bien cómo te he dejado todo y cambia lo que quieras. Mientras, termino esto.
-Lo haré,-Y la besó.
Y mientras Paul subía las escaleras para ducharse, pensó en la energía que tenía esa pequeña cuando se lo proponía. Un hombre, le vendría bien en el rancho. Los últimos días estaban cansados.
Habían tenido con el abuelo un par de meses de mucho trabajo y cansancio. Ahora si tenían una pareja que los ayudase, podían descansar los dos.
La quería, quería a esa pequeña. Había pensado solo en él, a la hora de hacer algo en la habitación el abuelo o en el despacho, pero no era de los que querían una cueva para hombres,

era de los que querían estar con ella por las noches y abrazarla y hablar con ella de cuánto había pasado durante el día y hacerle el amor antes de acostarse y volver a hacerle el amor.
Un rincón para los dos, no para él. Le gustaba ver la televisión a veces y a ella leer, pero tampoco era una prioridad, no le gustaban en exceso los deportes. Prefería estar con ella, los dos juntos, haciendo planes, queriéndola y en cuanto llegara la primavera de nuevo, le iba a dar una sorpresa.
De momento estaba con ella embobado como un adolescente, duro a todas horas y excitado. Y tenían una buena convivencia, la adoraba. Y sobre todo la admiraba.
Y esa noche iban a estrenar la cama, pero de verdad. La había visto animada y ya llevaban un mes sin hacer nada e iba a hacerla suya sin cansarse, aunque se levantaran tarde al día siguiente.
Y a partir de ahí, vivirían juntos de verdad como una pareja. Llegaba el momento de la verdad y esperaba que todo les saliera bien. Él pondría de su parte. Y la trataría bien, como le dijo el abuelo.
De momento iba a ducharse…

CAPÍTULO V

Había estado muy preocupado por ella esos días, porque había estado muy alicaída, pero estaba contento al verla así, con tanta energía y con proyectos por delante. La verdad es que necesitaba ayuda con los animales y le vendría bien una mano, y a ella también. Lo bueno de todo es que lo había invitado a dormir con ella y a vivir en la cabaña.

Él no se lo hubiese pedido, porque aún respetaba su jerarquía, algo aprendido en el ejército, pero necesitaba tenerla por las noches y amarla como la iba amar esa misma noche y cuidarla y protegerla estos días tan malos que estaba pasando. Seguro que no celebrarían la Navidad ese año, por el abuelo.

Al día siguiente recibieron a Desi y a Logan y ella les dio un duplicado de las llaves de la cabaña y del garaje que tenía dos plazas y su contrato para que lo firmaran. Paul, ya había cambiado su todoterreno la noche anterior a uno de los tres garajes de la cabaña grande, que ya estaba completo con la camioneta y los dos coches de ambos. Y mientras se acomodaban, llegó el notario.

Mientras ella hablaba con el notario, Paul, hablaba con Logan y le enseñaba el rancho y los graneros, la forma de trabajar y llegaron a un acuerdo sobre los fines de semana.

Un fin de semana, uno haría el sábado y otro el domingo y el siguiente al contrario y el siguiente libre entero y así. Eso ya lo tenían solucionado. Así podían disfrutar los dos de fines de semana enteros uno al mes y sábados o domingos. En la cabaña grande mientras tanto, ella invitó al notario a sentarse y le preparo un café.

-Bueno, ya sabe más o menos a lo que he venido.

-Sí, ya me adelanto algo el señor Ferguson.

-Como verá, el señor Ferguson, le dejó el rancho y el dinero para reformarlo y que siguiera adelante y he visto un buen rancho a la entrada. Ha cambiado para mejor.

-Sí, hemos renovado hasta las reses, por otras más jóvenes. Lo que no esperaba que muriera tan pronto, me hubiese gustado que viera más años su rancho. Y solo ha vivido dos años.

-La vida es así. Pero seguro que dónde esté, se sentirá muy satisfecho de su trabajo. Ahora es suyo el rancho y debe cuidarlo como quería.

-Para mí, siempre fue suyo- dijo ella.

-Es usted muy generosa, señorita Helen. Bueno veamos. Ya no le quedaba sino dinero.

-Lo sé. Ya me lo dijo cuando vinimos al rancho.

-Él se quedó con parte cuando llegaron al rancho y lo que había ganado, con el rancho antes de irse a Nueva York, y otro tanto después, más lo que había ahorrado con su pensión.

-Sí, eso me dijo.

-Pues descontando impuestos y la minuta que me pertenece, aquí le dejo un cheque por lo que le corresponde. Y los documentos para Hacienda de que ya tiene los impuestos pagados, para cuando haga la declaración.

Y ella miró el cheque.
-Pero esto es más de lo que esperaba.
-Era un buen rancho en sus tiempos, señorita Helen, pero se lo dejó casi todo a usted antes, para mejorarlo.
-Pero un millón trescientos cuarenta mil dólares es demasiado.
-Es lo que tiene. No me puedo llevar de vuelta porque es suyo. Se lo ha dejado a usted. Firme aquí y hemos acabado.
Cuando se fue el notario, ella se quedó con el cheque en la mano pensando. Esos trescientos irían a su cuenta particular intocable por si las cosas salían mal, como había pensado el día anterior y el resto iría a la cuenta del rancho. Aún no salía de su asombro. El rancho casi tenía cuatro millones. Era una locura.
Debía abrir una cuenta también para el rancho, pero de ahorro y lo haría esa misma mañana. Iría metiendo a final de año lo ganado en el rancho y dejando siempre casi dos millones para facturas y así vería si había ganancias. Ya lo tenía todo pagado y nuevo. Era el mejor momento para hacerlo.
Cuando asomó Paul, le dijo que iban al pueblo a comprar y al banco y le estuvo contando que el abuelo, le había dejado el dinero que tenía, pero ella nunca le contaba a Paul, ni lo que tenía ni lo que había en el rancho, no le hablaba de cantidades, no por nada, sino porque era su dinero y aún no estaban casados…
Y, además, Paul, era muy discreto en ese tema y no le preguntaba ni quería saber nada, salvo si podía comprarse esto o lo otro.
En el banco, hizo las gestiones necesarias, dejó en su cuenta medio millón de dólares y abrió una cuenta para el rancho para ahorrar cada año.
No necesitaba tarjeta de momento para ello, porque iba a ser de ahorro. Transferiría a primeros de año las ganancias descontando los gastos. En ella metió el resto de la herencia y de la que tenía transfirió hasta dejar los dos millones.
Así más o menos estaban las dos cuentas equilibradas.
Y una vez hechas las gestiones en el banco, fueron a comer a la cafetería y luego al supermercado. Hizo una buena compra y se llevó una tarta mediana, que tanto le encantaba al abuelo y se emocionó.
-Vamos, preciosa, nos estará mirando desde arriba y sabe que lo estás haciendo bien. Que haces lo que debes.
-¡Lo echo tanto de menos!... Le encantaba esta tarta.
-Lo sé, venga, no vuelvas atrás. Ahora que vas a trabajar más. Siempre estará en tu corazón.
-Voy a comprarme un par de estanterías para libros de lectura y para carpetas, espero que tengan la misma madera que la mía para la mesa y la estantería del despacho.
-¿Lo vas a comprar hoy?
-No, voy a hacerlo la semana que viene. Antes voy a despejar la habitación para que Desi me la

limpie cuando se lleven los muebles, pero vamos a pasar por el albergue para ver si quieren los muebles y la ropa. Y por supuesto que lo querían todo.
-Eso está bien, si no pueden ir a por ellos, se los acerco en la camioneta.
-Sí, si no tienen donde llevarlos, se los llevaremos nosotros.
El fin de semana para Paul, fue fantástico, aunque le tocaba limpiar el granero y el ganado todo el fin de semana, hacía el amor con ella por las noches, con ternura y delicadeza.
Ya llevaban más de dos años saliendo juntos y esperaría un poco más para ponerle un anillo en el dedo, en cuanto llegara la primavera, lo haría.
Estaba enamorado de ella. Nunca se había enamorado así, de ninguna mujer, aunque aún no se lo había dicho, pero ella ya lo sabía que estaba loco por ella. Ninguna lo había complementado tanto.
Aunque el miedo a lo que ella tuviese, le cortaba un poco. Todo era de ella y eso lo hacía sentirse inferior. Si al menos Paul, hubiese heredado la mitad del rancho que le pertenecía…
Pero apenas tenía lo que había ganado en la marina esos años que estuvo, y lo que había ganado esos años en el rancho, poco más de seiscientos mil dólares y aunque sabía que era un pensamiento machista, esa inferioridad, le daba miedo para pedirle que se casara con él. No era nadie, salvo un vaquero.
Si ella leyera sus pensamientos, seguro le daba un puñetazo, conociéndola, pero, así eran las cosas.
Sin embargo, en primavera tenía el tope para pedirle que se casara con él. No esperaría más, si ya eran como una pareja de recién casados. Y la convivencia, era inmejorable.
La siguiente semana, Paul, llevó todos los muebles y la ropa al albergue, incluso las cortinas y ella le dijo a Desi que limpiara esa habitación a fondo.
Y se fue al pueblo y compró un despacho igual al suyo, con otra estantería y otra pequeña para libros. Así los dos tendrían lo mismo. Le compró una fotocopiadora y un pc. Una lamparita, fax no, porque tenían con uno, pero del resto, sí, de todo y compró más material de papelería que ya necesitaba ella también. Y lo cargó todo en la camioneta.
Luego fue a la tienda de muebles y compró dos sofás preciosos y grandes, una cortina a juego para la salita, un sillón de lectura, con una lámpara de pie para leer, un mueble en color banco roto, una televisión, equipo de música, algunos cuadros y objetos decorativos y una lámpara.
También eligió una mesa de centro y dos a los lados más pequeñas. Con lámparas. Y eso se lo llevarían por la tarde. Tenía un toque vintage la decoración, así que quedaría perfecta.
Lo cargó a la cuenta del rancho y luego lo metería todo en la contabilidad.
Cuando llegó a casa, ya estaba limpia la habitación y toda la casa y cambiaron el despacho y Paul, le conectó todo y le puso la cortina y la lámpara que había en el despacho la cambió allí. Y quedó precioso.
-¡Mira qué bonito ha quedado Paul!- con el entusiasmo de una niña.
-Estás loca, no necesitaba tantas cosas…

-Sí que las necesitabas. Y además la habitación así, está perfecta para los dos, sé que te gusta buscar cosas en el ordenador y puedes ayudarme con algunas cosas. Y Espera que veas esta tarde la salita.
-Seguro que no le falta de nada, conociéndote…
-Ahí te tumbarás bien. Ya verás.
-¿Y podré hacerte el amor como se debe?, -cogiéndola por detrás.
-Podrás hacerme lo que quieras. Soy toda tuya.
-¿En serio?
-Pues claro bobo, de quién voy a ser si no, llevamos ya casi dos años y ahora hacemos el amor más que nunca.
-Aunque me has tenido preocupada.
-Ya vuelvo a ser la misma, no tenía ánimos, pequeño, pero seguro que esto que hago, es lo que el abuelo quería.
-Por eso me encantas- y le tocaba los pezones.
-Vamos, tienes trabajo.
-Tengo trabajo. Esto es trabajo. Estoy poniendo esto duro– y ella se reía. Lo hemos acabado hasta la tarde, pequeña. Voy a ducharme y comemos algo, ¿lo hago yo?
-¿No quieres una tortilla de patatas?
-Me encantaría.
-Pues la hago y un trocito de tarta con café. Por la noche ya tenemos la cena hecha.
-Estupendo. Pero hay bocadillos pequeños, he hecho en un plato.
-Pues hago la tortilla el fin de semana. Los habrá dejado Desi junto con la cena.
-Así podré atenderte hasta la tarde, guapa.
-No corras, que a las tres nos traen la salita.
-Pues date prisa, ven conmigo a la ducha y luego comemos.
-Voy a cerrar la puerta.
Y se bañaron juntos y él la tomaba a horcajadas y la penetraba sin compasión y ella gemía sin parar, hasta estallar en un orgasmo sublime… en un sublime instante.
-¡Madre mía nene!
-¿Qué pasa, no te gusta?
-Sabes que me encantas- abrazada a él mientras el agua corría entre ellos.
Cuando se secaron, mientras ella se vestía, la cogió por detrás…
-No te vistas todavía.
-No pensarás…
-Pienso.
Y le cogió los pechos por detrás y ella se aferraba a la cama y la penetró desde atrás y ella agitada, agitaba sus pechos que le cogía hasta que logró arrancarle otro orgasmo loco.
Cuando acabaron, se tumbaron en la cama un rato.

-Necesito descansar loco. Y dices que yo tengo energía…
-Te quiero, ¿lo sabes?- mirándola.
-¿Me quieres?- dijo mirándolo.
-Sí, te quiero. Nunca he estado enamorado de ninguna mujer hasta que te conocí.
-Yo también te quiero- y soltó una lágrima- pero no he podido decírtelo.
-Pues ya puedes hacerlo chiquita, eres mía y te amo. No llores nena- y la besaba.
-¿Por qué no me lo has dicho antes?
-Bueno, ahora estamos solos y juntos. Tú has sido la que has traído mi ropa. Pero eres la jefa. Tienes todo, yo no tengo apenas nada.
-¿Te refieres al dinero?
-Al dinero y a las propiedades Helen.
-Pero no seas tonto. Yo no tenía nada, si nos hubiésemos conocido en Nueva York, hubiésemos estado a la par, bueno, a la par no, yo no tenía trabajo en ese tiempo. Si no es por el abuelo… Además, si el abuelo te hubiese conocido, te deja a ti el rancho con total seguridad.
-Hubiera sido más fácil para mí. Tienes además una carrera.
-Pero Paul… vamos a ver pequeño- le decía. Mientras acariciaba su pecho y le daba besos -No quiero que pienses así, yo no me siento superior a ti, ni me sentiría nunca por el hecho de tener una carrera universitaria o el rancho o el dinero heredado. Estoy contigo, pequeño porque te quiero.
-Ya lo sé, soy yo.
-No seas tonto.
-¿Y si alguna vez nos casamos?
-Cuando llegue el momento ya veremos, pero tienes que dejar de pensar así o te echaré a patadas. No serás capaz. Como me llamo Helen, y me busco otro.
-¿Otro?- y se la puso encima, -de eso nada nena.
-Te quiero vaquero. Y nunca habrá nadie mejor para mí que tú y quiero que dejes de pensar esas tonterías, tú has hecho de este rancho lo que es ahora. Eres parte de este rancho. Si nos casamos será de los dos.
-Eso no puedo aceptarlo.
-¿Por qué?, lo mío será tuyo.
-No puedo hacer eso.
-¿Por algún motivo?
Y le contó su historia, esa que ella no sabía y ella se quedó anonadada.
-Pero Paul, no siempre ocurre lo mismo, primero, nunca te va a pasar nada, porque no puedes dejarme, y si tenemos un hijo, pondremos todo a su nombre, de todos nuestros hijos con un usufructo para nosotros.
-¡Qué lista eres!
-¿Lo ves?, si es por eso y te quedas tranquilo así… No puedes pensar que te va a pasar lo que a

tu padre y yo me voy a dejar dominar por otro hombre que le quite a mi hijo lo que le pertenece. No soy tu madre, Paul. Soy fuerte. Ella a lo mejor era una mujer buena inocente y débil.
-Lo era.
-Pues venga, déjate de tonterías y vamos a comer algo, que me dejas muerta y necesito comer. Que vaya mañana que he tenido.
-Venga, y le dio en el trasero.
-¡Qué tonto eres!
Y la apretó contra su cuerpo. Era simplemente perfecta.
-¿Pero qué tipo de muebles has comprado loca?- le dijo cuando dos chicos los estaban metiendo.
-Los sofás más grandes que había, para mi hombre. Ponme la lámpara y la cortina y del resto se encargan ellos.
-Sí, que tengo que irme con Logan.
-Venga. Cuando vengas verás que bonito y esta noche disfrutaremos aquí, porque este año no tengo ganas de celebrar la Navidad.
-Lo sé, pero no pasa nada. Podemos estar tranquilos y lo celebraremos el año que viene, si se puede.
-Ya está esto guapa. Me voy.
Y la abrazó y se fue, porque allí había un par de hombres metiendo muebles.
Cuando todo quedó puesto y se fueron, ella coloco los cuadros del despacho y de la salita, los objetos en el mueble, las lamparitas de las mesas y todo quedó perfecto y precioso.
-Por la noche, estrenaron los enormes sofás.
-Dios nena, ¡Esto es perfecto!
-Te lo dije, ¿A que es bonita?
-Preciosa. Aquí pasaremos el invierno. El salón es más grande.
-Me encanta esta salita. He puesto el sillón de lectura al lado de la ventana. ¿A que es precioso?
-Como tú, bonita. ¿Cenamos?
-Sí, que no me dejas.
-Me pones mucho y ahora me tienes todo el día en tensión. Tengo plena libertad.
-¡Ay! pobrecito.
-Boba…
Los siguientes meses de invierno, como al año anterior eran duros y la nieve cubría el rancho. El invierno fue para ellos magnífico. Tenían más tiempo libre, y lo pasaban juntos, iban al pueblo a comprar y tomaban su hamburguesa y a veces ropa, comida y lo que se necesitase para el racho.
Con Logan y Desi, tenían más libertad para salir. Y los fines de semana que Paul tenía libres, salían a cenar o a tomar una copa y bailar.
Eran tan felices…
Consiguieron terneros nuevos que nacían y Desi era una mujer valiosa, ordenada y limpia y le descargó trabajo, lo que le suponía a ella tiempo libre para leer y organizar la contabilidad del

rancho y mirar libros para mejorarlo.
-Siempre estás leyendo, mujer- le decía Paul.
-Me encanta, deberías tomar nota, guapo.
-Puede que me amine a empezar alguno, no creas.
-Pues cuando vayamos al pueblo, te compraré algún libro, del tema que te guste, o lo descargamos por Amazon.
-Al final me harás hacer una carrera.
-Pues mira, podías aprovechar en los inviernos, hacer semestres y sacarte la carrera que quieras a distancia. Eres inteligente y tienes tiempo.
-Bueno, no tanto, cuando no estoy en el campo, me entretengo contigo.
-Tontorrón…
-Ya está llegando la primavera cielo. Vamos a ver ese ganado este año. Vamos a tener partos casi todos los meses. A mediados de año y al final, podemos vender.
-Estupendo. Tengo que ganar dinero ya. ¿Qué te parece Logan?
-Es un trabajador nato. Sabe todo del rancho. Tiene experiencia y es muy confiable.
-Pues yo, estoy muy contenta con Desi. Lo bueno de esto es que el fin de semana libre que tienes entero podemos ir a algún sitio de los alrededores o viajes cortos.
-En cuanto llegue la primavera, nena. Hacemos planes para viajes de fin de semana.
-Sí, tenemos que ver sitios, no vamos a estar encerrados todo el invierno y todo el año en el rancho.
Y llegó primeros de marzo y sacaron los animales a los pastos. Había un buen rebaño. Y los graneros los limpiaron bien, porque ya estaban las vacas fuera.
Y había que dejarlo limpio para el invierno. Los campos se llenaban de flores y el arroyo fluía lejano, donde las reses bebían agua limpia y transparente. Los pinos en las montañas aún tenían algo de nieve, pero el paisaje era majestuoso con el sol saliente.
Uno de los días en que ella fue a hacer la compra al pueblo a primeros de abril, apareció por el rancho un coche desconocido. Desi salió de la cabaña grande donde estaba limpiando y preparando la cena:
-Buenos días- saludó Desi a las dos mujeres altas y rubias que bajaron del coche.
-Buenos días- dijeron las dos mujeres que se parecían y que salieron del coche.
-Ustedes dirán…
-¿Trabaja aquí Paul Adams?
-Sí señoras, ¿Por qué?
-Queríamos hablar con él si se pudiese. Es muy importante.
-Un momento. Y lo llamó al móvil.
-Pasen y siéntense, tardará diez minutos. Está en el campo.
-¿Desean algo de tomar?- ofreció Desi.
-Un café si puede ser- dijeron.

-Por supuesto y las acompañó a la salita para que lo esperaran allí - y ellas miraron la estancia.
Cuando llegó Paul, andando, pues había dejado el caballo en la cuadra. Desi, le dijo:
-Hay dos mujeres rubias que preguntan por usted, señorito Paul. Él conocía dos mujeres rubias y altas, pero no podían ser, ¿o sí?
-¿Dónde están?
-En la salita esperándolo.
Y Paul, se fue directo a la salita. Tenía una leve idea de quienes eran, pero no estaba seguro de que qué querían y por qué estaban allí.
-¡Hola Paul!, se levantó su cuñada Celia, la mujer de su hermanastro y la hermana menor de esta, Kitty. Y lo besaron en la cara.
Kitty, era un problema para él. Era la primera mujer con la que se había acostado y había sido virgen.
El padre de ambas era veterinario del rancho de su familia y siempre iban con el padre y tonteaban con ellos y ellos con ellas. Pero luego él se fue a los marines y ese tonteo quedó en el aire. Se había acostado con ella unas cuantas veces, pero como experimentan los adolescentes, Paul nunca se enamoró de ella, ni significó nada para él salvo sexo, en cambio ella, sí le demostró enamoramiento.
Pero era muy joven en ese tiempo. Y no le gustaba nada que estuviese allí y menos que se vieran ella y Helen.
-Sentaos, ¿qué pasa?, ¿Qué hacéis aquí? y ¿Cómo me habéis encontrado?
Y Celia, su cuñada se echó a llorar. Pero Paul era inamovible y duro y lo habían humillado, después de cómo lo trataron, al menos su padre mientras su hermanastro permanecía impasible.
-¡Vaya, nunca pensé verte llorar! Debe ser algo nuevo - Y Kitty lo miró mal.
-No seas cruel Paul- dijo.
-Ah sí soy muy cruel. Ya ves, el rancho de mi padre ahora es vuestro. Ya ves lo cruel que soy. Bueno, tengo trabajo, ¿Me vas a contar qué haces aquí?- ignorando a Kitty.
-Tu padre y tu hermano Gabin tuvieron un accidente hace un mes- dijo llorando Celia.
-No era mi padre. Ni Gabin es mi hermano.
-Bueno tu padrastro. Ha muerto. Y Gabin está en el hospital. Tengo una enfermera contratada. Y hemos venido de tan lejos, lo sabes.
-No entiendo el motivo y, además, ¿cómo sabías dónde estaba?
-He contratado un detective. Tu hermano me obligó.
-Muy bonita la forma de hacer las cosas que tenéis vosotros. Bueno, creo que aún no capto qué quieres.
-Tu hermano, Gabin, va a estar dos meses en el hospital y luego otros cuantos en casa haciendo rehabilitación, y no podrá llevar el rancho.
-Que lo lleve el capataz.
-Él me ha pedido que te diga que vuelvas y que lo lleves tú mientras está enfermo hasta que

termine la rehabilitación y esté capacitado para llevarlo.
-Creo que habéis perdido el tiempo, aquí gano más que en mi propio rancho, y además lo dirijo a mi antojo.
-Te pagará un sueldo de capataz y al final cuando te vaya, te dará tu mitad del rancho. Si quieres quedarte, puedes hacerlo y si no, te lo dará en un cheque. Te dará la mitad como te correspondería. Fue su padre el que lo convenció de que el rancho era sólo suyo. Toma, aquí tienes la escritura de la mitad del rancho si te haces cargo esos meses. Si luego no quieres seguir allí, te comprará tu mitad.
Y Paul tomó los documentos, los leyó…
-No me interesa.
-Por favor, Paul, hazlo por tu madre, ella querría que tuvieses tu parte del rancho. Lo que te corresponde. Y Gabin, no tiene culpa de haber tenido un padre ambicioso que lo convenciera.
-No nombres a mi madre - Dijo Paul con rabia.
-Por favor, haznos este favor, Gabin te comprará tu parte del rancho si no quieres estar allí después- me gustaría que os perdonarais. Yo sé que mi suegro era avaricioso, pero vosotros os llevasteis bien siempre desde niños y erais como hermanos. ¿No podéis dejar eso atrás?
-Hasta aquel día, sí que éramos como hermanos.
-Perdónaselo, Gabin lo necesita y también a ti te hará feliz.
-Perdónalo,- dijo Kitty.
-Tú no te metas en esto, no te interesa.
-Kitty vive con nosotros en el rancho. Mi padre murió también el mes pasado. Está soltera y vive en el rancho de momento- por favor, Paul, piénsalo. Estaremos en el motel hasta mañana por la tarde. Toma, este es mi móvil, llámame, y por favor piénsalo. Era también tu rancho. Y tú hermano…, y se levantó, lo besó en la mejilla y Kitty iba a besarlo también, pero Paul la evadió. No sabía por qué, pero no le gustaba nada esa mujer. ¡Cómo pudo gustarle de joven! La miraba y veía problemas.
Cuando salían del rancho con el coche, entraba Helen con la camioneta cargada y Paul, iba camino de las cuadras. Ella lo vio cabalgar rápido donde estaban las reses.
-¿Quiénes eran?- le preguntó a Desi.
-Son dos señoritas, señorita Helen. Creo que ha dicho que era su cuñada, la mujer de su hermano.
-¿De Wyoming?
-Eso no lo he oído, les he servido un café y luego me fui a hacer la cena.
Se quedó preocupada por la visita a Paul y ello se produjo una cierta inquietud. Eso no significaba nada bueno. Descargó las compras y las colocó.
Y cuando Desi se fue a su cabaña, ella se tumbó en el sofá con un libro y esperaría a Paul para que le contara qué pasaba. Pero no podía concentrarse. Estaba seguro de que algo pasaba y no iba a ser nada bueno para ella. Tenía un mal presentimiento en cuanto vio salir ese coche del rancho.

Por fin llegó Paul del campo a cenar.
-¡Hola, cielo!, ¿ya has terminado por hoy?
-Sí, voy a darme una ducha, tenemos que hablar.
Tenemos que hablar, tenemos que hablar, pensó ella. Eso no significaba nada bueno. No se había equivocado. Pero al menos él no le escondía nada. Sabía que le iba a contar el tema de la visita de las mujeres al rancho.
Cuando bajo a la salita donde estaba tumbada, se tumbó encima de ella.
-Me aplastarás, gigante.
-Eso quiero aplastarte, loca.
Y la besó largamente.
-¿Qué pasa pequeño? He visto salir del rancho a dos mujeres, rubias, guapas…
-No te preocupes nena. Son inofensivas.
-Nunca me fio de ninguna mujer rubia que se acerque a mi hombre. De inofensivas nada. Desi me dijo que son de Wyoming, venga cuéntame. Sé que estás preocupado y te conozco.
-No te puedo esconder nada, cielo. Quieren que lleve el rancho unos meses.
-¿El tuyo?, bueno el de tu hermanastro. ¿Y eso por qué? ¿Por qué tú ahora?
-No tengo ni idea, mi cuñada, me ha comunicado que mi padrastro y mi hermano, si puede llamarse así, tuvieron un accidente hace un mes. Mi padrastro murió.
-Lo siento cielo.
-Me es indiferente, Helen, nunca se preocupó de mí e hizo todo lo posible por separar a mi hermanastro de mí y dejarle todo a su hijo.
-¿Y a tú hermano qué le ha pasado?
-Tiene dos piernas rotas y algo más que no han querido decirme. Tiene dos meses de hospital y luego recuperación en casa.
-¿Y quieren que tu lleves el rancho mientras tanto?
-Sí, quieren que lo lleve yo, toma- y le pasó los documentos, que ella leyó detenidamente.
-Pero te dejan la mitad del rancho si haces eso y te pagan lo que te pago yo aquí.
-Estaré meses fuera, nena y no quiero dejarte, ni dejar este rancho, tenemos proyectos.
-Pero es tu rancho, lo que te pertenece. Son solo unos meses y yo te esperaré. ¿Y si estuvieses en los marines?, tendría que esperarte meses. Eso sí, siempre que me quieras y seas fiel.
-No quiero ir, no me importa el rancho.
-Yo creo que deberías ir por tus padres, en su memoria, ellos querrían que tuvieras tu parte.
-Hay otro problema cariño.- Dijo preocupado.
-Dime, lo que sea, me lo cuentas.
-La hermana de mi cuñada.
-¿Qué pasa con ella?
-Vive en el rancho. Su padre murió el mes pasado y vive con ellos.
-¿Y qué problema tienes con ella?

-Cuando me acosté con ella unas cuantas veces éramos jóvenes, yo era virgen y ella también- y ella se sintió celosa y molesta.
-¿La quieres?- le dijo con desesperanza.
-No seas boba, no es que no la quiera, es que no me fio de ella, no me gusta nada, que no es lo mismo. Aquello fue una tontería de adolescentes, pero me temo que la tendré pegada a la espalda.
-Pero si no te gusta, se lo dejas claro.
-Sí, ya- pensando que Helen era ingenua y que no la conocía.
-¿Y qué vas a hacer? No quiero presionarte, quiero que seas libre para pensarlo y elegir y si es por este rancho, no te preocupes, Logan sabe llevarlo, le pago 500 dólares más y contrato unos meses a otro vaquero hasta que vengas. Quizá solo sean cuatro meses, podemos superarlo y a cambio tendrás lo que te pertenece, lo que siempre fue tuyo. No quiero que por mi culpa o mi egoísmo pierdas lo que tus padres te dejaron.
-No sé cariño- abrazándola, no quiero dejarte.
-Y no lo harás, hablaremos todos los días. Y te esperaré.
-No podre venir a verte. Son muchas horas de viaje.
-No importa, yo te esperaré siempre pequeño. Te quiero.
-Yo también te quiero preciosa. ¡Maldita sea!…
-No maldigas. Sé que harás lo correcto, y sé que lo correcto es irte, así que: ¿Cuándo tienes que irte?
-Como mucho pasado mañana. Están en el motel y tengo que darle la respuesta mañana.
-Bueno te lo piensas bien.
-Solo sé que no quiero dejarte sola.
-No estoy sola, está Logan y lo has enseñado bien, está Desi y contrataremos a otro que me recomiende Logan.
-Dios pequeña, van a ser muchos meses sin verte. Y ahora que vivimos juntos…. Que te tengo por las noches. No quiero que lo nuestro se enfríe, no me lo perdonaría.
-Si es por eso no te preocupes. No se enfriará, te esperaré y hablaremos a diario. Pero vendrás rico y seguro más que yo. Así no te sentirás inferior con respecto a mí.
-No me importa ser inferior, es lo que menos me importa ahora - Dijo Paul abrazándola.
-Eso es un punto positivo, pero sé que tú no serías feliz del todo. Te conozco.
-Y tenía planes contigo. Esa era otra cuestión.
-¿Sí?, ¿Qué planes?
-Creí que ya era hora de casarnos y formar una familia. Llevamos más de dos años saliendo y estamos muy bien juntos, te amo. Eres el amor de mi vida.
-¿En serio?
-Sí, formar una familia de verdad, ya sabemos que nos llevamos muy bien y que eres la mujer de mi vida y tengo esto para ti y me han jodido el día.

-¿Qué tienes para mí?

Y le dio una cajita blanca y ella la abrió y sacó un anillo de compromiso con un diamante precioso y se lo puso.
-¿Te casarás conmigo?
-Sí, sí, claro que me casaré contigo, mi amor. Si te vas, en cuanto vengas nos casamos y si no te vas, preparamos la boda. -Y la besó y apretó contra su cuerpo.
-Pequeña. No sé qué hacer.
-Yo, sí, primero cenamos y si quieres luego hacemos una lista de cosas positivas y negativas y lo que gane, eso haces.
-¿Estamos en el instituto?
-Más o menos, adolescente me tienes, guapo.
-Pequeña, espera que cenemos.
Y cuando cenaron, hicieron el amor en el sofá. Y ella lo veía demasiado serio y preocupado.
-Cielo…
-¿Qué voy a hacer?,
-¿Tú que quieres? No pienses en nada ni nadie, quizá sea bueno si te reconcilias con tu hermano. Ahora ya no hay nadie que impida eso. Tu padrastro ha muerto y tu hermano te ha llamado y quiere compartir contigo lo que tiene, y si os llevabais bien antes…
-¿Me esperarás de verdad?
-Claro que te esperaré. Toda la vida. Eres mi hombre.
-Espero no estar si me voy, más de cuatro meses. Para el verano vengo, seguro. No podría estar sin ti mucho tiempo.
-Pues nada, ya lo tienes decidido, mañana le pregunto a Logan si conoce a otro chico unos meses y te rescindo el contrato y te pago lo que queda de mes.
-No hace falta, chiquita.
-Tengo que hacerlo guapo.
-Bueno, como quieras.
-No quiero irme.
-Ni yo que te vayas, pero debes hacer lo correcto.
-Y lo correcto es irme…
-Puedes ir a ver qué hay por ahí, siempre puedes volverte si no ves bien el tema. Nadie te obliga a nada cielo.
-Eso sí. Está bien, mañana llamaré a mi cuñada e iré a echar un vistazo. Ahora vamos a la cama, si me voy tengo que llevarme sexo para unos meses.
-Eso me preocupa, tendrás que serme fiel o no vuelvas al rancho conmigo.
-Te seré fiel. Eres la mujer de mi vida, el amor de mi vida y llevas mi anillo. Así que tú también serás buena. No sé cómo será el vaquero que venga.

-No decías algo de llevarte sexo…- Y se la llevó escaleras arriba y esa noche durmieron poco. Al menos Paul, que la abrazaba dormida.
Por la mañana, Paul fue a hablar con Logan y le contó que se iba a ir unos meses al rancho familiar, le estuvo explicando el tema y le preguntó si conocía a algún vaquero para que estuviera unos meses con ellos. Logan, le dijo que su hermano menor buscaba trabajo. Se llamaba Richard y lo llamó.
Paul quería conocerlo y explicarle bien los temas y verlo de cerca, para ver si era un buen trabajador como Logan. Y en menos de media hora estuvo allí. Y a Paul, le gusto. Y Helen, le dijo todo el tema de comidas y los pagos y dónde quedarse, con su hermano y cuñada, le enseño la habitación y ellos no tenían problema ninguno.
A Logan le dijo que le subiría 500 dólares por hacerse cargo del rancho hasta la vuelta de Paul y a su hermano le explicaron que eran unos meses. Luego ya verían.
Richard dijo que sí, y fue al pueblo a por sus cosas e incorporarse y Paul fue al pueblo también a hablar con su cuñada y quedar para salir para Wyoming al día siguiente.
-Gracias Paul. No sabes cómo te lo agradezco. Todo esto ha sido cosa de Gabin, no creas que es mía.- Le dijo agradecida su cuñada Celia.
-Lo sé. Mañana estaré aquí a las siete de la mañana, pero en cuanto esté bien, me vuelvo y quiero la mitad de mi rancho en metálico.
-Lo tendrás. Esa es la condición que puso tu hermano.
Y así con todo solucionado, ella le hizo un contrato a Richard que empezó ese mismo día un poco más tarde. Y su hermano se encargó de explicarle todo.
Richard era un vaquero alto de casi 30 años, guapo, alto, moreno y los ojos marrones claros. Era trabajador como su hermano y educado como ellos. Por lo que luego le contaría Desi, quedó en darles 400 dólares a ellos por la comida y la luz, la limpieza y colada.
Ese día lo pasaron juntos Paul y Helen. Ella se pasó un rato llorando mientras Paul, hacía sus bolsos, como cuando vino.
-Hoy no tengo un buen presentimiento, pequeño.
-Vamos eras tú la que ayer me animabas a ir a por mí rancho. Es un poco de miedo solamente chiquita.
-Sí, pero está ella y me da miedo de que quiera intentar algo contigo.
-Boba, te quiero y eso no cambiará nunca y volveré, nunca lo dudes. Tarde lo que tarde, mi corazón es tuyo y aunque tarde unos meses más de lo previsto, volveré a por ti.
-¿En serio?
-Y tan en serio. Quiero que creas en mí cariño.
-Prométeme que, si no vuelves, me lo dirás, por muy doloroso que sea para mí.
-No puedo prometerte eso, porque voy a volver.
-Pero si hay algo, si vuelves con ella, dímelo.
-No quiero verte sufrir, aquello fue algo adolescente y pasó a la historia, además, no sé si está

casada o prometida.
Esa noche durmieron abrazados, hicieron el amor de una forma distinta y cuando por la mañana siguiente, Paul se fue, ella se quedó en la cocina llorando tras el desayuno, con un peso en el pecho y un vacío en el alma.
Se había acostumbrado tanto a él... Pasaban tantas horas juntos encerrados en el rancho que ella vio aumentado el dolor y le problema.
Desi, le decía:
-Vamos señorita Helen, serán unos meses, ya verá que pronto estará de vuelta. Antes de que empiece el invierno de nuevo.
-¡Ay Desi!, ¡Qué sola voy a estar!
-Es usted muy fuerte, y aquí estamos para ayudarla. Logan ya se ha hecho con el rancho y no es porque sea mi marido, es un buen hombre, honrado y la cuidaremos.
-Gracias Desi, pero tengo un problema y gordo. Iba a contárselo a Paul, pero no he podido decírselo, porque si no, no hubiera tomado esa decisión.
-Si me lo quiere contar…- Mientras Desi recogía la cocina para subir arriba a limpiar.
-Tengo que ir al ginecólogo- dijo llorando sin parar.
-¿Está embarazada?- la miró Desi.
-Creo que sí. Nunca lo he estado, pero llevo dos meses de retraso, enero y febrero y estamos a primeros de marzo y no me ha venido la regla aún. Y eso no me ha pasado nunca. Tengo 29 años. Lo tendré con 30 años, si es que lo estoy.
-Pida cita y va a comprobarlo. A lo mejor no es eso. ¿No tiene síntomas, mareos vómitos?
-Nada, de momento nada.
-Pues pida cita hoy.
-Sí voy a pedir cita a la clínica, aunque es pequeña, tiene de todo. Lo sé de cuando llevaba al abuelo a las revisiones, bueno, dos revisiones, había de todo.
-Está bien, debe ir ya hacerse pruebas.
-Voy a llamar. Desi ¿puedes limpiar primero el despacho? Ahora tendrás menos trabajo. Y de cena, solo me dejas una ensalada de pollo.
-¿Solo eso?
-Sí, no te preocupes, un sándwich a media mañana y cuando limpies vas a tu casa, que allí ahora tienes más trabajo.
-Voy a limpiarle el despacho.
-Llamo yo desde la salita mientras.
Y el ginecólogo le dio cita para dentro de tres días, viernes.
Por la tarde la llamó Paul, diciéndole que había llegado al rancho, que ocuparía su antigua habitación y que al día siguiente iba a ir primero al hospital a hablar con su hermano y ya verían qué hacían. Luego te dijo lo mucho que la echaba de menos y lo que la quería y amaba.
Y cuando se despidieron, ella fue a la cabaña pequeña antes de cenar, a ver qué tal le había ido a

Richard.
-Me ha ido bien señorita Helen. Le estoy agradecido, al menos, algunos meses tengo trabajo.
-¿Te gusta la cabaña? y quiero saber si el sueldo te viene bien.
-Es más de lo que ganaba en otros ranchos.
-Bueno, quiero que estés bien con nosotros y si es tu familia yo me quedo más tranquila. Prefiero eso a que sea un desconocido compartiendo casa con tu familia, pero no tengo más espacio.
-Estamos bien, dijo Desi y muy contentos en este rancho.
-Yo me alegro también. Y dirigiéndose a Logan, le dijo:
-Logan, ya sabes que lo que se vaya necesitando, me lo dices, lo pedimos y se paga.
-Si señorita, no se preocupe.
-Muy bien, tengo que dejaros, va a llamarme Paul. Mintió porque no quería molestarlos.
Entró en la casa y cerró bien la puerta. Se tumbó en la salita y cenó la ensalada echando mucho de menos al amor de su vida en cada rincón de la casa, en la salita, en el despacho y el dormitorio no quería ni subir sin llorar.
Paul, estaba tan lejos… Y si estaba embarazada, no podía decírselo, porque volvería a su lado sin terminar lo que había ido a hacer allí. No se lo diría hasta que volviera. Pero ahora sí que se sentía vulnerable. Al menos si estuviera el abuelo, la consolaría, pero estaba sola.
Aunque Desi, era un amor de mujer y era joven. ¡Qué raro que no habían tenido hijos aún! Por lo que sabía, llevaban ocho años casados. Bueno algún día se lo preguntaría.
Cuando estuvo cansada se fue a la cama, y abrazó el lado de la almohada de su hombre. Apenas se había ido y lo quería de vuelta.
Tenía que ser fuerte, por él, sería bueno para Paul, reconciliarse con su hermano. Si el padre había sido el avaricioso ellos no tenían la culpa y, al fin y al cabo, su hermano estaba dispuesto a darle la mitad o un poco menos y quedarse con algún remanente, lo cual era loable.
Pero tener la cantidad que le diera su hermano de su mitad del rancho, también le daba a él seguridad al compararse con ella. Ya no se sentiría inferior. Ella tampoco se lo había demostrado ella, pero sabía cómo funcionaba Paul.
Era un hombre trabajador y honesto, generoso y honrado, pero cuando se comparaba con ella y lo hacía, se sentía en inferioridad de condiciones económicas y ahora que iban a tener un hijo se sentiría como un hombre al que una mujer mantiene y él no era de esos hombres.
Paul quería mantener a su familia y no tenía en cuenta lo mucho que trabajaba. Era terco y ese pensamiento machista lo desazonaba.
Y menos mal que no sabía que estaba embarazada, bueno ella tampoco, pero casi estaba segura. Lo bueno es que no tenía síntomas y se sentía fuerte.
Y ahora debía mirar por su hijo y esperar que el volviera para darle la mayor sorpresa de su vida y esperaba que se sintiera tan feliz como ella y que quisiera a su hijo como ella, ya lo quería.
Estaba deseando ir al pueblo ya y verlo a través de la pantalla del ecógrafo, ese ser que habían

conformado Paul, el hombre se du vida y ella.
No se hundiría como cuando el abuelo, sería una mujer fuerte para su bebé y para cuidarlo y protegerlo.
Tendría que cuidarse y tendría que pensar otra vez en el albergue y sacar la habitación que había frente a ellos, para dejarla para el bebé y más adelante, cuando viniera Paul, llenarla de ropita y cosas, sobre todo cuando supiera que era, si niño o niña.
También llamaría a España y se lo diría a sus padres y seguro que, en cuanto Paul, lo supiera querría casarse, era de esos.
Le quedaba tanto por hacer… Pero de momento, iba a estar tranquila, sin sobresaltos y viviría su maternidad todo lo feliz que fuera posible y tenía a Desi para cuidarla. Ya pensaría en contratar a alguna chica los primeros meses del pequeño para que la ayudara. Desi ya tenía bastante trabajo y sería bueno tener una ayuda unas horas al día hasta que estuviera recuperada.
Eran tantas cosas…
Había vivido tantas cosas y aventuras desde que vino hace más de seis años desde Cádiz… que todo le parecía un sueño. Pero el mayor sueño y más preciado era tener en su vientre un hijo de Paul. Eso no tenía precio, e iba a cuidarse.
Iba a cuidarse por su hijo o Paul no se lo perdonaría.
Estaba ilusionada. Esperaría su vuelta. No quería preocuparlo y sería una buena sorpresa para él cuando volviera y la viera embarazada, o si tardaba más tiempo, quizá ya lo tuviese.
No quería pensar en tantas cosas porque se ponía nerviosa, se desazonaba y tenía un hijo al que cuidar y un rancho al que sacar a delante. Tenía que ponerse las pilas.
Ya no era una niña frágil. Era una ranchera en toda regla, una mujer con un rancho y un hijo al que sacar adelante. Un hijo que creía irremediablemente en su vientre día a día y que era el del hombre al que amaba, del hombre del que estaba locamente enamorada.
Nunca se había enamorado en la vida como de Paul. Era su hombre. Se acurrucaba en sus brazos y era feliz.
Recordaba la calidez de su piel, sus risas, sus caricias, sus miradas al unísono, sabiendo qué decirse sin palabras.
Pero cuando más lo necesitaba era por las noches cuando se quedaba sola en la casa, en el silencio de la noche y en el hueco vacío de su cama.
Estaba enamorada, sí, pero eso no le debería impedir salir adelante. Muchas mujeres salían adelante con todo y ella en cierto modo era una privilegiada y debía dar gracias a Dios. Tenía todo para ser feliz en la vida.
Si Paul estuviese en el ejército sería más difícil, así que se dijo que nada de tonterías. Estaba en su rancho y tardaría unos cuantos meses. Así que ¡Adelante!
No iba a preocupar a su hombre, ella no era de esas. Además, si estar lejos de ella le servía para hacer las paces con su hermano y su familia, mejor, no quería que dejase su familia. La familia era importante, al menos para ella que era una mujer familiar y se acordaba tanto de ellos

que los tenía lejos.
Y Helen quería que tuviera buenas relaciones con su hermanastro también.

CAPÍTULO VI

Al siguiente día, Paul, fue por la mañana a ver a su hermano Gabin, con su cuñada.
-Os dejaré solos, voy a tomarme un café-. Dijo su cuñada Celia.
-Está bien- y entró en la habitación.
El cuadro que se encontró no era muy bueno. Su hermano tenía las dos piernas rotas y algunas costillas, moratones y rozaduras por toda la cara.
-¡Hola Gabin!
-Hola hermano, ¿has venido?
-Sí, he venido, el ofrecimiento era bueno, lo que me corresponde por derecho y para ayudarte en el rancho. Siento lo de tu padre, pero si hubiese estado vivo, no hubiese venido para nada.
-Ya lo sé, lo siento hermano, mi padre era un hombre ambicioso, siempre lo fue, pero nosotros éramos como hermanos. Lo siento mucho y necesito que me perdones.
-Estás perdonado. Bueno, ¿cómo te encuentras? y ¿en qué me necesitas?
-Tengo las dos piernas rotas, tres costillas y la clavícula. Lo demás son rozaduras y moratones, tuve mucha suerte. Menos mal que llevaba el cinturón de seguridad. El coche dio siete vueltas de campaña.
-Bueno, lo primero es curarte. Has tenido mucha suerte. Lo que te indiquen los médicos. ¿Te han operado?
-Sí, eso ya está listo, queda curarme, no desesperarme y fisioterapia después, que esa la haré en casa. Ya Celia ha comprado los aparatos y contrataremos un fisioterapeuta. Unos cuantos meses si estás dispuesto a quedarte.
-A eso he venido. También a por la mitad de mi rancho. Luego me iré cuando estés listo. Así que tú me dirás qué debo hacer.
-Tienes que llevar la contabilidad del rancho y echar un vistazo, lleva un mes de retraso todo y las facturas se acumulan. Celia te dará las contraseñas del pc y de la cuenta del rancho. Tú les echas un vistazo y lo llevas. Colin, está de capataz, te explicará todo cuanto debes saber del campo. Tenemos 5.000 cabezas de ganado. Ya sabes que el rancho es enorme y trabajan 12 personas más Colin, y tú con el despacho tendrás y también irás con Colin al campo. Te haces un contrato de 3.500 dólares y la comida la tienes y la cama y cuando te vayas te compraré la mitad del rancho que está valorado en seis millones de dólares, aunque sabes que vale más, pero no puedo pagarte más o me quedaría sin liquidez.
-Tres millones está bien, más el sueldo.
-¿Estás de acuerdo?
-Estoy de acuerdo. ¿Cuánto tienes que estar en el hospital?
-Dos meses y algo más, según vaya progresando esto y suelden las costillas y en casa hasta que me recupere. Ya Celia tiene previsto contratar un fisioterapeuta y ha despejado una habitación para aparatos hasta que esté totalmente recuperado y tú te vayas, como te he comentado antes.

-Perfecto.
-Perdóname hermano. De verdad.
-Estás perdonado, no te preocupes. Te dejo con Celia. Te voy manteniendo al tanto. Me voy a al rancho.
-Dame un abrazo.
-Si no te rompo alguna costilla…
-No lo harás -y su hermano soltó unas lágrimas y él se emocionó.
-Bueno, hasta otro día, vendré a verte.
Y cuando él salió del hospital se emocionó, porque se dio cuenta de que su hermano verdaderamente se había arrepentido. Y él tenía trabajo, pero antes, se tomaría un buen desayuno y llamaría a Helen.
Y la llamó y le estuvo contando todo el tema.
-Tiene un rancho con 5.000 cabezas de ganado, nena. Sí, es un gran rancho.
-¡Qué barbaridad!
-Sé que mi padrastro lo administró bien, pero cuando murió mi padre tenía 3.500, no creas. Y tengo al cargo 12 hombres y el capataz.
-Creo que debes quedarte ahí, eres más importante, amor.
-Ni loco, prefiero nuestro ranchito, si logras beneficios compraremos más ganado para la primavera que viene.
-¿Más?
-Sí al menos 500 más. Tendremos un gran rancho.
-Necesitaremos a más gente para ello.
-Haremos un barracón para eso.
-¿Quieres arruinarme pequeño?
-Que no, lo que quiero es dar trabajo y que vivamos bien y podamos dejar un buen rancho a nuestros hijos.
Y a ella se le saltaron las lágrimas.
Cuando Paul, llegó al rancho, lo primero que hizo fue cambiarse de ropa y buscar a Colin en el campo. Ese día lo pasó entero con el capataz, conociendo a los muchachos, aunque a algunos los conocía y ponerse al tanto de todo.
Al día siguiente, se metió en el despacho y Colin le pasó un montón de pedidos que había que hacer, y tenía cartas y facturas por pagar y meter en la contabilidad como para dos días. Y se puso manos a la obra.
Mientras, en Montana, Helen acudía a su cita con el ginecólogo, que le hizo una ecografía y le mandó hacer una analítica. Si se quedaba en el pueblo un par de horas o tres, se iba con los resultados.
Y salió de la consulta, volvería a por el análisis y salía con un embarazo de dos meses y medio. Con lo que, entre mediados de octubre y finales, sería madre.

Se fue a desayunar a la cafetería. Ya se esperaba que iba a ser madre, dos meses y pico sin tener la regla. Cuando viniera Paul, o ya tendría a su hijo o estaría para tenerlo.
Tomó el periódico mientras desayunaba. ¿Y si se iba a Cádiz? Hacía unos dos años que no veía a sus padres. Así, se le haría el tiempo más rápido, los vería y les contaría todo.
Ahora había menos trabajo en el rancho, confiaba en Logan y Desi. Paul, no estaba y era primavera y podía pasar casi un mes fuera. Podía permitírselo, que Logan guardara las facturas. Ella las pagaría a la vuelta. Estaría allí para pagarles el sueldo de abril, si se iba a primeros de mes.
Era una locura lo que estaba pensando, pero ver a su familia, supondría un descanso y ahora estaba de pocos meses y podría hacerlo. Más adelante le costaría viajar. Dejaría en Helena el todoterreno y lo demás eran aviones hasta Málaga, y en Málaga tomaría un tren a Cádiz o un autobús.
Así que se puso a ver viajes y se sacó los billetes para el 2 de abril y vuelta el 28.
Una vez sacado los billetes hasta del tren a Cádiz, llamó a sus padres y se lo dijo que iba el mes siguiente.
Sus padres estaban entusiasmados. Y contentos, les contaría que estaba embarazada. Les contaría todo. Y les iba a dar un dinerito si necesitaban algo. De la de ahorro del rancho, querían que hicieran obra en la casa y compraran muebles nuevos. Y a su hermano, ya vería cómo andaba económicamente.
Pasó por la clínica de nuevo y todo lo tenía perfecto en la analítica. No necesitaba tomar nada. A no ser que le surgiera algo, tendría cita el mes siguiente, pero ella le dijo que iba a España y le dio cita para dentro de dos meses. Y le dijo que podía viajar que todo estaba estupendamente y mejor ahora que más adelante, por si surgía algo.
Cuando llegó a casa, estaba Desi y le contó que estaba embarazada de dos meses y medio, que estaba perfectamente y que iba a aprovechar para ir a España el mes siguiente a ver a su familia, que le diera a la casa un repasito, una vez a la semana y ya está. Y el 27 o el 28, porque venía el 28 por la noche.
Luego cuando los hombres vinieron del campo habló con Logan y le contó que el mes siguiente se iba a España, pero si tenían que comprar algo lo comparan este mes y si surgía algo del veterinario, partos de vacas o lo que fuera, le dejara la factura y ella le hacía los ingresos en cuanto viniera a finales del mes siguiente o a primeros de mayo.
-No creo que haya problemas con nada ni en la ferretería o el gasoil ellos saben que se lo pago al contado en el momento. Ya sabes. Y procura tener mi rancho a buen resguardo. De todas formas, te llamaré y a Desi, al menos un par de veces a la semana. Me guardas las facturas y las pago al día siguiente que venga.
-No se preocupe, señorita Helen, váyase tranquila.
-Bueno, aún me falta casi veinte días para irme, pero quiero que todo esté en orden.
-No se preocupe por nada. Nos hacemos cargo de todo.

-Y a Desi, ya se lo he dicho y a vosotros, os lo digo ahora, estoy embarazada, de dos meses y medio.
-Enhorabuena…
-Gracias, vamos a ser uno más en la familia. Bueno, hasta mañana.
-Le he dejado estofado de ternera en el horno- le dijo Desi.
-Gracias Desi, eres un amor. Seguro que tengo para dos días.
Cuando entró en la casa, olía tan bien… Aunque era tan grande y estaba tan vacía, pero ya no. Se tocó el vientre. Y se sintió feliz. Se miró el anillo y lo echó de menos, pero dejaría que él la llamara, ella trabajaba menos y no quería molestarlo.
Ahora tendría que andar más y darse un paseo por el rancho todos los días y comer sano, aunque Desi siempre le ponía comida sin grasa.
Los días pasaron, y ella tomó la rutina de andar una hora por el rancho, de ir a desayunar a veces al pueblo, siguió comprando para ella y compro regalos para sus padres, su hermano y su cuñada. Ropa llevaría poca, allí estaba más barata y se compraría en Cádiz una maleta grande y la llenaría de ropa, así que llevaría una pequeña con lo imprescindible.
A Paul, le compraría también ropa. Él no se compraba mucha, pero a ella le encantaba comprarle. Y llevaba dos millones de dólares.
Ya repondría a final de año los ahorros. No tenía que preocuparse tanto. Tenía dinero. Lo que pasaba es que se preocupaba demasiado, y eso se debía al no haberlo tenido nunca, salvo lo suficiente.
Le había dicho ya a Paul que se iba a España, aprovechando que él estaba fuera. Iba a aprovechar que no estaba en el rancho para hacer ese viaje que necesitaba. Y Paul se alegró por ella. Le dijo que se iba muy lejos y que tenía que volver, que la amaba.
-Te llamaré cielo todos los días, ¿cómo te va?
-Aún tengo un montón de facturas y contabilidad por meter, nena. El rancho es grande y todos los días hay, pero llevar casi dos meses de retraso hay que pagar y ordenar.
-¿Tienes el mismo programa que nosotros?
-Sí, cielo, por eso te lo di.
-Tú puedes. Te amo pequeño.
-Podría hacer contigo cosas mejores que estar metiendo facturas. ¿Qué haces?
-Voy a dar un paseo por el pueblo y ver algunas cosas, comprar y voy a desayunar allí.
-Estupendo, no gastes mucho.
-No lo hare, mi amor. Te quiero, te quiero, hasta mañana.
-Adiós pequeña. Te amo.
Y así se dio una vuelta por el rancho y fue a desayunar al pueblo, quería comprarse un libro de lo que necesitaba un bebé y hacer una lista, ver precios y tendría que llevar al albergue una de las habitaciones, la de enfrente a ella. Eso lo hizo antes de irse de viaje. Le encargó a Richard que le llevara la habitación al albergue con la camioneta, y entre Logan y él la llevaron. Con la cama, la

cómoda y las dos mesitas de noche.
Y dejó la ropa de cama para las otras habitaciones.
Y en cuanto volviera, tendría su lista hecha e iría comprando cositas hasta dejarla llena y preparada. La habitación era grande y la dejaría de dulce para su primer hijo.
Tendría que pensar en nombres. Si era niño, podría llamarlo como Paul o como el Padre de Paul, que se llamaba Dylan y a ella ese nombre le gustaba. Y si era niña podría llamarla como su madre, Carmen. Era un nombre muy español. Bueno ella ya tenía sus nombres, luego vería cuáles les gustaba a Paul y elegirían nombre entre los dos.
Llegó el día de irse y se despidió de todos, con la preocupación de dejarles el rancho, pero con la confianza en que eran buenas personas y que lo cuidarían bien como lo habían hecho hasta ahora.
Así fue como llegó a Cádiz dos días después, muerta de cansancio, de aviones y del tren. Su corazón se llenaba de júbilo y emoción cada vez que pisaba su tierra.
Era una melancolía y una alegría que llenaba su corazón, a pesar de que sabía con certeza que ya no volvería a vivir allí, sino que volvería de vez en cuando y mientras su familia estuviese allí. Aunque fuese cada dos años o tres, ya que sus padres no querían volar.
Durmió poco en el viaje y eso le pasó factura y en cuanto vio a sus padres y los abrazó fuerte, hablo con ellos una hora y su madre le dijo que se diera una ducha, comiera y se acostara, que hablarían al día siguiente.
Al día siguiente se despertó por la tarde y fue a ver a su madre a su habitación de costura y la cogió por detrás abrazándola.
-¡Te quiero mamá! ¡Qué bien se está en casa!
-Hija, cuánto te echamos de menos.
-Tengo algo que contarte, bueno muchas cosas.
-Ven y te hago un cafelito y un trozo de tarta, de la que te gusta. Vamos al salón.
-Mamá. ¿Tenéis dinero?
-Sí cariño, ya nos queda poco de la hipoteca. En pocos años la terminamos. Tu padre y yo nos apañamos bien. No te preocupes por nosotros.
-Pero los baños debes reformarlos y hacer una ducha, quitar la bañera. Y esta cocina sigue igual que siempre.
-Sí, hija, pero todo a su tiempo.
-Te voy a dar dinero para terminar de pagar la hipoteca y reformes el baño y la cocina, pongas un suelo nuevo y compres muebles nuevos y tus cositas para tu taller, lo que necesites. Y unos ahorritos para que estéis holgados o si queréis ir de vacaciones unos días a la playa y guardes.
-No te puedo coger nada de eso hija. Es tu dinero.
-Venga mamá, ¿cuánto debes de hipoteca?, tu hija tiene dinero. Y al hermano Fernando también le voy a pagar la hipoteca del piso que se ha comprado. Tengo para todo ello. Y quiero haceros felices. No quiero que paguéis al banco intereses. ¿Cuánto queda?, venga, dímelo…

-Nos quedan treinta mil euros más o menos, pero hija… Tu padre lo sabe mejor que yo.
-Muy bien, te voy a dar ciento ochenta mil euros, reformas la casa entera, quiero que me mandes fotos de la reforma, pagas la hipoteca y compras una buena tele para papa, una bonita cocina y baño, y una máquina nueva de coser y cosas para tu taller y aún puede quedarte cuarenta o cincuenta mil euros para ahorrar y hacer un viaje corto. Podéis ir al rancho.
-Ya sabes que no me monto en un avión y tu padre menos y no te vamos a coger ese dinero.
-Sí que lo vais a aceptar.
-Y en ese momento entró el padre del trabajo.
-¿Qué dinero, mi niña?
-El que os voy a dar para que pagues la hipoteca, hagas una obra entera de la casa y tengas unos ahorros.
-Hija ¿estás loca?
-No, tengo dinero y quiero que mis padres tengan una vida tranquila. Habéis trabajado mucho. Ya sabes mamá. Quiero fotos de toda la reforma del piso, que lo sepas, además cuando la gente venga a tu taller tiene que ser profesional.
-Si no nos dejas de otra…
-Papá y yo iremos viendo muebles y suelos y baños y cocinas y hacemos una lista. Si falta os doy más. Voy a llamar a mi amigo Alfonso que tiene una empresa de obras, aún tengo su teléfono y lo voy a invitar a tomar café, si tiene tiempo y os reforma toda la cada con muebles incluidos, elegimos cosas y hace un presupuesto entero de todo. Y así te dejo un dinerito aparte. Luego tengo que hablar con el hermano cuando venga por la noche.
-Ay hija por Dios…
-Pero primero vamos mañana a quitar esa hipoteca -Y los padres se emocionaron.
-Pero no vamos a hacer obras contigo aquí.
-No, en cuanto me vaya que empiece, pero ahora es el mejor momento que han pasado los carnavales y así para cuando empieces el trabajo duro, tendrás un taller en condiciones. Solo quiero elegir todo y que me dé el presupuesto, y cuando me vaya, empezáis antes de que apriete le calor. En un mes tendréis todo listo-. Ya verás Alfonso tiene mucha gente y trabaja bien y rápido.
-Esta hija, viene, y ya viene mandando- y se rieron.
-Bueno, eso ya está listo. No voy a estar con las manos vacías. Mañana quitar hipoteca y quedar con Alfonso y eso no es todo.
-Tengo una sorpresa para vosotros.-Mirad el rancho- y les enseñó fotos de las cabañas de los graneros, del rancho entero. Fotos preciosas.
-Eso es enorme hija, ¡que sitio más hermoso!
-Sí que lo es.- Dijo orgullosa.
Y les estuvo hablando de todo desde que llegó a Nueva York que ya sabían ellos de la vez anterior que estuvo y le contó del abuelo y hasta llegar a ese día.

-¿Y es guapo Paul?- dijo la madre.
-Mira- y les enseñó unas cuantas fotos.
-Es un pedazo de hombre hija, pero si eres una enanilla a su lado, mi niña.
-Pues mira qué hombre tengo – Riéndose -Es especial, es bueno y generoso, no discute, hago lo que quiero, es paciente y nos queremos mucho. La próxima vez vendremos los dos para que lo conozcáis.
-Ahora está en su rancho- Y les contó a sus padres la infancia y todo cuanto había pasado Paul.
-Pobrecito, mira que no querer darle el rancho de su padre…
-Sí, porque fue marine doce años.
-¡Qué cosas!, pero bueno si os queréis…- Dijo su padre- lo importante es que te trate bien.
-Y lo hace papá. Tiene más paciencia que yo.
-Eso quiero, que, aunque estés lejos tengas un hombre que merezcas, que tú eres una hija de la que estamos orgullosos y muy buena.
-¡Ay papa! No me hagas llorar. Que tengo una cosa más que deciros.
-¿Qué será?
-Estoy embarazada de tres meses.
-Hija por Dios…
-Sí, si es niña le pondré Carmen como tú, mamá, y si no es como el padre de Paul, Dylan. Bueno, tengo que comentarlo antes con él, aun no lo sabe.
-¿No lo sabe?
-Es que me di cuenta cuando se había ido, creo que le daré una sorpresa cuando vuelva. Estaré ya gordita.
-Ay que ver cómo eres… Menuda sorpresa se va a llevar el pobre.
Esos días que estuvo en Cádiz salió con sus padres a la plaza de las flores a dar un paseo y comer pescadito los fines de semana con su familia. Dar paseos por la playa.
Durante la semana compró una maleta y su madre se reía, se compró un montón de ropa y para Paul. Y algunas camisetitas de niños. Su madre también le compró algunas cositas.
Habló con su amigo Alfonso y quedó en su despacho, se saludaron y le contó qué quería hacer en casa de sus padres, y este fue a casa de sus padres y tomó notas y medidas y los padres andaban locos.
-Mira que ahora una obra…
-Cuanto antes mejor mamá. Te hace falta. Y ya verás cuando pase todo, no tendrás más obras ya.
Y con Alfonso eligió los suelos, la cocina, el baño, el único que tenía el pequeño piso, le hizo un boceto para el taller de su madre, que le encantó, las puertas blancas y la de seguridad de entrada, suelos, la pequeña terraza, los muebles de cocina y electrodomésticos de acero inoxidable y los muebles todos nuevos. Complementos y adornos. Y le pasó una factura de ochenta mil euros por ser para ella.
-Sé que es mucho, pero quiero que se lo dejes estupendamente, me pasas después fotos al móvil

cuando esté en Montana.
-No te preocupes. Las tendrás.
-Les dejo el dinero a ellos que te irán pagando, cuando tú les pidas. Empieza cuando me vaya, si puedes.
-No te preocupes por eso. Dice tu madre que les has pagado la hipoteca también. Estás ricachona o qué- Y ella se reía.
-Sí, he heredado, ya era hora, ahora estarán más tranquilos con respecto al tema económico y con un piso precioso que voy a dejarles listo, bueno que les vas a dejar tú, precioso. El resto será para que lo ahorren, hagan un viaje o lo que quieran.
-¡Qué buena hija eres amiga!
-Solo los tengo a ellos y a mi hermano, y lejos.
Con respecto a su hermano, este se había comprado un piso. Había dejado el de alquiler y era un piso nuevo en una nueva urbanización y tuvo que luchar con él y su cuñada para dejarles la hipoteca pagada. Otros casi cien mil euros. Ni qué decir tiene que lloraron y la abrazaron.
-Así ahora vuestros sueldos para vivir y ahorrar.
-Hermana no sabes lo que te echo de menos y te agradezco lo que has hecho por nosotros. treinta años de hipoteca.
-Yo también a ti y eso no es nada. Tengo y qué mejor que compartirlo con los que quiero. Ya verás los padres cuando tengan la casa nueva que merecen. Solo espero que hagáis un viaje a mi rancho alguna vez.
-No dudes que lo haremos. Así, si vamos a Nueva York, vamos a Montana de vacaciones y pasamos por el rancho.
-Eso espero o te las verás conmigo. Y te encargo la obra de los padres. Aunque Alfonso es mi amigo, échale un vistazo de vez en cuanto hasta que termine.
-No te preocupes por esto, estaré al tanto y te cuidas mucho y a mi sobrino o sobrina.
Y se abrazaron fuerte.
Cuando se fue, se fue con lágrimas en los ojos y llena de amor. Sus padres lloraron mucho y ella se pasó todo el tiempo en el tren hasta Málaga llorando, pero tuvo que dejar de hacerlo. Iba a llevarse un gran disgusto y no vendría bien al bebé.
Hablo con Paul en el tren, y le contó todo lo que le había hecho a sus padres y Paul, siguió pensando que era la mujer más bella que habían conocido, que la quería más que a nadie en el mundo.
Era generosa y familiar y era guapa, la mujer más guapa que había conocido en todos los sentidos, como decía el abuelo. Y le dijo que la amaba y que era una buena hija y hermana y que estaba orgulloso de ella.
Cuando llegó al rancho, ya se le notaba el vientre y los trabajadores y Desi, se lo dijeron…
-¡Ay, señorita Helen!, ¡qué bonita barriga!
-Espera que me ponga gorda y verás. ¿Por qué no has tenido hijos Desi?

-Porque no pude, señorita Helen. Tuve un problema en los ovarios y me los extirparon.
-¡Qué pena!
-Bueno, pero somos felices así, los dos solos, no echamos de menos tener hijos, ni pensamos adoptar. Logan no quiere tampoco, dice que conmigo tiene bastante.
-Me parece muy bien. En fin, voy a dormir que vengo muerta, mañana deshago las maletas.
-¿Le hago algo de comer?
-Me tomaré un vaso de leche y algunas galletas, nada más, no te preocupes.
-Pues entonces, vengo mañana. Descanse.
-Gracias Desi.
Y al día siguiente, se levantó a las dos de la tarde. Desi se había ido a la cabaña pequeña, pues casi todo estaba limpio. Le había dejado una sopa y una pechuga al horno con patatas para la cena y unos bocadillos para media mañana, pero ella desayunó tarde y dejó los bocadillos, los tomó con el café a media tarde.
Se dio una buena ducha y se miró el vientre, y mientras deshacía las maletas, dejó lo de plancha para Desi y colgó toda la ropa y colocó las maletas en el altillo del vestidor.
Luego estuvo descansando en el sofá y por la tarde llamó al ginecólogo para pedir cita para ese mes de mayo. Se la dieron para diez días después, así tendría más de cuatro meses ya.
Por la tarde cuando los hombres vinieron del campo, se pasó antes de la cena y habló con Logan y este la puso al tanto de todo y le dio las facturas. Le dijo que al día siguiente daría una vuelta por el rancho, vería los graneros y los animales.
No había demasiadas facturas, pero las dejó para el día siguiente. Cenaría y hablaría con Paul a ver qué tal le iba y su hermano y si ya lo habían trasladado al rancho y le quedaba poco por estar allí.
Lo necesitaba, aunque sabía que aún faltaban algunos meses para volver con ella.
También tendría que reponer los trescientos mil dólares en la cuenta de ahorro del rancho.
Lo que se gastó en España, pero que no le importaba. Y los repondría a primeros de año. Y estaría al tanto de la obra de la casa de sus padres. Estaba satisfecha y contenta de poder haber hecho lo que había hecho por todos. El dinero no era lo más importante, sino el amor que se tenían como familia, pero el dinero había servido para aligerar sus cargas.
-¡Hola, cielo! ¿Cómo estás?
-Te quiero pequeño, echándote mucho de menos.
-¡Ah eso está bien!, ¿y el viaje?
-El viaje ha sido fantástico, le van a reformar la casa entera a mis padres. Es un pisito pequeño. La semana que viene empiezan, y les he pagado la hipoteca y les he dado aparte 50.000 euros para que tengan para su vejez un ahorro. Ya les daré algo más, más adelante. Y a mi hermano también le he quitado la hipoteca, ya iré ahorrando en el rancho. Y he comprado un montón de ropa para nosotros. Una maleta grande. Ya está en los vestidores.
-Estás loca, chiquita. Sabes que no me compro mucha ropa.

-Pero me gusta que tengas.
-No me queda más remedio que aguantarte.
-Sí, y otras cosas más excitantes.
-No me recuerdes, que me pongo…
-Lo he pasado muy bien allí, la verdad. Echo de menor ir de vez en cuando. Al menos iré cada dos años.
-Se habrán emocionado mucho, no me extraña, eres la mejor hija.
-Bueno, ¿y tú qué guapo?
-Mucho trabajo, preciosa.
-¿Mujeres?
-Ninguna que yo sepa nena. No te preocupes tanto. Soy tu hombre.
-Así me gusta, ¿y tu hermano ya está en casa?
-No, aún le queda otro mes, al menos eso le han dicho los médicos.
-Jo, cariño…- dijo con pena.
-No hay de otra preciosa. Esto se alegará un poco y me molesta más que a ti, que quiero abrazarte ya.
-Te echo de menos tanto por las noches… Aquí solita me tienes.
-Y yo también te echo mucho de menos, y el rancho, ¿cómo va?
-Tiene que ir bien, tengo que ahorrar lo que me he gastado en España.
-No te preocupes tanto, eres una ricachona de Montana.
-Sí, -se reía ella.
-¿Y los chicos?-le preguntó Paul.
-Muy trabajadores. Hemos tenido suerte. Cuando vuelvas me va a dar pena echar a Richard.
-Quizá no lo echemos.
-¿No?
-No, porque puede que compremos más reses.
-¿Estás loco?
-Por ti chiquita.
-Bueno cielo, estoy muerta aún del viaje.
-Te dejo que descanses pequeña. Mañana te llamo. Te quiero preciosa.
-Yo también te quiero, mi amor.
Al día siguiente solucionó todas las facturas y las nóminas de los tres trabajadores, se dio una vuelta con el todoterreno y Logan se explicó todo, aunque había habido poco cambio, salvo tres partos de reses ese mes que no estuvo.
-Quizá en septiembre podemos vender algunos.
-Estaría bien ingresar algo.
-Lo haremos.
-Bueno, me voy. Buen trabajo.

-Hasta luego señorita Helen.
A la semana siguiente cuando fue al ginecólogo, le dijo que estaba estupenda, que tenía un buen embarazo y que iba bien de peso por el momento. Y que iba a tener un niño. Y ella salió toda contenta. Se momento sería Dylan, no concebía hablarle a su bebe sin ponerle nombre.
La semana siguiente iba a ir de compras. Ya iba camino de los cinco meses, se dedicaría a la lista de cosas por comprar para su pequeño y terminaría el libro que estaba leyendo, andar y cuidarse.
En el rancho de Paul, éste no quiso preocupar a Helen, pero Kitty lo tenía frito, andaba tras sus pasos, entraba al despacho, intentaba tocarlo cada vez que podía, le preparaba cafés. Hasta que tuvo que decirle seriamente que lo dejase en paz.
-Vamos a ver Kitty, tengo novia, con un anillo en el dedo, quiero que me dejes en paz, no quiero nada contigo, creo haber sido muy claro al respecto.
-¿Te has olvidado de lo nuestro?
-Si quieres que sea sincero, sí, nunca me he acordado de ese tema. Es un tema olvidado. Fueron cosas de adolescentes. Para mí no significó nada. Solo sexo y nada más.
-No para mí.
-Entonces tienes un problema.
-Yo no tengo ninguno, y menos contigo, me iré de este rancho en cuanto mi hermano esté totalmente recuperado.
-Eso ya lo veremos- le dijo con rabia.
-¿Es una amenaza, Kitty?
-Será una realidad.
-Creo que deberías ver un buen psicólogo.
-Lo veré no te preocupes, cuando me vaya.
-Pero ya sabes, ni cafés ni andar detrás de mí, ni me gustas de ninguna de las maneras, y menos la mujer que eres ahora.
Pero eso, esa humillación, no la iba a pasar por alto Kitty y más pronto de lo que se pensaba, se las iba a pagar todas juntas.
Kitty, era una chica alta y guapa, rubia y de ojos azules caprichosa y consentida y que gustaba mucho a los hombres.
Iba escotada por el rancho, con tacones altos, maquillada, contoneando sus caderas y esa misma noche iba a acostarse con Ben, un vaquero que trabajaba en el rancho y babeaba por ella, era menor que ella un par de años y Kitty, sabía que estaba enamorado de ella.
Había preparado toda una trama para que Paul fuese suyo, y no le importaban las demás personas, ni siquiera utilizar un chico bueno como Ben.
Era el vaquero más joven e ingenuo del rancho y ella tenía un plan hecho y esa semana iba a hacer realidad lo que tenía en mente, que no era otra cosa que quedarse embarazada de Ben y endosarle el hijo a Paul.
Y luego ya vería qué iba a decir Paul, tan listo y seguro que se creía. Si iba a humillarla de nuevo

o qué iba a hacer.
Y esa noche se acostó con Ben detrás de uno de los graneros, le dijo al chico que tomaba pastillas anticonceptivas y lo hicieron sin protección cuando tenía todas las probabilidades de quedarse embarazada.
Siguió haciéndolo durante una semana y siguió después acostándose con Ben durante diez días para estar más segura de que quedaría en estado.
Hasta que creyó que ya era suficiente y le dijo al chico que le había venido la regla y fue apartándose de él.
Una de las noches en que la señora que tenían interna le llevaba su café a Paul al despacho, Ella se lo quitó y le echó dos pastillas relajantes machacadas y removió bien el café.
-Toma Paul, el café.
-Te he dicho mil veces que no me traigas el café.
-Me lo ha pedido, por favor, Emily. Se lo dejó en la mesa y se fue.
Ese café tenía esa noche más azúcar de la cuenta. Pero se lo tomó.
Al cabo de un rato empezó a entrarle sueño y quería llamar a Helen, así que apagó el ordenador, pero cuando se desvistió se quedó con el teléfono en las manos.
Kitty, entró en la habitación, le quitó los slips y lo tocó y besó y acarició su cuerpo inmóvil, se quedó desnuda y pasó uno de los brazos de él por sus pechos y se acurrucó delante de él.
Por la mañana cuando Paul se despertó, sintió un cuerpo caliente en la cama a su lado y pegó un bote y saltó de la misma.
-Pero… ¿estás loca?
-Me lo pediste tú, estuviste muy bien Paul.- Dijo con una gran sonrisa. Fue maravilloso, como la primera vez que lo hicimos.
Y Paul la cogió del brazo y la echó desnuda de su habitación y le tiró la ropa al pasillo sin una palabra más.
-Lo hicimos que lo sepas, decía ella tras la puerta.
Paul, se metió en la ducha. No recordaba nada, pero de lo que estaba seguro era de no haberle pedido nada, ni haber hecho nada con ella. Quizá el café… le echó algo en el café, pero si hubiese sido así, se habría quedado dormido porque no recordaba nada, ¡maldita mujer!
No podría contarle nada a Helen, no lo merecía. Pero si creía que con ese cuento iba a cazarlo estaba loca. Aunque se sentía mal e inseguro, no sabía qué había hecho esa arpía de Kitty.
Kitty ya no fue en busca suya, ni le hablo hasta dos meses después. Su hermano ya estaba en el rancho haciendo rehabilitación desde hacía uno y según el fisioterapeuta en cuatro meses más estaría al cien por cien.

CAPÍTULO VII

Helen, hablaba con él todas las noches y ya estaba de seis meses y medio. Sabía que le quedarían cuatro meses más a Paul, así que no le iba a quedar más remedio que tener a su hijo sola.
Desi le decía que se lo dijera, pero ella quería que terminara su trabajo y volviera. Había preparado una habitación preciosa para su hijo con todas las cosas que había hecho en su lista. Hasta una mecedora para el pequeño.
No le faltaba de nada, tenía preparado el bolso con ropita para el hospital y para ella. Estaba ya gordita y echaba de menos tener a Paul en sus brazos que le tocara el vientre con su hijo dentro.
Sus padres habían terminado la casa y le mandó fotos, era otra casa distinta y estaban contentísimos y además su madre tena un taller precioso lleno de cosas.
Como niños con zapatos nuevos, los dejó. Se lo merecían, eran los mejores padres del mundo y ella estaba sola, se sentía sola.
Estaban en Julio y si todo iba como tenía previsto, Paul, estaría allí para Acción de Gracias y ella ya tendría a su hijo con un mes. Iba a encontrarse con una familia hecha. Cuando lo viera, no iba a creerlo y le reñiría seguro, pero ya que había empezado, no podía dar marcha atrás. Paul, se quedaría sin su parte del rancho que le correspondía.
En el rancho de Paul, Kitty entró al despacho y le puso una foto delante.
-¿Eso qué es?- Dijo Paul, molesto siempre con esa mujer irritante y odiosa.
-Tu hijo. O hija. Estoy de dos meses, justo cuando nos acostamos, sin protección.
-Él miró esa foto.
-¿Y qué pretendes?
-¿Cómo que qué pretendo? que me cumplas.
-¿Y eso qué significa exactamente?
-Que te cases conmigo y cuides a tu hijo.
Él retiró el sillón y le dijo:
-Mira Kitty, ni, aunque fuera hijo mío, que no estoy seguro y lo averiguaré, no pienso casarme contigo. Nunca. Si es mío, me haré responsable de él y vendré a verlo, pero no me casaré contigo nunca. ¿Te queda claro?
-Te vas a arrepentir, lo sabrá tu hermano y mi hermana.
-Bien a ver cómo se lo explicas, que me echaste algo en el café…- y ella lo miró con cara de odio.
-Es tuyo- y Paul sonrió.
-Ya veremos.
-Bueno, veremos. Te arrepentirás.
-No, no creo que me arrepienta. Más bien serás tú la que te arrepientas de esto. Supongo que tendrás dinero para pagar a los abogados.
-Pues tendrás que quedarte siete meses más hasta comprobarlo, bueno, siete no, casi ocho. Tu

española, va a tener que esperarte con el anillo en el dedo, si no se lo quita, claro.
-Quizá no tenga que hacerlo. Puedo venir después.
-Ni loca, el médico me ha recomendado reposo y nada de disgustos, por amenaza de aborto. Ahí tienes.- Le dio el documento y Paul apretó la mandíbula.
Cuando ella salió del despacho, quito matarla, pegarle a algo. No podía quedarse ocho meses más allí. Necesitaba ver a Helen ya. Esa mujer era una víbora. Estaba seguro de que no iba a ser su hijo, pero no lo estaba al cien por cien. Si ella le había hecho algo, lo pagaría con creces.
Fue a hablar con su hermano, que había terminado esa mañana la rehabilitación y se lo contó todo.
-No es mío. Estoy seguro de no haberme acostado con ella.
-Pues algún vaquero debe ser el responsable, te recomiendo que mires bien y abras los ojos hermano, Celia es estupenda, pero su hermana es una arpía. No me queda más remedio que tenerla en el rancho, pero me tiene a los vaqueros revolucionados y ya he hablado con su hermana de este tema, y nos cuesta siempre un enfado. Pero estoy deseando que se vaya de aquí.
-Tengo una mujer y un rancho esperándome.
-Pues te esperas un poco, haces una prueba de ADN y decides, lo que tengas que decidir. Aquí puedes quedarte, cuando yo esté al cien por cien y soluciones ese problema.
-¡Joder maldita sea!
-No le diré nada a Celia, - dijo Gabin, -es su hermana y no quiero estar en medio de esto. Ya sabes.
-Está bien, yo mismo solucionaré esto. ¿Cómo vas?
-Mejor, pero al menos me quedan tres meses o más, ya tengo las costillas bien fuertes y soldadas, el fisioterapeuta dice que el mes que viene me va a poner ya a ir dando pasos. De momento con poder asentar los pies… no le veo el fin. Estoy desesperado.
-Bueno tranquilo, me quedaré hasta que estés totalmente en condiciones. Es lo acordado.
-Gracias Paul.
-Venga, de nada, voy a dar una vuelta por el rancho y luego tengo algo de despacho. Ha venido el veterinario hoy y tenemos partos para esta tarde. Vendrá de nuevo luego para ellos.
-Bien.
No quería llamar a Helen, no quería ni molestarla con ese problema porque sabía que no se había acostado con ella, pero no se fiaba de Kitty. Lo que tenía claro es que hubiera hecho ella lo que hubiese hecho, si era hijo suyo, no se iba a quedar.
Si era suyo al final y quería dárselo se lo llevaría y si no, vendría a verlo todos los meses y se haría cargo de sus responsabilidades, pero pensar en vivir con esa mujer, le producía nervios y una enfermedad. Por nada del mundo.
Él ya tenía novia y no iba a renunciar a ella y desde luego no iba a decirle nada. Pero eso le iba a causar un sufrimiento y un estrés tremendo a él y luego estaba cómo le explicaba que eso se alargaba otros ocho meses más.

De ninguna manera, ella no se lo creería y pensaría lo peor. Tonta no era, por muy buena que fuese.
Pero no hizo falta, porque Kitty, no se conformó con buscar el teléfono del rancho de Helen, sino que una noche cuando Helen estaba ya de siete meses, en pleno agosto, por la noche recibió una llamada de Kitty.
-¿Hola?
-¡Hola!
-¿Quién es?
-Soy Kitty, te llamo del rancho Adams. ¿Sabes quién soy?, la novia de Paul.
-La verdad que no, no sé quién eres, dijo Helen haciéndose la tonta mientras se tocaba el vientre abultado.
-Soy la novia de Paul, de toda la vida. No sé si te habrá hablado de mí.
-La verdad que no, nunca te hemos mencionado.
-Bueno, solo quiero que sepas que estoy embarazada de dos meses, por si tenías esperanzas con él.
-Y Helen casi se cae para atrás, si no hubiera sido porque estaba sentada.
-Enhorabuena, Kitty.
-El hijo es de Paul, nunca hemos dejado de querernos.
-Bueno, os doy la enhorabuena a los dos, ¿algo más que debas informarme?- dijo con toda la tranquilidad de que la pudo hacerse eco.
-¿No eres su novia?
-No cariño, es mi capataz.- Y quería matarlos a los dos, pero no le iba a dar la satisfacción a esa arpía. Ya hablaría con Paul cuando le apeteciera.
-¿No te importa?
-Por supuesto que me importa, voy a perder un buen capataz. Tengo que dejarte, guapa.
-Ya lo sabes, aléjate de Paul. No va a volver. Ahora tiene responsabilidades con mi hijo.
Y Helen le colgó despacio.
Ella que estaba sola en casa, esperando la llamada de Paul, tan tranquila, tuvo una crisis de ansiedad, hiperventilando, se hizo una tila doble y estuvo llorando más de media hora en el sofá.
Había cenado y Paul no llamaba y ella estaba demasiado vulnerable para jueguecitos adolescentes y al final, Paul, no llamó y se acostó.
El que no la llamara, ni le mandara un mensaje esa noche, confirmaba lo que le había dicho esa arpía.
Ya le dijo Paul, que no le gustaba, pero si no le gustaba, ¿cómo es que se había acostado con ella y sin protección?
Los hombres eran débiles, todos, no debía fiarse de ninguno. Se quitó el anillo y lo metió en la mesita de noche.
¡Maldito fuera!, no volvería a contestarle jamás. Solo le daría la oportunidad de explicarse y nada

más. Y cuando le apeteciera y se le pasara la rabia.
Se quedaría en su rancho con su hijo. Vivirían los dos solos. No necesitaban a nadie. Malditos fueran todos los hombres.
Aun así, se llamaría Dylan y le pondría sus apellidos, pero no necesitaba nada más de él.
Tenía hombres en su rancho. No tenía que haberlo dejado irse. El dinero de medio rancho no costaba su felicidad. Le había dicho que era la mujer de su vida, su amor, y ahora se acuesta y deja embarazada a otra mujer, la primera que tuvo.
Eso tenía que ser algo, no era como Paul, le había contado. Tenía que significar algo para él, si no, no se hubiese vuelto a acostar con esa mujer.
Además, por qué la llamaba a ella, ¿acaso Paul no se atrevía? ¡Cobarde!
Maldita fuera, si no estuviera embarazada…, pero quería estarlo, había visto a su pequeño apenas hacía unos días y estaba hermoso, eso dijo el ginecólogo, que era un niño grande, como su padre, salvo que no tendría padre.
Al día siguiente se levantó tarde. No le contaría a nadie nada, ni a Desi, hasta que pasase un tiempo. No quería dar lástima ni pena a nadie.
Así que se fue al pueblo a hacer una compra y ver escaparates, andar y andar, al centro comercial, allí se tomó a las dos y media una hamburguesa y se fue al cine. Cuando salió estaba anocheciendo.
Se compró unas cuantas novelas románticas, y unos cuantos libros de autoayuda y se fue al rancho. Desi le había dejado la cena.
Se dio una ducha y cenó y vio una nota en el despacho, de Logan que le había dejado Desi, que debía pedir gasoil. Al día siguiente lo haría y otra de que en tres días vendrían los del ganado y tenían ochenta terneros para vender, desde el invierno. Perfecto, al día siguiente hablaría con él de todo.
Acababa de cenar y hacerse una tila cuando la llamó Paul y ella no le contestó. No quiso, ni tenía ganas.
Y así lo hizo durante diez días para desesperación de Paul que imaginaba qué podía pasar y fue a buscar a Kitty.
-¿Qué has hecho?, ¡maldita seas!…
-¿Qué he hecho de qué?
-Has llamado a Helen - dijo con rabia, más alto de lo normal Paul.
-Por supuesto, hace diez días, ya sabe que estoy embarazada. Si es una mujer honrada, nos dejará el camino libre y no se interpondrá entre nosotros.
-¡Pero tú estás loca! Sal de esta casa porque o te echa mi hermano o te voy a echar yo de una patada.
-Inténtalo y verás.
Y entró en el despacho desesperado. Ya sabía por qué Helen no le contestaba y estaba desesperado. Y le mandó un mensaje en el móvil.

-Hola mi amor, no le habrás hecho caso a esa loca, estoy desesperado porque no me contestas. Te amo, eres el amor de mi vida y nada ha cambiado. A mi hermano le quedan unos tres meses y me iré. No pienso quedarme aquí.

Y ella, Helen, le contestó…

-¿Está embarazada de dos meses?

-Sí, lo está, pero no es mío. No me hagas esto, no nos hagas esto. Está loca. Por favor habla conmigo. Estoy desesperado.

-¿Estás seguro de que no es tuyo?

-Es largo de contar cielo, pero créeme que no me he acostado con ella. Y seguro que no es mío.

-Lo siento Paul. No vuelvas a mi rancho y a mi vida hasta que no estés seguro de que no es tuyo. No soy una mujer para estar con tonterías a mi edad.

-Pero cariño, cielo, te amo nena, ¿no me crees? Eres la mujer de mi vida, el amor de mi vida.

-Yo también te amo, pero te creeré cuando me traigas una prueba de ADN en que diga que no es tu hijo, entonces sabré que no te acostaste con ella, mientras, no me llames por favor. No quiero sufrir.

-Pero cariño, chiquita, ¿cómo puedes dejar de hablarme por esa mujer? … maldita sea Helen, no puedes hacer eso. Faltan ocho meses.

-No me importa lo que tarden. Puedo Paul y lo haré, si es tuyo, no vuelvas y no me llames mientras. El resto cómo fueron las cosas, y demás explicaciones no me interesan en este momento de mi vida.

-Pero eso puede llevarme ocho meses, cómo voy a estar sin verte ocho meses más nena, si ya estoy desesperado.

-Ese es tu problema Paul. Lo siento. Tengo que dejarte.

-Pero me esperarás por favor, Helen. Te juro que iré a por ti en cuanto todo esto pase y sabrás que no te he mentido.

-No sé qué haré Paul. Ya sabes lo que te he dicho. Te dejo Paul. Ya nos veremos, si nos vemos.

-Perdóname pequeña, pero de verdad que no me he acostado con esa maldita mujer y te lo demostraré.

Y ella ya no contestó más. Colgó y lloró. Quería creerlo, pero debía demostrárselo. No tenía prisa, sobre todo ahora con su hijo.

Esperaría acontecimientos y si era hijo suyo, seguiría con su vida y con su hijo, que ese sí que era suyo con toda seguridad.

Paul, estaba desesperado, pero por Dios juraba que no era su hijo. Y ahora tendría que esperar ocho meses allí en el rancho de su hermano sin verla.

Se fue en marzo, llevaba ya cinco meses sin verla y ocho meses más sería más de un año y estaba desesperado, pero ella no lo dejaría entrar al rancho sin la prueba. Sabía cómo era.

Juró que iría, aunque fuera dentro de ocho meses y que le llevaría la prueba de que no era su hijo. Pero no dejaría de mandarle mensajes, a diario. Todos los días le escribiría, aunque ella no le

contestase. Y no fallaría uno. Como si fuera un diario, para que no lo olvidara y para que supiera que la amaba y era suya y debía creer en él.
Y así pasaron los meses y volvió el ganado dentro de nuevo cuando casi iba a ponerse de parto. A Desi y a Logan, les dijo que Paul, aun tardaría unos meses. Y si estos imaginaban algo, nunca dijeron nada.
Una semana antes del parto, Helen, contrató una chica interna en la agencia del pueblo para que estuviese con ella cuando tuviera que ir a la ciudad a dar a luz y ayudarla al menos los primeros meses porque Desi no podía. Ya tenía su trabajo.
Había dejado previsto, gasoil, grano y todo lo necesario para las provisiones de invierno. Y haría lo mismo que cuando se fue a España, pagaría las facturas pendientes a la vuelta del hospital, que tampoco sería tanto si todo iba bien, unos días. Todo lo tenía listo y controlado, salvo su miedo.
Llamó a sus padres a España de que casi estaba ya para dar a luz, que estaba feliz y en realidad estaba muy feliz, si no fuese porque no tenía a Paul, y no sabía si iba a tenerlo más adelante. Todo era una incertidumbre, aunque recibía mensajes a diario de él y eso al menos la consolaba.
Este no se daba por vencido y no pasaba un día en que le mandara un mensaje diciéndole todo cuanto la quería y que volvería, o contándole que su hermano estaba mejor y le quedaba poco y se quedaría hasta llevarle lo que ella le había pedido, pero que solo se quedaba allí por esa razón, porque la amaba y la quería y cuando volvieran se casaría con ella como le había prometido.
Que estaba desesperado por lo que esa mujer le había hecho, pero le juraba que nunca se
había acostado con ella ni con ninguna desde que empezaron a salir y no lo haría hasta volver con ella.
Le pedía que lo esperara, que la quería por encima de todo. Le mandaba frases como pequeña, mi amor, amor mío, guapa, preciosa.
Quería saber cómo iba el rancho, peor ahí sabía que ella no le iba a contar nada porque no le contestaba. Era la mujer más dura que había conocido. Debía estar demasiado dolida y se puso en su lugar. No sabía qué habría hecho él, probablemente lo mismo.
Pero ella nunca le contestó más y Paul sabía que no recibiría respuesta. Era una mujer dura, aunque a veces había flaqueado y cogido el móvil, luego borraba lo escrito y seguía en sus trece.
Y sabía lo dolida que debía estar y quería pedirle perdón teniéndola en sus brazos. Y había llorado por ella algunas noches, no tantas como las que lloraba Ella, que estaba sola y embarazada.
El verano pasó y los animales ya estaban dentro. Era octubre y caían las primeras nieves vistiendo el campo de blanco.
Y el veinticinco de octubre se puso Helen de parto, cuando Kity tenía cuatro meses de embarazo y ya se le notaba.
Pero Paul nunca hablaba con ella, le retiró la palabra. Incluso su hermana Celia intercedió por ella con Paul, pero este se negaba en rotundo.
-No es mío Celia, busca en otra parte, pregúntale a tu hermana, pero desde luego mío no es y me

quedaré hasta hacerme la prueba de ADN, para que os deis cuenta de que digo la verdad. Y luego me iré. Si no me he ido antes, es por la prueba.
-Si te haces esa prueba es porque no estás seguro, Paul- le dijo Celia.
-Te equivocas, esa prueba me hago porque me la pide mi novia en Montana, porque tu hermana la llamó y se lo dijo, pero lo sé con certeza y la denunciaré si no es cierto, avísale. Yo nunca miento, tu hermana no sé, pero te ha mentido, seguro. Y se va a arrepentir.
Tampoco estaba Paul tan seguro, estaba irritado y si ella le hizo algo aquella noche, maldita fuera. Pero le daba igual se iría con Helen, aunque no le contestaba.
No se iba a cansar de escribirle cada noche. Le llenaba el móvil de mensajes.
Como si estuviese en la marina y no la viese. Pero Helen era suya en cuerpo y alma y no iba a renunciar a ella por nada del mundo. Sabía que ella lo amaba también y se lo había demostrado.
El parto de Helen, el veinticinco de octubre, fue un parto largo, pero al final, todo fue perfecto. El niño, Dylan, era precioso, rubio como su padre y de ojos azules. Era más grande de lo normal, no en vano su padre medía uno noventa o más.
Y ella quiso darle el pecho. No trabajaba y era lo mejor para el pequeño, al menos durante unos meses, además el ginecólogo le dijo que sólo con el pecho podía alimentarlo los tres o cuatro primeros meses.
El cuarto, además, le meterían alguna papilla de frutas naturales y el quinto comida y ya podía darle leche de farmacia e ir quitándosela si quería.
Ella pensó que esa era la mejor opción, además era invierno y así el niño prevenía resfriados.
Le dieron cuatro puntos, debido a lo grande que era y se sentía algo incómoda. Molli, la chica que contrató para ayudarla estaba enamorada de su pequeño y ella también, y a los tres días volvieron a casa.
Desi seguía encargándose de la casa y Molli de ayudarla con el chico, de su cuarto y su colada y hacer que ella descansara. Estaba al tanto de los horarios y era una chica especial que trataba al pequeño con delicadeza, lo cambiaba y lo bañaba mientras ella tenía los puntos aún.
Tenían el cochecito en la salita y allí lo dejaban dormir de día con su madre o se lo llevaba al despacho cuando se fue recuperando para tenerlo cerca.
Molli, le decía que en España lo tenían muy mimados, pero Helen decía que tanto subir y bajar escaleras era una locura.
Y ella se reía porque lo quería tener siempre cerca. Pero es que cada tres horas debía darle de comer y estaba todo el día, liada.
Lo llevaban al pediatra y ella fue al ginecólogo y en la última revisión, a los dos meses, le pidió pastillas anticonceptivas y el ginecólogo se las recetó.
Fue un impulso, pero luego lo pensó y era lo mejor para ella, si volvía a tener relaciones, tanto con Paul o con otro hombre, incluso protegiéndose. Después de protegerse con Paul y mira el resultado.
Y el niño creía a pasos agigantados. Y el tiempo pasaba inexorable. Pero para Paul,

inexorablemente lento y se desesperaba. Su hermano, le decía que no le importaba que se quedara el tiempo que necesitara en el rancho, tenía su sueldo y cuando de fuera le daría su cheque por la mitad del rancho. Además, su hermano creía en él.
Helen, por su parte, solo se encargaba del despacho y de andar una hora al día, aunque era invierno y hacía un frio horrible, pero salía al mediodía que hacía mejor tiempo. Desi estaba encantada con el pequeño y un día, le contó lo que le pasaba.
-¡Qué pena! Pero yo, que usted, no le haría caso a esa mujer. Paul la quería, se veía y no sabe que tiene a Dylan, Dios, cuando lo vea. Y le escribe todos los días.
-Si lo ve Desi… No sé si el otro hijo será suyo, pero este es segurísimo. Además, es igual que su padre.
-Ese tipo de mujeres son capaces de todo por hacer algo. Pero vendrá, ya verás.
-Si viene, cuando venga, su hijo tendrá siete meses u ocho.
-No importa, yo confío en verlo entrar por el rancho.
-Tú que eres muy positiva.
-Cuando llegue la primavera tendré que decirle a Molli que se vaya y me dará mucha pena. Es muy eficiente.
-Pero si no la necesita y además viene su hombre…
-Sí, cuando tenga seis meses tendrá que irse, le daré buenas referencias, pero ya podré hacerme cargo yo sola de él. No tengo tanto trabajo.
Y así se lo dijo un día, pero eso ella ya lo sabía.
-Me dará mucha pena, pero yo apenas trabajo y me hare cargo de él. Te daré buenas referencias Molli y un mes porque eres buena y te has portado de una forma excelente con nosotros.
Celebraron todos juntos el día de Acción de Gracias en la cabaña grande por no sacar al pequeño y la Navidad también. Ella le dijo a Desi que tenían un árbol y Desi le dijo que lo había visto, así que adornaron las casas y pusieron los árboles y cenaron en familia también.
Helen fue a comprar cena especial para ese día, al igual que lo hizo en Acción de Gracias. Todos le compraron un regalo al pequeño y ella a cada uno un regalo, ropa para todos. Y por la noche cuando Paul, le mandó su mensaje diario, lloró porque su padre se había perdido ese día importante de su hijo.
Pero no volvería atrás. No daría su brazo a torcer. Su hijo tenía dos meses y medio y su padre si volvía sería dentro de cinco meses y medio o así.
Para mayo y en abril, despediría a Molli y se iba a encontrar con un hijo de siete meses. Si es que venía. No faltó un día en escribirle y decirle que la quería. Eso seguía siendo igual sin falta.
Ese año cuando hizo cuentas, había ganado casi cuatrocientos mil dólares de ganancia. Metió los trescientos mil en la cuenta de ahorro. Así amortizó lo que les dio a sus padres y a su hermano y el resto para el rancho, aunque este había bajado algo con los gastos, pero tenía más de millón y medio.
El año siguiente según quedaran las cuentas, metería menos de ahorro e igualaría la del rancho.

Había tenido los gastos de Molli, del hospital, las cosas del pequeño, en fin. Y todo eso del rancho. No quería tantas cuentas o se iba a volver loca. La suya estaba intocable.
Estaba contenta con los vaqueros y con Desi. Richard era tan trabajador como su hermano y no tenía pensado echarlo, desde luego que no.
Estaba feliz, dando el pecho a su hijo. Se ahorraba un dinero en biberones y leche y cuando el pequeño cumplió cuatro meses le hacía una papilla de fruta por las tardes. Y le encantaba.
Volvió a salir al pueblo a comprar, a desayunar a veces, recuperó su figura, aunque los pechos los tenía grandes y a los seis meses le quitaría el pecho en cuanto comiera sus papillas que ella se las haría, naturales de pescado y carne con aceite de oliva.
La primavera llegó al rancho y en marzo y como siempre, volvieron a sacar a las reses cuando las ultimas nieves se fueron, dieron una vuelta a las vallas y ella subió a limpiar al cementerio y ponerle flores frescas que compró para los jarrones del abuelo y su mujer en el pueblo, y empezó a darle paseos al pequeño por el sol, cuando salía en el cochecito, ella o Molli.
Su hijo era precioso y crecía y balbuceaba, era tan bonito…, tanto Logan como Richard y Desi, querían cogerlo por las tardes un rato y a veces ella se los dejaba.

Y al finalizar abril, ella despidió a Molli con lágrimas las dos y con un gran abrazo, le pagó un mes doble y le dio unas excelentes referencias y cuando abrazó al pequeño, lloró porque lo quería mucho, pero la vida seguía y ella ya se podía hacer cargo del pequeño. Tenía seis meses.
Compró un pequeño parquecito en la salita y otro en el despacho, que era donde más estaba con juguetes y allí lo metía y estaba pendiente de él mientras trabajaba. Por la noche antes de cenar lo bañaba y ella también y bajaban a cenar, jugaba con él hasta que se dormía. Ya le había quitado el mes anterior el pecho.
Del cochecito hizo una silleta y lo paseaba por el rancho y así andaba ella o se lo llevaba al pueblo a hacer la compra. Lo colocaba en una sillita detrás del coche que le compró para tal fin y lo llevaba al parque los domingos.
Se llevaba su comida a veces, hecha en un botecito y en la cafetería donde comía, se lo calentaban y así ella tomaba una hamburguesa o un plato combinado y así disfrutaba de su hijo.
Desi la veía feliz. Si Paul, no volvía, ella iba a ser feliz con su hijo.
Un domingo lo bautizó, no quería esperar más tiempo, no sabía cuándo iba a volver Paul y ni siquiera sabía si volvería,
Logan y Desi fueron los padrinos y luego los invitó a comer. Y Richard tuvo que quedarse en el rancho.
Estaban como locos por ser los padrinos de Dylan.
En mayo, Helen empezó a ponerse nerviosa. Si esa mujer había sido madre, tuvo que haberlo sido hacía un mes y poco, así que ya tenía que saber Paul, si era hijo suyo. Y empezó a estar intranquila. A ponerse nerviosa.
Paul, dejó de mandarle mensajes una semana antes y entonces se dio cuenta de que era verdad

que era su hijo y por eso no le había vuelto a escribir y había dejado de mandarle mensajes de golpe.
Tenía el móvil cargado de mensajes. Menos esos diez últimos días del mes de mayo. Y estuvo triste, con la moral por los suelos.
Y una noche borró todos los mensajes y decidió olvidar de su corazón a Paul. Estaba segura de que no la había llamado porque era su hijo de verdad.
Cuando el tiempo pasase, hablaría con él para que conociera a su otro hijo, porque no podía hacerle eso al suyo.
Pero iba a esperar un tiempo antes de avisarle y contarle todo. Era todo tan triste… De la felicidad más absoluta, había pasado a la infelicidad más absoluta también.
Se sentía culpable de haberle animado a ir a su rancho. Ellos no necesitaban dinero. Con lo que tenía ella era suficiente para tener un rancho próspero.
Todo lo hizo por él y para que se reconciliara con su hermano y ella había salido perdiendo.
Nunca dudó del amor de Paul, pero ella no podía meterse entre su hijo y ella, aunque también tuviese un hijo suyo. Sabía que era tonta, pero era así, no podía evitarlo.
Y con su hijo dormido en brazos lloró como una niña por todo lo que sabía había perdido.
Sabía que debía continuar con su vida sin Paul, pero era tan difícil…
No sabía si arrepentirse de estar sola en el campo con su hijo.
El rancho sin Paul no tenía sentido. Pensó mil cosas, venderlo, irse con su hijo a Nueva York y buscar trabajo, irse a Cádiz y comprarse una casita al lado de la playa y con el tiempo enamorarse de otro hombre y olvidarlo para siempre.
Una vorágine de pensamientos pasó por su mente, pero cuando miraba por la mañana el horizonte, era tan bello el paisaje que supo que esa era su casa y que no se iría de allí.
El abuelo enterrado en el pequeño cementerio supo a ciencia cierta que ese sería su hogar. No le echaría nada en cara si se fuera. Lo había intentado. Le dijo que, si no le iba bien, lo vendiera y quizá tuviese que hacerlo, pero sentía angustia irse de ese lugar. Pero no quería. Allí estaba tan bien, que le costaría irse una vez que comprendió que aquello era suyo, que aquella tierra, le pertenecía y que le pertenecía ese paisaje a ella y a su hijo.
Y con esa angustia en el pecho se acostó esa noche.

CAPÍTULO VIII

En el rancho de Paul, Kitty había dado a luz y Ben se presentó como el padre del pequeño y ella chilló y pataleó y terminó todo como el rosario de la aurora.
Al final, tuvo una niña. No le habían salido las cosas como ella quería. Así y todo, él se hizo una prueba de ADN que salió negativa.
Su cuñada Celia le pidió que por favor no la denunciara, ella se lo había pedido y su hermano que ya llevaba bien unos cuantos meses, también intercedió por ella, para no tener problemas.
Estuvieron hablando y Paul, le dijo que se iba a Montana, no podía quedarse, quería lo prometido y Gabin, le extendió un cheque por la cantidad estipulada, 3 millones de dólares, más su sueldo que había ido recibiendo mensualmente, más lo que había ahorrado en la marina, tenía más de cuatrocientos mil dólares, y tenía planes con Helen para el rancho.
-¿Cuándo te vas?- le preguntó su hermano.
-Mañana por la mañana. Ya no tengo nada más que hacer aquí. Tú puedes llevar esto ya perfectamente hace meses.
-Te agradezco mucho que hayas venido y me hayas perdonado y, sobre todo, siento que te hayas tenido que quedar más tiempo por culpa de Kitty.
-No pasa nada, espero que Helen me perdone.
-Y yo espero que nos volvamos a ver. Podemos ir a veros y venid vosotros cuando queráis.
-Mientras ella esté aquí, prefiero que vayáis vosotros cuando queráis con los niños.
-Quiere hablar contigo…
-No quiero ni verla.
-Hazlo, quiere pedirte perdón, así te irás tranquilo Paul.
-Está bien.
Y la encontró en el salón con la niña en brazos.
-¿Querías hablar conmigo?
-Lo siento Paul. Siento lo que te hice, eres un buen hombre. Gracias por no denunciarme.
-Dáselas a su hermana y a Gabin, y al pobre de Ben al que has utilizado también. ¿Cómo se te ocurre hacer eso?
-Estaba obsesionada, después de verte de nuevo, pero ahora tengo a mi hija y a Ben que me ha perdonado. Me quiere y quiere a su hija. Será un buen padre.
-Te deseo suerte.
-Lo siento de verdad, Paul.
-Más lo siento yo. Que te vaya bien.
Pero tuvo ganas de matarla por lo que le había hecho, el tiempo perdido con Helen. Si ahora no lo perdonaba… Sería culpa de esa maldita mujer.

Y al día siguiente se despidió de su hermano con un abrazo. Ya no perderían el contacto y de su

cuñada Celia.
-Te lo agradezco mucho Paul, eres un buen hermano. Siento lo de mi hermana.
-Tú no tienes la culpa.
Y de sus sobrinos también se despidió. Se montó en el todoterreno con sus bolsas y tal como vino, se fue.
En el primer pueblo que paró, ingresó su cheque y tomó un buen desayuno. Le quedaban muchas horas para llegar a Montana, a su casa y esperaba que no lo echara porque no se lo iba a permitir, después de lo que había sufrido, por no verla.
Ya podían pedirle mil favores que no se iría de ese rancho nunca más. Ahora tenía dinero para compartirlo con ella y casarse. Y aumentar las reses y contratar más personal. Podrían hacer un barracón para chicos y tener un rancho como el de su hermano o más pequeño, con tres mil cabezas de ganado al menos. Más del doble de las que tenían. Y otro granero o ampliar el que tenían.
Iba haciendo planes todo el camino, pero iba nervioso e inquieto y no iba a parar hasta llegar al rancho, aunque llegara de madrugada.
Y fue de madrugada cuando llegó y se quedó en el motel. No quería llegar y molestar a nadie. Llegó agotado y cansado, había parado a cenar, pero se sacó un café de la máquina del motel. Se dio una ducha y se durmió a plomo.
Al día siguiente desayunó a las siete de la mañana y tomó rumbo al rancho, inquieto y nervioso como un adolescente.
Era doce de mayo y habían pasado catorce meses, catorce largos meses y cuando entró al rancho, vio a los muchachos a lo lejos con las reses y paró al lado de la cabaña. Desi salió de la cabaña pequeña en esos momentos y se fue hacia él y lo saludó.
Le dijo que volviera más tarde mientras que iba a hablar con ella y Desi le dijo que por supuesto, arreglaría primero su casa, que estaba contenta de su vuelta y que se iba a llevar una sorpresa. Y eso lo dejó a él un tanto más tranquilo.
Desi se metió en la cabaña pequeña, él llamó a la puerta y al cabo de unos minutos abrió la puerta Helen, más guapa que nunca con el pelo suelto.
Y Paul se quedó parado de lo guapa que estaba, lo deseable y lo que la quería.
-¡Hola guapa!
-¡Hola Paul! ¿Cómo?...
-¡Hola pequeña!- ¿No vas a darme un abrazo? Toma, esto es para ti.
Y le pasó la prueba de ADN negativa que ella leyó.
-Es verdad…
-Te lo dije nena, no era mío, nunca me acosté con ella, pero esa historia ya te la contaré. Ahora, necesito saber si aún me quieres y soy el amor de tu vida, porque tú eres el mío y he sufrido tanto estos meses sin una palabra tuya…
-Por supuesto que te quiero y se echó en sus brazos llorando. Perdona que no haya creído en ti.

Pero tenía un buen motivo que ya te contaré.
Y él la subió a su altura y la besó apasionadamente y la apretaba fuerte contra su pecho.
-Chiquita, te amo tanto… Te dije que vendría y aquí me tienes si me quieres igual que antes. Si lo llego a saber no me voy a ningún lado.
-No digas eso, has hecho lo correcto, pero te has perdido tanto…
-Sí que me he perdido, hacerte el amor y besarte y abrazarte cada noche. Estás guapísima, nena.
-Y algo más que te has perdido. Trae los bolsos.
-¿Algo más?
-Sí, ven arriba. Tengo que enseñarte lo más importante para nosotros ahora.
-Hacerte el amor.
-No tonto, de eso ya tendremos tiempo.
-No, no tengo nada de tiempo, estoy duro y te necesito.
-Me temo que tendrás que aguantar un poco más loco - Y la sujetaba abarcando toda su cintura mientras subían por las escaleras.
-Me tienes en ascuas, nena.
Y entraron en su dormitorio y él vio una cuna allí, al lado de la cama.
-Pero qué… ¿es una cuna?
-Con tu hijo dentro.
-Helen… y se asomó dentro y vio un niño rubio y grandecito durmiendo como un lirón.
-Es Dylan, tu hijo y de ese no hace falta que hagas pruebas de ADN. Tiene casi siete meses. Cuando te fuiste estaba de dos meses.
-Pero Helen, ¡estás loca!, ¿por qué no me lo dijiste? Habría vuelto al momento.
-Por eso mismo no te dije nada, creía que cuando volvieras me verías gordita y sería toda una sorpresa, pero se fue aumentando el tiempo y luego lo de que ibas a tener otro hijo y ya no quise decirte nada.
-Pero has estado sola para todo, chiquita.
-Sí, pero no ha sido tan malo.
Y Paul, se acercó al pequeño y lo miró bien.
-Tiene mi pelo.
-Sí, y tus ojos azules y es un niño tan guapo como su padre y grande. Tuvieron que darme cuatro puntos, nació alto y con peso.
-Dios mío Helen y lloró allí al lado de la cuna -es mi hijo.
-Es tu hijo. Le puse el nombre de tu padre, aunque sabiendo que a lo mejor no vendrías.
-Cielo, iba a venir de todas formas. Ya te contaré bien qué hizo esa maldita mujer.
-No, lo olvidaremos, no hurgaremos en lo que ha pasado. Ahora sí que tenemos una familia.
-Dios nena y la levantó en volandas.
-Lo vamos a despertar.
-Nada de eso, su padre va a cerrar la puerta y no hará ruido. O al menos lo intentará. ¿Y tu

anillo?
-En la mesita de noche. Lo dejé ahí.
-Póntelo, eres mía chiquita.
Y ella fue a ponérselo y Paul la cogió y la tumbó en la cama y la desnudó.
-Tienes los pechos preciosos y los pezones enormes.
-Sí, eso se debe a tu hijo.
-Bendito hijo. Te amo nena. No puedo aguantar entrar en ti. Han sido muchos meses más de un año necesitándote.
Y fue a tomar un preservativo del pantalón y ella se lo quitó.
-Ahora no lo necesitamos, siempre que hayas sido fiel.
-¿Y eso?
-Tomo pastillas anticonceptivas.
-Madre mía pequeña, voy a ser un rayo entonces. Desde que me fui y ahora esto.
-Entra en mí cielo, te necesito ya.
Y Paul entró en su cuerpo y el poder de ese hombre sobre su cuerpo, no tenía límites y aunque tardaron nada, aquello fue un frenesí de besos y sexo rápido y salvaje…Y se reconocieron.
Cuando descansaban, ella echada en su pecho como le gustaba y él le acariciaba el pelo.
-Cuéntame cómo fue el embarazo.
-Fue muy bueno, de verdad, me cuidé mucho, el parto tardó más de diez horas, ese sí que fue doloroso y largo, pero según el ginecólogo era primeriza y a veces ocurrían.
-Mi niña. Si hubiese estado contigo…
-Siempre has estado conmigo, en mi corazón, en mi alma, en tu hijo. Has sido un hombre honesto y generoso con tu hermano y si te ha servido para perdonaros…
-Sí cielo, ha servido para ello y esto que nos ha pasado ha servido para darme cuenta de que te quiero más que a nadie en el mundo, junto con mi hijo y voy a hacerle algo más a su madre antes de que se despierte ese pequeñajo.
-Paul…
-Dime pequeña…
-Nada, que te amo y se abrió para él, para su deseo que el tumbó como una manta en la hierba en primavera y le susurraba palabras hermosas en la boca mientras la embestía con fuerza y calma y como si fuese a perderla para siempre, mientras gemía en su boca y tenía un orgasmo junto a ella.
-Oh dios nena, cómo echaba de menos este cuerpo tuyo que me pone tanto.
-Loco, vamos a tener que levantarnos y desayunar. Necesito desayunar. ¿Has desayunado tú?
-No, tampoco.
-Pues venga, antes de que el enano despierte.
-Tengo ganas de verlo. Estoy emocionado.
-Lo verás, estarás unos días hasta el lunes sin trabajar, solo con nosotros.

-¿Me echas del rancho?
-No estás de vacaciones con tu familia y hasta el lunes no tendrás contrato.
-De eso tenemos que hablar. Pero en otro momento. Ahora vamos a desayunar.
-Hagamos la cama. Me da vergüenza con Desi.
-¡Qué boba! ¿Y por qué tienes al peque en esta habitación?
-En realidad la suya es la de enfrente, pero estaba solita.
-Tendremos que cambiarlo, cielo, es mayor ya y sus papás necesitan su espacio.
-Ya vienes mandando y acabas de llegar.
-Cariño, sabes que tengo razón.
-Es cierto.
-Luego le cambio la cuna, mimosa. Ya no estarás sola, estoy aquí.
Y se acercó de nuevo a la cuna.
-¡Dios qué mayor está! Me he perdido parte de su vida.
-Ahora la recuperarás. Es muy pequeño aún y está empezando a decir papá y mamá.
-¿Por qué se pusiste el nombre de mi padre?
-Lo pensé, me dije que, si era un niño, llevaría el nombre de tu padre. Es bonito y me gusta y te quedaste sin él desde muy pequeño y si era niña le pondría Carmen, como mi madre.
-Es también bonito. Por eso te amo tanto. Eres la mejor mujer del mundo.
-Tenemos que contarnos muchas cosas.
-Sí, pero vamos a desayunar y luego le daremos al niño también. Estará ya a punto de despertarse.
-Esto de no tener nada entre nosotros, me va a matar, te lo digo de verdad pequeña. Entre lo que te necesito, lo guapa que estás y la necesidad de sexo que tengo…
-Loco. Venga, vamos a comer. Hacemos la cama y abre la ventana.
-¡Qué mujer! Desi sabe ahora mismo que estoy haciéndote el amor. La vi esta mañana y la mandé de vuelta. Vendrá más bien tarde. Cuando la llames.
Y bajaron a comer una vez que sacó las cosas de su bolso, y ella llamó a Desi que podía venir a limpiar ya.
Y al rato se presentó mientras desayunaban, y acabando de desayunar oyeron al pequeño, y él quiso subir a por su hijo, mientras Desi limpió la parte alta y el salón, el despacho y la salita.
-Mira, es grande Helen y no se ha asustado de su papá.
-Y eso que eres un gigante.
-Exagerada- y el niño lo miraba y le tocaba la cara.
-Él lo abrazó fuerte emocionado.
-No llores, pequeño, ya estás con nosotros.
-¿Nos quitamos de en medio Desi?
-Solo le queda la cocina y la cena ya. Ten paciencia. Le dieron de comer al pequeño y ella subió a lavarlo y a cambiarlo, y subió con ella para ver cómo lo hacía.

-Nos vamos a la sala, allí tengo un parque donde juega.
-Tienes la casa cargada de parques y de coches.
-Sí- rio ella. En la sala y en el despacho. No quería estar cambiando cada vez que me movía.
Y Desi sonreía feliz al verlos juntos, y a la una se despidió de ellos. Les había dejado todo limpio y la cena.
Y en la sala, mientras el niño jugaba en el parque, ella se tumbó con él en el sofá y Paul le contó todo desde que llegó al rancho de su hermano.
-No me lo puedo creer.
-Créelo cielo.
-Que una mujer llegue a esos extremos por cazarte. A mi hombre… le voy a sacar los ojos- dijo bromeando.
-Esa es mi chica pequeña y peleona.
-Si la pillo en la cama, uf ¡qué rabia!
-Eso sí que lo siento cielo, pero no pude evitarlo.
-Te quiero tanto… te he echado tanto de menos. Estás más delgado.
-Porque no me hacías caso.
-Pobrecito, pero no podía saber qué pasaba y sabes que no interfiero en parejas.
-Pero tonta, si la pareja somos nosotros.
-También es verdad y se abrazaba a él.
-No te pegues demasiado.
-Por qué- y metía su pequeña mano para tocarle el miembro.
-Ya sabes por qué, bruja.
-Nada te lo impide salvo mi falda y el tanga. Dylan, está jugando y la puerta está cerrada
-Bruja. Ahora verás.
-Sí, esta bruja va a utilizar su escoba para barrerte entero- y se la echó encima apartando su tanga y sacando su miembro y entrando en ella.
-Oh dios Paul, qué guapo eres- le dijo.
-Eso te lo diría yo a ti también- y la cogió por las caderas para entrar más profundamente en ella, para saber que era suya y él suyo, para disfrutar plenamente de su cuerpo y de su sexo, de su piel contra su piel y derramarse en ella y quedarse unido a ella.
-Pequeña, esto de no ponerme preservativos, va a matarme que lo sepas.
-A quien va a matarme es a mí.
-Voy al baño, quiero jugar con el pequeño un rato, quiero que me conozca.
-Está bien.
Y estuvo con su hijo hasta la hora de comer, a la una. Le dieron su papilla y se quedó dormido y ellos tomaron unos bocadillos que le había dejado Desi. Paul, se tomó una cerveza y ella una limonada y se tumbaron de nuevo, pero antes, Paul subió y puso la cuna en la habitación del pequeño, frente a ella, donde estaba al principio. Ella sabía que debía ser así.

-No creas que vas a estar tumbado todos los días- Le dijo ella.
-Calla, mala mujer. Estoy descansando con mi familia, y tenemos que hablar.
-Esa palabra me da escalofríos.
-Los escalofríos, te los voy a dar yo, todas las noches, nena.
-A ver, que acabas de venir y ya eres una cabeza pensante.
-Primero nos vamos a casar, lo antes posible.
-¿Nos vamos a casar?
-Por supuesto, estoy chapado a la antigua y si no es porque me fui, ya lo estaríamos. El abuelo no me lo hubiese consentido y mis padres tampoco, ni yo mismo.
-¿Cuándo quieres casarte?
-El mes que viene como muy tarde. No tenemos invitados, hacemos una barbacoa en el rancho y ya está. En cuanto nos den la licencia, nos casamos.
-Quiero ponerme un vestido blanco.
-No esperaba menos de ti, preciosa.
-Así que mañana vamos al pueblo. Si no voy a trabajar hasta el lunes, tenemos que dejar todo listo.
-A la iglesia también.
-A la iglesia también. Si mi pequeña quiere por la iglesia, también se casará por la iglesia, y en cuanto tengamos la licencia lista, nos compramos la ropa y nos casamos. Encargamos un catering para pocas personas. No quiero que esos días trabaje nadie y a las cinco nos casamos, es buena hora. Mañana compramos también las alianzas y otro la ropa.
-No puedo creerlo.
-Eso es una de las cosas que vamos a hacer.
-¿Hay más?
-Por supuesto, está el rancho y el dinero. Y ¿cómo vamos a casarnos?, si en bienes gananciales o con separación de bienes y eso es muy importante cariño.
-Somos una familia y para el abuelo, lo seríamos si viviera, y lo sé a ciencia cierta, el rancho es de los dos y todo también. Lo mío es tuyo.
-Lo mismo digo cielo, aunque sé que tú eres más ricachona, lo sé. Nunca hemos querido hablar de dinero, pero ya es hora.
-Pero tú trabajas en este rancho.
-Y ahora no tendré sueldo.
-¿Por qué?
-Porque será nuestro, nena.
-Yo, ya me lo he quitado.
-Espera voy a por un folio y un bolígrafo del despacho.
Y al rato estaba allí.
-¿Cuántas reses tenemos?

-Creía que íbamos a hablar de dinero -dijo ella.
-Y de eso hablaremos, pero tenemos cuadras para 2500 reses y tenemos…
-890, con las que han nacido, eso es lo que me ha dicho Logan antes de ayer.
-Sí eso es lo que hay… Bueno, yo tengo 3.450.000 dólares más o menos. Los tres millones que me dieron del rancho. El resto es lo que ahorré en la marina y en los dos ranchos
-Bueno yo tengo en mi cuenta particular medio millón, que es intocable por si me arruino. Y él se reía -no te rías, no iba a irme con los brazos cruzados y menos ahora que tengo un hijo.
-Bien pensado guapa.
-Luego tengo del rancho, dos millones de ahorro y Paul silbó y para el rancho un millón casi setecientos.
-Entonces no podemos casarnos en gananciales, chiquita. -Dijo muy serio.
-¿Por qué?
-Porque tienes más que yo.
-Eres tonto ¿no?, ¡no lo dirás en serio!
-Lo digo en serio. Tenía muchas propuestas, pero no sabía que tenías tanto.
-A ver Paul. Tenemos dinero y un rancho sin hipoteca. Y yo los gastos, todos, los saco del rancho, y los meto en dos contabilidades aparte, pero todo sale de ahí.
-Y ahora vamos a hacer una cosa. Si el rancho se va a pique…
-Nunca se irá mientras yo me haga cargo de el.
-No seas terco, por si acaso, si no lo perdemos, mejor. De tu dinero vamos a meter los cuatrocientos cincuenta mil dólares junto con el medio millón mío. Ajustamos un millón. Y esos son nuestros ahorros para nuestros hijos, por si tenemos más o por si el rancho va mal. ¿Te parece?
-Sigue.- Dijo él.
-El resto de tu dinero, irá a completar los dos millones del rancho. Los otros van de ahorro y se meterán los beneficios de cada año, dejando siempre dos millones para el rancho y vamos aumentando ahorros.
-Me parece bien, y de los ahorros haremos una cosa…
-Para lo que creo que quieres, que es hacer un barracón nuevo, comprar más reses y aumentar el granero o hacer otro. Una vez hecho eso compraremos las reses necesarias. Para eso creo que con 700.000 dólares tendremos para todo. Ya iremos ahorrando más.
-Pero cómo sabías…
-Te conozco y quieres tener un gran rancho y tenemos espacio de sobra. Pero ten en cuenta que el barracón que tenemos da para 2500 reses ya es espacioso. Yo pienso que es mejor agrandarlo ahora que es primavera y verano, para cuantas reses quieras tener.
-Al menos 3500 a 4000.
-¿Has calculado que tenemos que hacer un barracón?, comprar caballos para todos los chicos que metamos.

-Sí. Si tenemos 3.500 reses podemos tener a Logan, su hermano, yo, tú llevas la contabilidad y podemos contratar cuatro chicos más. El barracón puede ser para seis personas.
-Para ocho.
-Para ocho, exagerada.
-Te conozco, barracón para ocho y granero para cinco mil reses y las cuadras se aumentan para ocho caballos más. Una vez hecha la obra puedes comprar el ganado que dé con lo que sobre. Así Desi y Logan, tendrán su casa para ellos. ¿Qué, qué me dices?…
-Que eso lo había pensado yo, loca.
-¡Qué tonto eres! Si te conozco y sabía que querías el dinero de tu rancho para eso.
-Pero no quiero gastar tu dinero.
-Es nuestro rancho y tu dinero no es una tontería. Mañana vamos al banco, lo ponemos como te he dicho y llamamos al contratista que nos hizo los graneros. Antes de que empieces a trabajar vamos a dejar eso listo y la boda.
-También. Mientras nos hacen los planos, nos casamos.
-Helen, ¿de verdad estás dispuesta?
-¿Si fuese al contrario?
-Estaría dispuesto, aunque no tuvieras un centavo.
-Pues venga, vamos a dar una vuelta, lo tenemos claro. Mañana tenemos que hacer muchas cosas y cambiar mucho y además vamos a comprar flores para el abuelo y su mujer y le contamos allí nuestros sueños.
-¿Sabes que eres preciosa?
-Me quieres por mi dinero, guapo.
-¡Qué tonta!, porque sé que bromeas que si no…
-¡Qué trabajador eres!, no te dejaron rancho, pero tendrás uno nuevo que mereces mi amor.
-Si lo tengo es por ti.
-Si lo tienes es por los dos. Tienes tres millones y medio mi amor, si eso no es nada… Somos una familia y así será siempre. Si ganamos bien, si nos hundimos, aún tengo una carrera y dinero ahorrado para irnos a otro lugar.
-Nunca nos iremos de nuestro rancho.
-No quisiera. Es tan bonito, ¿verdad?
-Tan bonito como tu corazón.
-¡Qué romántico!
-Contigo no me queda más remedio cielo.
-Llama al constructor a ver cuándo puede venir,
-Voy a buscar el teléfono.
-Está en la agenda cariño.
-Vale.
Al día siguiente, después de una noche de amor incansable, se levantaron tarde, le dieron el

desayuno al pequeño y lo llevaron al pueblo, allí desayunaron y primero fueron al banco e hicieron todos los cambios.
-Me he puesto nervioso.
-¡Qué bobo eres! Quiero que te repitas todas las noches cincuenta veces: Todo es nuestro, todo es nuestro.
-Muy graciosa- y ella se reía.
Solo tenían dos tarjetas, del rancho, una para cada uno, del resto, nada, eran ahorros.
Vamos a comer y luego vamos a la iglesia y al ayuntamiento a por nuestra licencia y dejaron todo listo.
Podían casarse en dos semanas. La cafetería les llevaría lo que quisieran, ya que el pueblo era pequeño y le dieron una lista y pidieron un pequeño catering para cinco, invitó también a Molli y su pareja al veterinario y su mujer.
Solicitaron unas pequeñas tarjetas en la impresa para las pocas invitaciones que tenían. Y al menos el recuerdo, lo conservarían.
Mañana venimos a por la ropa. Ya no nos da tiempo.
Vale. Ya por hoy hemos hecho bastante. Pero vendremos cuando pase el contratista, viene temprano y nos hará un proyecto y presupuesto. A ver qué tarda.
Y al día siguiente cuando vino el contratista, ellos le pusieron aumentar las cuadras y el granero y hacer un barracón, que eso era nuevo, con todo completo, un salón abierto abajo con todo lo necesario para el disfrute de los chicos.
Contrataría a una señora para la limpieza, colada y comida. Debería venir temprano y algo más tarde en invierno para el barracón unas horas al día, o mejor un cocinero interno para ellos.
Quizá eso fuese lo mejor, porque había que darles la cena caliente. Ya vería. Desi que siguiera haciendo lo mismo porque ahora tenía también que limpiar el dormitorio y la colada del pequeño.
Cuando el contratista, se fue, quedó en venir en un par de días a presentarles el proyecto y el presupuesto. Ya les dijo que al menos un mes y medio o dos, tardarían en hacerles todo lo que habían pedido.
Y al cabo de las dos semanas se celebró en el rancho la boda. Ella con su vestido blanco, el pequeño como su padre, con un traje ranchero y su corbatita de tiras, en negro y sus botas en miniatura.
La ceremonia fue íntima y preciosa, Paul, estaba más nervioso que cuando fue a la guerra y ella estaba preciosa, la mujer más guapa que él había conocido y para ella, Paul, el hombre mejor del mundo guapo como él solo y su hombre de verdad ahora.
Sabía que sería muy feliz, porque era un hombre especial, y mientras se ponía el catering, ella subió a dejarle su ramo de novia a la tumba del abuelo.
Se emocionó porque le hubiese gustado que la vieja en esa tesitura, aunque ya sabía que se iba a casar con él, era un lince como dijo Paul.

La comida transcurrió amena y hasta Richard, puso música y bailaron hasta casi las doce de la madrugada. Entre todos recogieron y se retiraron a dormir.
-Preciosa, nos hemos casado con hijo incluido. Este niño ya me quiere, y era verdad, siempre quería estar en brazos de su padre y en cuanto entraba por la puerta le lanzaba los brazos para que lo cogiera y le hiciera cosquillas y lo abrazara.
-Ya tiene un ídolo, decía Helen. Su madre ha pasado a un segundo plano.
-Tonta. Te quiere. Eres su madre.
-Sí, ya. Me quiere mucho.
Esa noche de bodas, el niño cayó rendido en su cuna y él pudo hacerle el amor como si fuese la primera vez.
-Siempre que te hago el amor, es como si fuese la primera vez cielo.
-Eso es porque quieres hacerlo de todas las formas posibles y no llegaré a vieja sin unos cuantos huesos desencajados- y él se reía a carcajadas.
-Ríete anda. Pero quieres hacer posturas que ni el yoga.
-Pero te quedas satisfecha.
-No me puedo quejar de mi hombre de momento.
-Sabes que tengo mucho cuidado.
-Pero parezco una funambulista.
-Mira que eres exagerada.
-Sí, porque soy andaluza, pero tú que eres de Wyoming ¿qué eres listo?
-Un hombre que te satisface, un vaquero que te hace feliz en la cama y cuida de mi familia.
-Menos mal que algo tienes.
-Tengo más cosas, toca y verás… y se llevaba la mano de Helen a su sexo.
-Ya veo, vas a arriar velas.
-El mástil está listo, súbete al barco.
-¡Qué tonto!, no me tientes…
-Venga nena, que esto está muy duro, eres buena en bajar eso.
Y de un plumazo se la puso encima.
-Una postura normal, menos mal…
-No me hagas reír chiquita.
-No, te voy a hacer otra cosa y bajó a su sexo y mojó su mástil y lo cubrió de espuma y cubrió sus paredes y su piel de terciopelo, mientras Paul, gemía agarrado a las sábanas hasta que estallaba en un mar de espuma blanca.
-¡Oh dios nena!, tú sí que sabes cómo bajar un mástil.
-Ummm, -y ella subía a besarlo y tocarle el pelo algo y rubio que tanto amaba y se miraba en sus ojos azules.
-¿Me quieres? ¿Cuánto me quieres?
Y él, con los ojos cerrados, satisfecho, juntaba su dedo índice y pulgar dejando apenas un

centímetro de aire entre ellos.
-Ya no habrá bajada de mástil nunca más- y la abrazaba fuerte contra su cuerpo y ella sabía que la quería y la amaba más que a su vida.
Y tenía miedo cuando pensaba que algo podía cambiar entre ellos, pero con los días que pasaban su amor se consolidaba.
Ella trabajaba en el despacho y cuidaba a su hijo y se ocupaba de su comida.
Y Paul, trabajaba como un negro y en cuando venía, por la tarde, cenaba y jugaba con su pequeño y la noche era para ella y algunos momentos durante el día si había suerte.
Si algún día, meses atrás había pensado en irse, ahora estaba segura de haber hecho lo correcto. Su corazón estaba allí, y los dos amores de su vida.
Ese era su hogar para siempre y Paul, había nacido para ser ranchero y para ser el hombre de su vida.
Y era de nuevo tan feliz allí como cuando vino por primera vez y vio esas tierras y esas colinas. Mucho más que cuando vino. Infinitamente más.

CAPÍTULO IX

Dos meses después de casarse, se terminó la obra. Richard se cambió al barracón y eligió la habitación que quiso. Pronto tendría más compañeros.
Le habían agrandado también el granero del heno y del tractor para que le cupiera más grano para ganado. Habían revisado las vallas para el invierno, como siempre, atendían los partos.
Y Paul, encargó otros cinco caballos, que los llevaron al rancho, ella les pagó, y se revisaron bien. Ya tenían 8 caballos, la yegua y el potrillo que había nacido. Compraron más monturas para los caballos, cada uno la suya y esa noche estuvieron viendo cuántas reses más podían comprar.
Les había quedado después de la obra, los caballos y el resto, unos doscientos mil dólares. Podían comprar un par de toros más y terneras jóvenes.
Hizo un cálculo y unas cuantas llamadas de teléfono y compraron terneras hasta completar las cuatro mil reses. Aún tenían espacio para otras quinientas, pero, prefirió esa cantidad. Dejando dinero para el grano del invierno.
-Cariño, - le dijo una mañana Paul- dentro de tres días estará esto lleno ya del todo. Hay que ir contratando a cuatro chicos más y un cocinero.
-¿Prefieres un cocinero a una chica que limpie y eso?
-Lo prefiero, el cocinero se encargará de todo y podrá dormir aquí.
-Eso sí.
Y en dos días tenían un buen cocinero y cuatro chicos más en el barracón, con experiencia y a las órdenes de Paul. Así tenía a seis hombres contando a Richard y a Logan con nóminas de dos mil dólares, comida y casa.
A Desi le dio a elegir que Logan comiera en su casa o con los chicos y eligieron en su casa y les aumentó a ella quinientos dólares para la comida. Así todos ganaban dos mil dólares.
El cocinero se encargaba de darle la lista semanalmente y ella hacía la suya propia y elegía un día para ir a por todo en la camioneta. A veces Desi le encargaba también la suya.
Dijeron de comprar otra camioneta por los chicos y la compraron,
Iban bien en cuanto a las cuentas. Ahora debían esperar a ver qué tal terminaba el año. Con tantas terneras, deberían tener terneros que vender antes de terminar el año, aunque ese tuviese menos beneficios, debido a los gastos, para la primavera deberían vender ya la mayoría de los partos.
-Cariño te veo feliz.- Le dijo dos meses después Helen, a su marido.
-Sí, me encanta el rancho. Todo es nuevo, no debemos nada, hay dinero y espero que tengamos un beneficio no alto, pero bueno este año solo, el año que viene sí debe ser bueno, ¿Qué tal llevas la contabilidad?
-Al día. No se debe nada.
-Eres una trabajadora nata.

-¿Y los chicos?
-Estupendos, la verdad,
-Y el cocinero, ¿cómo tiene el barracón?
-Impecable y se ve que les gusta la comida.
-Mejor, vamos a tener suerte.
-¿Y ni niño?
-Tu niño ahí jugando.
-Ven con papi, Dylan, pequeño, vamos a ducharnos juntos.
-¡Ah qué bien!, recuerdo aquellos días en que me llamabas a mí y ahora como ha aprendido a decir papá…
-Mujer es para quitarte trabajo. Bajamos duchados mi pequeño y yo y en pijama.
Y al pasar delante de ella la besó.
-Quejosa.
-Ummm, sí, con razón.
Cuando cenaron, dejaron un rato en el parquecito al niño y este ya intentaba levantarse.
-Cualquier día se sale del parque- dijo su padre satisfecho y orgulloso.
-Y se dará un cabezazo. No quiero saber cuándo empiece a andar este loco.
-Podemos llevarlo unas horas a la guardería por la mañana.
-Eso no estaría mal, pero cuando ande, quizá lo piense, así me dará tiempo de hacer todo por la mañana, y desayunaré en el pueblo a ver si ligo algo.
V-en aquí loca, qué es eso de ligar tía buena… Tienes a tu hombre o es que no estás satisfecha. Bueno, si no estás satisfecha tendré que esforzarme más
-Ay loco, estate quieto loco, ay no, Paul…
-Estos pechos son míos, y estos pezones y esto, le tocó el sexo mojado… no será de nadie más pequeña y bajó a lamer sus paredes y su sexo y arrancarle un orgasmo que la dejó temblando.
-Anda dime que vas a buscar otro hombre que no sea el tuyo.
-Jamás podría mi amor. Te quiero tanto… y la abrazó y besó.
-¿Eres feliz?
-La mujer más feliz del mundo. No hay otra como yo ahora mismo guapo.

Pasaron los meses y metieron el ganado dentro como todos los inviernos. Y el pequeño cumplió un año y empezaba a dar sus primeros pasos y su padre estaba loco de contento con él mientras los vaqueros limpiaban el campo y los pastos como todos los años.
Helen, les había hecho un cuadrante con los días libres a los vaqueros, así a Paul, le puso todos los fines de semana libres, para eso era el jefe, aunque siempre iba a echar un vistazo, pero nada más, porque era muy controlador.
Luego miraba con ella las cuentas y llamaban todas las semanas a España y les mandaba a sus padres fotos de ellos con el pequeño y cuánto crecía.

Los inviernos, los unían más porque estaban más en casa con el pequeño y su padre aprovechaba para pasar más tiempo con su familia. Leían, veían la televisión y hacían el amor por las tardes en la siesta del pequeño y por las noches.
Fue un invierno maravilloso, no como el anterior en que estuvo sola. Celebraron el cumpleaños del pequeño y ella pensó que, en primavera, para abril o mayo, lo llevaría a la guardería, al menos en los meses que no había nieve hasta entrar al colegio.
Después de las fiestas navideñas, que por primera vez la pasaron en familia, salvo el día de Acción de Gracias que fueron al barracón con todos, hicieron cuentas y habían tenido una ganancia después de pagar tantas nóminas y gastos de casa y comida para los chicos, que era lo que más temía ella, era que le bajaran los beneficios, se alegró un montón y cuando copió el papel, fue satisfecha a la salita donde estaba Paul, con el pequeño Dylan.
-Adivina qué mi amor…
-Dime.
-A pesar de los gastos y lo que invertimos, hemos ganado este año una buena cantidad de dólares
-¿En serio?
-Sí, me parece demasiado. Lo he hecho tres veces, pero es cierto, hemos tenido muchos terneros este año. Ha sido un no parar, casi dos al día. Y tenemos para vender en marzo o abril casi cincuenta más los que nazcan.
-Eres toda una ranchera. ¿Cómo están las cuentas del rancho?
-Faltan para los dos millones, mételos y el resto al ahorro.
-Eso pienso hacer ahora mismo. Hacer esa transferencia. Después de todo hemos tenido mucha obra. El año que viene será mejor, ya verás tenemos un ganado de terneras nuevas.
-Tengo un rancho con un hombre muy bueno.
-¿Quieres algo pequeña?
-No estaría mal un premio.
-¿De qué tipo?
-Sexual
-Eso está hecho…

CAPÍTULO X

Diez años después de heredar el rancho Dax…

Helen había cumplido treinta y siete años, Paul cuarenta y sus pequeños, Dylan, el mayor, ocho años y Carmen, la pequeña princesa de su padre también, seis años.

No quisieron tener un hijo único ni que se llevaran mucho tiempo. Querían hacer su familia en poco tiempo y dedicarse en exclusiva a ellos y a su rancho. Carmen, era morena como ella y con los ojos azules como su padre. Tenían dos hijos preciosos y estaban orgullosos de ellos.

La vida en el rancho seguía igual y todos los años tenían ganancias. Hubieron de modificar la salita para los cuatro, con un sitio para que jugaran los niños, pero cabían todos allí. Ya cuando fuesen mayores, seguro que querían cada uno una habitación juvenil y pasar el tiempo allí.

En ese tiempo, su hermano, y su cuñada habían pasado por el rancho y se quedaron dos semanas que para ella fueron maravillosos, aunque venían de ver Nueva York y querían ver los glaciares, los distintos lagos y parques nacionales. Lo que le dieran tiempo.

Pero ver a su hermano fue maravilloso. Tenían una habitación de invitados para ellos y estos se quedaron asombrados del rancho que tenían y el paisaje y todo lo que les dieran tiempo.

Ellos también fueron tres veces a España en esos ocho años. Dos fue con Paul y una de fue con los niños sola y vino como loca con los viajes, pero al menos sus padres eran felices con tener ese tiempo a sus nietos.

Paul, quería cambiar y meter muebles nuevos en la cabaña y ella le dijo que esperara a que estuvieran en el instituto, que podían pasar así de momento.

Y le hizo caso, ya más adelante con el ahorro de un año cambiarían todo y les pondrían habitaciones completas para el estudio.

Ahora ya no podían hacer el amor al mediodía.

-Maldita sea Helen, tengo que esperar a la noche.

-Pero tener hijos es eso, hacer el amor menos.

-No me conformo.

-No te queda de otra, al mediodía alguna vez podemos hacer algo.

-Sí, eso me consuela.

-¿Quieres otro hijo?

-Ni loca, se acabó, Paul, Carmen, tiene ya seis años, no quiero empezar con pañales de nuevo.

-Está bien, así nos quedamos.

-Pero sí quiero una cosa que me debes.

-Qué te debo chiquita, y la cogía a pulso… ¡qué pequeña eres!

-Sí, y se agarraba a su cuello. Por eso te gusto.

-Y mucho, bueno, dime qué te debo.

-El viaje de novios.

-Este verano vamos a Orlando con los peques, está copado. Y aprovecharemos para ir a Miami

playa unos días con ellos. Nos costará una pasta.
-Venga tonto, no te preocupes por eso, eres un ricachón ahorrador. Pues me lo seguirás debiendo. Eso no es una luna de miel.
-¿Dónde quieres ir?, lo digo para hacer planes para otro año. Dejamos los niños con Desi y Logan al cargo. Y vamos una semanita por ahí.
-Quiero ir a Canadá, está cerca, pero podemos ver las cataratas del Niágara y el valle de los diez picos y un jardín botánico que hay precioso. Ya haré la ruta, planos y no podrás decirme que no.
-Iremos donde tú quieras mi amor.
-Además tienes de descansar al menos una vez al año, ya eres cuarentón, y no puedes hacer ciertas cosas- Le decía Helen de Broma.
-¿Y qué quieres decir con eso?
-Que ya no eres un niño. Que tienes que cuidarte, viejito.
-¿Te parezco viejo, provocadora? Ven aquí, malvada, que te conozco. Te voy a mostrar mis cuarenta años y cómo me pones. ¡Anda tócame! y cuenta mis años, pequeña.
-¡Ay, Paul! ¡Déjame loco! Para nada, un hombre con 40 años está en todo su esplendor. Y tú lo estás, guapo, sexy, armado hasta los dientes -y tocaba su miembro por encima de los pantalones.
-¿Y una mujer con treinta y siete años cómo está?
-Enamorada locamente de un hombre de cuarenta en todo su esplendor.
-Ven acá chiquita, juguetona. Te amo. Me has dado tanto…
-Nos lo dio el abuelo, ese casamentero loco y bueno como él solo. Si nos viese ahora…
-Seguro que nos ve… Y no se equivocó cuando me pidió que te protegiera, que mujeres como tú no se encuentran.
-¿Eso te dijo?, ¿cuándo?
-Eso me dijo. Cuando tomábamos café mientras limpiabas los animales.
-En tus fines de semana libres
-Eso es señora.
-¿Y qué le dijiste?
-Que tenía razón, que eras única y que te amaba.
-Lo sabía. Quería vernos juntos desde que entraste al rancho.
-Yo también lo sé.
-Quería meterme por los ojos al primer hombre que le gustase.
-Yo quería meterte otra cosa por otro lado en cuanto te vi.
-Pero qué bruto eres mi amor.
-¿Qué quieres?, te deseé en cuanto te vi.
-Eso no es verdad, casi me rompes la muñeca.
-Pero eso fue porque me perdí el conocimiento y me di con el airbag.
-Es verdad cielo -Y se alzó para besarlo.
Lo cogía y enredaba sus pequeñas manos en ese pelo, algo largo y rubio que tanto le encantaba y

se besaban como adolescentes.
-¿Eres feliz aquí mi amor?
-Dónde iba a serlo más que aquí chiquita. Lo soy. Todo esto lo hemos construido y trabajado nosotros, con la ayuda de él claro, pero ahora es de nuestra familia. Y mientras sea nuestro, no lo perderemos. Será para nuestros hijos si lo quieren, pero tendrán que estudiar primero.
-¿Y si no quieren estudiar mi amor?
-Tienen que querer, como su madre, yo, no lo hice, pero si quiero que mis hijos tengan conocimientos, y sepan que quieren hacer en la vida. Y si al final no quieren el rancho, lo vendemos y nos vamos a Cádiz.
-¿En serio?
-Si tú quieres, sí. Una casita en la playa y el sol no estaría mal. Paseítos, pescaito…
-No sé ahora no pensemos en eso. Son pequeños, ellos decidirán su futuro.
-Y el nuestro pequeña.
-Y el nuestro mi amor, te amo tanto…
-No menos que yo.